

# UN *bombero* MUY POCO *paciente*



MORGAN GARO



Un  
bombero  
muy poco  
paciente  
♡

MORGAN GARO

**©Morgan Garo, 2026**

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, digital, fotográfico o de otro tipo, sin el consentimiento previo y por escrito de la autora.

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes, diálogos, escenarios y sucesos descritos son fruto de la imaginación de la autora o han sido utilizados con fines literarios. Cualquier semejanza con personas, lugares o acontecimientos reales es puramente accidental.

Primera publicación: agosto de 2026

# CAPÍTULO 1



Llevaba doce horas de guardia y solo le pedía una cosa sencilla a la vida. Que me dejase sentarme cinco minutos con un café decente antes de que alguien más se rompiera algo. Y el universo, con su típico humor retorcido, me contestó a las cuatro y cuarto de la madrugada con la cabeza de la enfermera de triaje asomándose por la puerta.

—Blasco, viene de camino un trauma por caída de altura. Bombero. Está estable.

Solté el bolígrafo sobre el informe que estaba escribiendo y me puse en pie. Después de tanto tiempo en piloto automático, el cuerpo obedece antes que la cabeza. Ni me molesté en terminar el café. A la vuelta estaría frío, pero no me quedaba más remedio.

Lo llevaron al box 3 rodeado de compañeros y reconocí los uniformes antes que las caras. Una fauna de hombres grandes que ocupaban el pasillo entero, hablaban todos a la vez y no sabían

dónde meterse, muy pálidos y muy serios. En medio de aquel jaleo, sobre la camilla, había un tío con la pierna izquierda deformada, la derecha inmovilizada a toda prisa y una sonrisa demasiado plácida para alguien que acababa de caer desde el tejado de un tercer piso.

—Doctora —dijo, y le brillaban los ojos de pura morfina—, dígame que es usted la que me va a arreglar. Porque si es así, casi ha merecido la pena caerse.

—Casi —contesté, ya con las manos en su pierna izquierda—. A ver qué nos dice la radiografía.

Uno de los compañeros, un armario ropero con barba pelirroja, me miró con cara de disculpa anticipada.

—No le haga caso. Es que se pone muy gracioso cuando algo le duele.

—Y cuando no le duele... —añadió otro.

—Y cuando duerme —remató el de la barba.

El de la camilla levantó un dedo pidiendo turno, muy digno para venir de donde venía.

—Mateo —se presentó—. Durán. Treinta y cuatro. Sano, guapo y, hasta hace media hora, entero.

—Doctora Blasco —dije yo, apretando donde tenía que doler para ver si reaccionaba al dolor—. De guardia y sin tiempo para el resto de su currículum.

Apretó los dientes y el color se le fue de la cara medio segundo. Luego volvió a sonreír, terco.

—Tiene usted unas manos muy poco delicadas para lo bonita que es.

—Tengo unas manos que en dos horas van a decidir si vuelve a andar. Sea simpático conmigo.

—Toda la vida —prometió—. Empezando ahora.

El estudio inicial descartó lesiones graves fuera de las piernas. Las placas confirmaron lo que ya sospechaba. Tibia y peroné izquierdos partidos con desplazamiento, para abrir, colocar titanio y unos

cuantos tornillos y rezarle a la biología. En la derecha, una fractura aislada y estable del peroné, sin desplazamiento: bota ortopédica, apoyo según tolerancia y paciencia. Se lo expliqué de camino al quirófano mientras él flirteaba con la celadora, que tenía sesenta años y cuatro nietos.

La operación salió bien. Muy bien, de hecho. De esas que le recuerdan a una por qué eligió esto antes de que la vida le pusiera encima el resto. Coloqué la placa donde tenía que ir, los tornillos entraron firmes y el eje quedó perfecto. Cerré satisfecha, cosa rara en mí después de tantas horas, y creí, ingenua, que ahí terminaba mi trabajo con el señor Durán.

Lo subieron a la 214 esa misma tarde, y a partir de ese momento el señor Durán pasó a ser, oficialmente, mi condena.

El problema de operar a alguien es que después hay que verlo. Todos los días. En mi servicio la traumatóloga que abre es la que pasa visita hasta el alta, así que cada mañana, quisiera o no, me tocaba entrar en aquella habitación con una sonrisa esperándome antes incluso de que cruzara el umbral.

—Buenos días, mi cirujana favorita.

—Su única cirujana. —Cogí la gráfica de los pies de la cama—. Y no me llame favorita, que su compañero de habitación se pone celoso.

El señor de la 214-B, operado de cadera y con la paciencia de un santo mártir, ya me miraba como si me conociese. Mateo había convencido a media planta de que yo tenía un lado tierno escondido en alguna parte.

—Una pregunta rápida, doctora —dijo Mateo aquella primera mañana, muy serio—. ¿Cómo se llama?

—Doctora Blasco.

—¿Y cuál es su nombre de pila?

—Ese no le interesa. Usted llámeme como pone en la bata: doctora Blasco.

—Yo diría que es usted una Carmen. Tiene cara de Carmen.

—Tengo cara de cuarenta pacientes esperándome. —Le revisé el vendaje, la coloración, los pulsos—. La pierna tiene buen aspecto. Usted, en cambio, tiene aspecto de necesitar menos morfina.

—Cierto, yo solo la necesito a usted cerca.

Lo que curaba al señor Durán, comprobé enseguida, era hacerme perder el tiempo. El primer día descubrió el timbre de llamada y lo trató como una atracción de feria. Lo pulsó para preguntarme si la gelatina llevaba azúcar y, dos horas después, para informarme de que creía que su compañero tenía apnea del sueño.

—Durán, este botón es para urgencias.

—Y esto es una urgencia. No sé vivir sin saber lo del azúcar.

—Voy a pedir que se lo pongan más lejos.

—No lo hará, porque le alegro las mañanas. Y lo sabe.

Lo que conseguía todas las mañanas era darme dolor de cabeza, pero eso no se lo dije.

Al día siguiente ya me esperaba con deberes. Había decidido que yo no comía lo suficiente y pensaba arreglarlo desde la cama.

—Doctora, ¿usted come bien?

—¿Perdón?

—Que si come. Comida. Ha entrado a verme cuatro veces hoy y cada vez tiene más cara de hambre.

—Como cuando puedo.

—Eso no es comer, eso es repostar. —Señaló la bandeja de su desayuno intacta—. Le guardo el zumo. No puedo hacer mucho más por usted con las dos piernas rotas, pero un zumo si puedo ofrecerle.

Cogí el zumo para que se callara y me lo bebí en el pasillo, de pie y furiosa conmigo misma por haber accedido.

Para el tercer día, el señor Durán era el alcalde no electo de la tercera planta. Se había hecho amigo del celador de los desayunos, de las dos enfermeras del turno de tarde, de una señora de la 210 a

la que había convencido de jugarse las natillas al dominó y de su propio compañero de cuarto, que no paraba de reírle todas las gracias, como buen traidor. Aquella tarde salí de otra habitación y me lo encontré en el pasillo, en la silla de ruedas, con las dos piernas por delante como un ariete, empujado a toda velocidad por el celador mientras los dos discutían de fútbol.

—¡Durán!

Frenaron en seco y el celador puso cara de crío pillado.

—Doctora. —Mateo abrió los brazos desde la silla, encantado de verme—. Estaba haciendo rehabilitación preventiva.

—Está usted a doscientos metros de su cama, operado hace tres días y sin autorización para pasear en Fórmula 1 por mi planta.

—Es que su planta se estaba quedando muy sosa. Le doy ambiente.

Lo devolví yo misma a la 214, empujando la silla, mientras él saludaba a sus súbditos con la mano y me señalaba a cada uno con orgullo de feriante, como si fuera el peluche gigante que había ganado en la tómbola. Me juré que en cuanto le diera el alta iba a celebrarlo con una copa de vino en mi casa, y lejos de los bomberos.

Esa noche hice la última ronda pasadas las once. En la 214 el señor de la cadera roncaba y Mateo estaba despierto en la penumbra, sin público por una vez, mirando el techo.

—¿No duerme, Durán?

—Me duele al dormir. Pero no me quejo, que no quiero asustarla. —Giró la cabeza hacia mí—. Siéntese un momento. Lleva de pie desde las siete.

—Es lo que hago todos los días. No tengo tiempo de sentarme.

—Ya. —Sonrió, pero fue una sonrisa más lenta, sin batería de por medio—. Insistiré hasta que algún día lo consiga.

No le contesté eso. Le revisé la vía, comprobé la pierna, apunté la pauta de la noche y me marché. En el ascensor me sorprendí sonriendo sola, y me borré la sonrisa con el dorso de la mano, molesta conmigo misma.

## CAPÍTULO 2



El cuarto día entré en la 214 y no cabía. Había seis bomberos repartidos entre las dos camas, el alféizar y el suelo, una bolsa de deporte llena de táperes, un altavoz portátil sonando bajito y un olor a tortilla de patata que tapaba el olor a hospital. Le habían colgado el casco de faena del gotero y pegado sobre el cabecero un cartel escrito a rotulador que decía SE ADMITEN VISITAS DE GUAPAS. El señor de la cadera, mi mártir, presidía la escena desde su cama con un plato en las rodillas y cara de haberse mudado a un chiringuito. Mateo, en el centro, con las dos piernas en alto, repartía servilletas como si fuera el anfitrión.

—¡Doctora! —Levantó una lata de refresco a modo de brindis—. Llega justo. Le presento al parque. Bueno, a la mitad. La otra mitad está trabajando, que alguien tiene que apagar Madrid.

Quique, el pelirrojo, me saludó con la mano llena de tortilla. A su lado, una mujer menuda me miró de arriba abajo con un interés distinto al de los demás.

—Así que usted es la doctora Blasco. —Se limpió la mano en el pantalón antes de tendérmela—. Nuria. Encantada. Llevamos desde que ingresó oyendo hablar de usted.

—Espero que bien.

—Siempre bien.

Nuria sonrió, y fue la primera persona de aquel cuarto a la que le tuve algo de respeto. El resto seguía a lo suyo, contándose a gritos una historia de un tejado y una manguera que terminó con todos riéndose y con Mateo apretando los dientes de la risa por el dolor.

—Esto es una habitación de hospital, no el retén —dije, cuando conseguí que me miraran—. Ahí hay un señor operado de cadera que necesita descansar, y aquí un operado de una pierna que va a necesitar una grúa si sigue comiendo así.

—La tortilla es rehabilitadora emocional —protestó Mateo.

—La tortilla es colesterol puro. Os quiero a todos fuera en diez minutos.

Un grandullón con bigote levantó la mano como en el colegio.

—Doctora, ¿y si nos quedamos calladitos?

—Ustedes no saben quedarse callados. Fuera —repetí, y algo en mi tono los puso en pie a todos a la vez.

Se fueron, no sin antes hacerme prometer uno por uno que cuidaría de su capitán. Porque era, me enteré entonces, el capitán de la dotación. Nuria fue la última en salir. Se paró en el marco y miró a Mateo antes de volver a mirarme a mí.

—El tejado de una galería cedió bajo sus pies. Alcanzó a empujar a la mujer hacia una terraza inferior y se giró para que ella cayera encima de él, no contra el suelo —dijo, ya sin broma—. Sabía lo que podía pasar y aun así entró. Es idiota, pero es nuestro capitán.

Se marchó antes de que yo encontrara una respuesta a la altura. Me quedé con un táper en la mano y una sensación incómoda en el pecho que decidí atribuir al olor a tortilla.

El quinto día entré y lo noté antes de mirar la gráfica, porque el que estuviese tan callado era una alarma en sí misma. Tenía la pantorrilla izquierda más hinchada de la cuenta, la piel tirante y brillante, y febrícula desde la madrugada. Le puse la mano en la pierna y él, que llevaba cinco días buscando cualquier excusa para que lo tocara, ni siquiera hizo el chiste.

—¿Desde cuándo te duele así? —Se me había ido el usted sin darme cuenta.

—Desde anoche. No quería molestar.

—Me molestas por la gelatina y ahora que te duele de verdad te callas —dije mientras pedía una analítica y una ecografía—. No te muevas. Voy a descartar dos cosas y no me gusta ninguna.

Por una vez me hizo caso. Se quedó quieto, mirándome mientras yo daba órdenes por el pasillo, y cuando volví a entrar seguía observándome con una atención rara, sin descaro, casi con cuidado.

—Estás asustada —dijo bajito.

—Solo estoy siendo profesional.

—Has dejado de tratarme de usted.

—Un lapsus. No te acostumbres.

Tres horas después, las pruebas salieron limpias. Era un hematoma que se estaba reabsorbiendo: nada de trombo, nada de infección. La febrícula cedió sola por la tarde. Cuando entré a darle la buena noticia, ya había recuperado la sonrisa y volvía a ser el mismo.

—Estabas preocupadísima por mí. Admítelo.

—Estaba preocupada por mi placa de titanio. Me costó más de lo que imaginas colocarla.

—Ya te caigo bien, aunque solo sea un poco. ¿Verdad?

No respondí y salí de la habitación antes de que siguiera diciendo tonterías. Definitivamente la morfina le sentaba fatal.

Dos noches después me tocó guardia otra vez, y fue de las malas. No todas las historias de este hospital terminan bien. Un chico de

veintidós años, una moto y nada que pudiéramos hacer. A las tres de la mañana firmé lo que se firma en esos casos y salí al pasillo vacío porque necesitaba respirar.

Sin pensarlo demasiado, terminé frente a la puerta de la 214. No sabía qué iba a decirle, así que me quedé en el umbral, con la bata mal puesta y la cara que se me había quedado después de aquello.

Mateo estaba despierto. Me miró y, por una vez, no hizo ninguna broma, ni preguntó nada.

—¿Una guardia mala?

Asentí.

—De las peores.

Se hizo a un lado para alcanzar el vaso de agua de la mesilla y me señaló la silla junto a la pared.

—Siéntate cinco minutos antes de volver ahí fuera.

Lo hice. Él no preguntó qué había pasado y yo tampoco se lo conté, pero nos quedamos un rato en silencio, cada uno en su sitio.

—No siempre se puede —dijo al cabo de un rato.

—Ya lo sé.

Y lo sabía. El problema era que saberlo nunca servía de mucho.

Me levanté unos minutos después, le di las buenas noches y volví a la planta algo más despejada. Mateo no había hecho nada especial, y quizá por eso me había ayudado.

La tarde siguiente vino la señora del incendio. Ochenta y tantos, un bastón, un bizcocho envuelto en papel de aluminio y una hija sujetándola del brazo. Le besó las dos manos a Mateo, lo llamó hijo y se echó a llorar. Él, colorado por una vez, insistía en que no había hecho nada especial, como si haberse roto medio cuerpo por sacarla de aquella cocina entrara dentro de lo normal.

Lo observé desde la puerta, con la gráfica contra el pecho. Hasta entonces me había resultado fácil verlo como el paciente pesado de la 214, pero aquella tarde me costaba un poco más.

Cerré la puerta y seguí con la ronda.

Debajo del payaso, además, había un cabezota de cuidado. Una mañana entré sin avisar y me lo encontré intentando ponerse de pie. Tenía las dos manos aferradas a la barra de la cama, la pierna derecha, dentro de la bota, apoyada como le habíamos indicado y la izquierda descargada. Aun así, sudaba, temblaba y tenía la cara descompuesta por el esfuerzo, muy lejos de su habitual sonrisa de anuncio.

—¡Durán! —Crucé la habitación en tres zancadas y le pasé el brazo por la espalda antes de que se fuera al suelo—. ¿Te has vuelto loco? No debes intentar ponerte de pie sin supervisión, te lo dije el primer día. ¿Quieres cargarte la placa cayéndote al suelo?

—Solo quería... —Apretó los dientes mientras yo lo sentaba, y durante un instante fue peso muerto, calor y respiración agitada contra mi hombro—. Solo quería ver si me tengo en pie. Necesito saber que voy a volver a tenerme en pie.

Lo dejé sentado. Le temblaban las manos. No era el de las bromas, era otro, uno que se había pasado la vida entrando en sitios de los que los demás salen corriendo y que ahora no podía ni ir al baño solo.

—Vas a volver a caminar muy pronto —dije, y me salió menos seco de lo que pretendía—. Pero solo lo conseguirás si haces lo que te digo, no si intentas romperte tú solo a las ocho de la mañana. Esto no se gana con prisa. Se gana con paciencia, y ya sé que la paciencia no es lo tuyo.

—Ni lo tuyo.

—Ni lo mío. Por eso lo sé.

Se rio flojo y me miró desde abajo con algo que no supe aguantar mucho rato.

—¿Me vas a castigar sin postre, doctora?

—Te voy a poner a Marta, la fisio. Será peor que el postre.

Me quedé un momento más de la cuenta, comprobándole un pulso que no hacía falta comprobar.

—¿Por qué te metiste a esto? —preguntó, y por el tono supe que no hablaba de la medicina en general, sino de mí en concreto.

—Porque se me da bien arreglar cosas que se rompen. —Le solté la muñeca—. Descansa, Durán.

Salí sin mirar atrás, molesta por haberle contestado con más verdad de la que pensaba soltar aquella mañana.

Los últimos días se portaron mejor. La herida evolucionó bien, la derecha toleró la bota y la febrícula no volvió. El señor Durán, ya sin sustos, retomó su ocupación favorita, que era ponerme motes. Me llamó Patricia un lunes, Inmaculada un martes, y el miércoles decidió, entornando los ojos con aires de adivino de feria, que en realidad yo tenía pinta de llamarme algo corto y seco.

—Un nombre de una sílaba —sentenció—. Cortante y con clase. Como usted.

—Céntrese en andar, Durán. Ya me pondrá motes cuando no sea mi paciente.

—¿Y cuándo dejo de ser su paciente?

—Pronto —dije, y no me gustó la sensación.

Cuando por fin le di el alta, un par de semanas después, le expliqué las pautas a Quique, que tomaba notas en el móvil con una seriedad conmovedora, repasé las revisiones, que a partir de entonces llevaría otro traumatólogo del servicio, y le tendí la mano a Mateo para despedirme, muy profesional.

Él me la cogió con las dos suyas.

—Doctora Blasco.

—Durán.

—Su nombre. Última oportunidad. Me lo he ganado, le he sonreído con dos fracturas y una febrícula.

—Se ha ganado una bota, una placa que le va a durar más que muchas relaciones y una lista de instrucciones que espero que lea. Con eso vaya tirando.

—Es usted durísima.

—Soy eficaz. No lo confunda.

Me soltó despacio, sin dejar de mirarme, y por un momento me pareció que debajo del golfo había alguien que me estudiaba con la misma atención con que yo observaba una fractura.

Y entonces llegó la caballería. Media dotación en pleno, con Quique al frente y Nuria detrás, dispuestos a bajar a su capitán en volandas. Lo acomodaron en la silla con más entusiasmo que puntería, le colgaron el casco del respaldo y montaron un pasillo de aplausos que sacó a las enfermeras de sus puestos.

Mateo saludaba con las dos manos, feliz, repartiendo besos al aire a media planta.

Nuria se rezagó un segundo a mi lado.

—Gracias por todo lo que ha hecho por él. —Nuria echó un vistazo hacia el pasillo, donde Mateo seguía saludando como si hubiera ganado unas elecciones—. Y gracias por aguantarlo. Nosotros podemos apagar incendios, pero con él no siempre podemos hacer milagros. Está jodidamente loco.

No me dio tiempo a fingir que no la había entendido. Ya se iban, rodando a su capitán hacia la puerta automática, hacia una vida que ya no era la mía.

Y ya está, me dije. Se acabó.

Volví a mis cuarenta camas y a mi café frío. La 214 quedó libre esa misma tarde y la ocupó un señor con una cadera nueva. Y me pasé la ronda de la noche esperando un timbre de urgencias por una gelatina que ya no iba a sonar.

## CAPÍTULO 3



Los siguientes días fueron buenos, o eso me repetí. Volví a mi horario, a comer de pie y dormir a ratos. La 214 tuvo otra cadera, luego una rodilla y después un tobillo. Y el timbre de urgencias sonaba solo para urgencias, que era su función. La primera mañana entré en la 214 por costumbre, sin acordarme, y me quedé un segundo de más mirando la cama que había sido la suya, ocupada ya por otro paciente, antes de seguir con la ronda. Solo un segundo. Pero lo tuve, y no me gustó lo que sentí.

Me había comprado un vino bueno para celebrar la paz recuperada, pero se quedó nueve noches sin abrir en la encimera. Una no descorcha un rioja caro para bebérselo sola mirando la pared. Lo guardé en el armario el mismo día en que decidí bajar a rehabilitación.

Elvira lo notó antes que yo. Era la supervisora de planta, llevaba treinta años en el oficio y tenía un radar para cualquier cambio cerca de su control.

—Estás rara, Blasco —me soltó una mañana, sin levantar la vista de los partes—. Estás... como menos borde.

—Quizá sea porque he dormido siete horas seguidas. Casi nunca lo consigo.

—Ya. —Pasó una hoja—. Pues sigue durmiendo así. Nos sale rentable a todos.

No le di el gusto de contestar. Pero al décimo día bajé a rehabilitación, y no fue del todo por trabajo.

Bajé con la excusa de un paciente mío, un albañil con una muñeca reconstruida que se negaba a hacer los ejercicios y necesitaba que alguien le metiera el miedo en el cuerpo.

Marta, la fisio, que es más seca que yo y reserva su mejor sonrisa para cuando va a hacerte daño, estaba al fondo de la sala, doblando una toalla y sonriendo hacia una camilla.

—Vamos, campeón, otra serie. No me seas flojo.

—Marta, mi vida, llevo cuarenta minutos. Deme un respiro, por Dios. Conocía esa voz. Y la habría reconocido hasta debajo del agua si hubiese hecho falta.

—¡Doctora Blasco! —Se incorporó en la camilla con los brazos abiertos, radiante—. Marta, mire quién baja a los sótanos. Se preocupa por mí.

—Bajo por un albañil, no por usted. —Me giré hacia Marta—. El de la muñeca. No hace los deberes.

—Como el noventa por ciento. —Suspiró y señaló a Mateo con la barbilla—. Este es del diez que sí. Trabaja como un animal, es lo único bueno que tiene.

—Gracias, Marta.

—De nada, campeón. Otra serie.

Resolví lo del albañil en cuatro frases y me marché prometiéndome no volver a pisar rehabilitación en el horario del bombero.

Volví dos días después a otra hora, convencida de que no coincidiríamos, y allí estaba otra vez, sentado al borde de una camilla mientras Marta le hacía trabajar la movilidad de la pierna izquierda. Me saludó con una muleta como si hubiéramos quedado. La tercera coincidencia dejó de parecerme casual. La cuarta empezó a parecerme culpa mía.

Lo peor fue el día del busca. Estaba en planta, entre dos altas, cuando me avisaron de que un paciente de rehabilitación pedía ver a la cirujana que lo había operado, con urgencia, por un problema con la herida. Bajé los tres pisos de dos en dos pensando en dehiscencias y en infecciones tardías, con el corazón en la boca. Y me encontré a Mateo sentadísimo en su camilla, con la cicatriz de la izquierda impecable, señalándosela con un dedo.

—Es que me pica —dijo—. ¿Es normal que pique?

—He bajado corriendo tres pisos.

—Y qué bien le sienta el ejercicio. Está usted resplandeciente.

—Pica porque cicatriza. Como le pasaría a cualquier humano de la Tierra con dos dedos de frente y sin acceso a un teléfono. —Recogí mi dignidad del suelo—. La próxima vez que use la palabra «urgencia» para esto, le juro que le pongo la bota ortopédica de sombrero.

Se rio tanto que Marta tuvo que sujetarle la pierna.

A la cuarta coincidencia empecé a sospechar que se había aprendido mis horarios de bajada con la misma dedicación con que se aprendía todos los nombres menos el mío. No tenía pruebas, pero tampoco me hacían falta para empezar a evitar el ascensor de rehabilitación con una precisión ridícula.

Debería haber cambiado a mis pacientes de fisioterapeuta, o de hospital, o de vida. En lugar de eso, empecé a bajar con una frecuencia que ni el albañil justificaba y a inventarme dudas clínicas que podía resolver perfectamente por teléfono. Me di cuenta de lo que estaba haciendo una tarde en el ascensor y decidí no volver a repetirlo, que para disgustos ya tenía bastante con los reales.

Luego me lo prohibí, como quien se prohíbe el azúcar, y funcionó tres días. Al cuarto ya estaba buscando una excusa lo bastante digna para no reconocer la verdadera. Echaba de menos discutir con un hombre que me llamaba Patricia. A los treinta y alguno, con la vida que me había montado, aquello rozaba la emergencia médica.

No todas las coincidencias acabaron en guerra. Una tarde lo encontré solo, esperando turno, sin público al que darle espectáculo, y me senté a dos sillas de distancia a rellenar un informe que podría haber rellenado en cualquier otro sitio.

—¿Cuánto me queda? —preguntó. Y, por una vez, iba en serio—. De verdad. Sin adornos.

—La izquierda va a necesitar varias semanas con carga muy limitada y después iremos aumentando según lo que digan las radiografías. La derecha seguirá protegida con la bota, con apoyo según tolerancia. Y va a necesitar mucha paciencia. La rehabilitación será larga, Durán. No le voy a mentir. Pero volverá a entrar en edificios ardiendo, si eso es lo que le preocupa.

—Es lo único que sé hacer.

—Sabe hacer más cosas. Ha convertido una planta de traumatología en un club social. Eso ya tiene mérito.

Se rio, pero se le quedó algo debajo de la risa.

—Es raro estar quieto. Toda la vida corriendo hacia el fuego y de repente no puedo ni con una escalera. No sé qué hacer con esto. No me conozco.

Lo miré. Aquello lo había pensado yo, con otras palabras, casi dos años atrás, cuando aquella casa en la que llevaba años viviendo se me quedó demasiado grande de golpe y no supe quién vivía en ella. No se lo dije. Pero por un segundo dejé de rellenar el informe.

—¿Y usted, doctora? —dijo, bajito—. ¿Qué hace con su vida?

—Yo no hago nada, porque estoy ocupadísima.

—Uno también puede ocuparse para no quedarse a solas consigo mismo. Lo llevo practicando desde lo de mis piernas, sé de lo que

hablo.

No tenía respuesta para eso. Tampoco tenía una que no lo fuera y me atreviera a decir.

—Termine la serie, Durán.

—Todavía no me toca.

—Pues empiécela antes.

Unos días después lo encontré sin camilla. Estaba de pie entre las dos barras paralelas, agarrado con las manos, avanzando despacio. Llevaba la derecha dentro de la bota y, bajo la supervisión de Marta, descargaba casi todo el peso en los brazos y apenas rozaba el suelo con la izquierda, tal como le habían autorizado. Eran pasos cortos, con Marta a un lado vigilando sin tocarlo. Me quedé en la puerta sin anunciarme, porque no quería que me viera mirar.

Llegó al final de las barras, se dio la vuelta él solo y me descubrió allí parada. No sonrió con la sonrisa de siempre, la que reparte a todo el mundo. Sonrió con otra, más parecida a la que se le había escapado la noche de la mala guardia.

—Doctora. Mire. Ya casi puedo andar.

—Todavía anda usted fatal —dije, porque lo otro que quería decir no me salía—. Pero anda.

—He pensado mucho estos días que usted era la primera persona a la que quería enseñárselo. —Se agarró con más fuerza a las barras—. Mire. Esto es gracias a su placa. Es usted la mejor. Cuando quiera la invito a un café para agradecérselo.

Marta, discretísima, descubrió de pronto una toalla al fondo de la sala que necesitaba toda su atención.

—Durán.

—¿Qué?

—Termine la serie.

Aquella tarde salí de la última guardia de la semana sintiéndome más vacía que otras veces y subí a mi tercero con las pocas fuerzas

que me quedaban. Vivo en un edificio viejo del centro, sin ascensor, con escaleras de mármol gastado que crujen bajo los pies. Cuando me mudé, lo del tercer piso sin ascensor me pareció un inconveniente. Ahora hasta lo agradecía: nadie sube tres pisos andando sin una buena razón y llevaba mucho tiempo sin dársela a nadie.

Subí el primer tramo y a la altura del entresuelo empecé a sospechar que pasaba algo en mi edificio. Había una cómoda en el descansillo. Una cómoda que no era mía y que hasta esa mañana no existía. Un piso más arriba, dos hombres a los que no conocía maniobraban un sofá de tres plazas contra la curva de la escalera con la fe de quien cree que la física es negociable.

—Perdón —dije.

—Un segundo, señora, que lo tenemos.

No lo tenían. El sofá estaba encajado entre la barandilla y la pared con una violencia geométrica que solo se arregla con sierra. Me pegué al muro, pasé por debajo del reposabrazos y seguí subiendo entre cajas apiladas, una bicicleta, un galán de noche y un cactus enorme que alguien había abandonado en un peldaño con un pósit encima. NO REGAR, decía. YA LO HE REGADO YO.

—¡Doctora Blasco! —Uno de los del sofá levantó la cabeza, de pronto encantado—. ¡No fastidie! ¿Vive usted aquí?

Lo miré intentando colocarlo y no pude. Por la familiaridad con que me hablaba, debía de haber pasado por mis manos en algún momento, pero yo veía demasiadas caras al año como para conservarlas todas.

—Eso parece —contesté, y seguí subiendo antes de que me recordara qué le había operado o decidiera enseñármelo allí mismo.

En la puerta del primero, entreabierta, había un vecino al que solo conocía de vista mirando el trasiego. Flaco, con una camiseta que un día fue blanca y cara de llevar demasiado rato aguantando una mudanza ajena. No ayudaba ni protestaba. Solo miraba.

—Cuánta gente —dijo, sin dirigirse a nadie—. Antes aquí no había tanto ruido.

—Ya casi terminan —contesté por decir algo.

Me miró un segundo más de la cuenta y cerró la puerta. No fue nada. Un vecino molesto por una mudanza, me dije. Aun así, cuando seguí subiendo tuve una sensación incómoda.

Reconocí la letra del pósit del cactus. Era la misma del cartel que le habían colgado sobre la cama, la del SE ADMITEN VISITAS DE GUAPAS. Y ahí, a mitad de escalera, se me encendió una sospecha horrible que subió los últimos peldaños más deprisa que yo.

Al llegar a mi rellano me encontré la puerta del tercero B abierta de par en par. Llevaba meses vacío. Ahora salían de allí voces de hombre, muebles arrastrándose y un olor inconfundible a pizza.

Sobre una caja con la palabra COCINA escrita a rotulador, estaba Quique. Sudando. Con una lámpara en las manos y cara de haberla subido tres pisos a pulso.

—¡Doctora! —soltó, radiante, con el mismo gesto fácil de su capitán—. ¡Qué casualidad!

—Quique. —Me quedé plantada con las llaves en la mano y el corazón haciendo algo raro que decidí ignorar—. ¿Qué hacéis en mi rellano?

—La mudanza. El pobre no puede cargar nada con las piernas así. Lo hemos hecho entre todos en una tarde. —Bajó la voz, orgulloso—. Su piso era un quinto sin ascensor con escaleras dentro. Este son dos pisos menos y no tiene desniveles y el alquiler es barato, que le vendrá muy bien mientras se recupera.

—¿Qué? Me estás diciendo que... —No daba crédito a lo que acababa de escuchar—. Pero aun así... este edificio son tres pisos de escaleras.

—Ya. Eso lo pensamos luego, pero siempre será mejor que el otro.

—¿Y de quién fue la idea de traerlo justo a mi rellano?

—Del destino y de un casero con buen precio. —Se encogió de hombros—. ¿Por?

—Por nada, Quique. Por nada.

Desde dentro, la voz que llevaba semanas intentando quitarme de la cabeza subió de volumen, feliz, ajena a la catástrofe que me caía encima.

—¡Quique! ¿Con quién hablas?

—Con la vecina.

Un golpe de muleta contra una baldosa, un roce de la bota ortopédica contra el marco, y Mateo Durán asomó por la puerta de lo que a partir de esa noche iba a ser su casa, apoyado en las dos muletas, con la sonrisa más ancha que le había visto nunca.

—¿Doctora Blasco? —Lo dijo relamiéndose, y no supe si por mí o por la pizza—. ¿Es usted mi vecina? ¡No me lo puedo creer!

Su puerta tenía una B de latón. La mía, la A, quedaba a su izquierda, formando un ángulo en el rellano. Apenas dos pasos separaban los umbrales y, detrás de ellos, nuestros pisos compartían un tabique entero.

—Esto es una broma —dije.

—Esto es el destino —dijo él mientras le daba un mordisco a la pizza de su compañero que acababa de asomarse también—. Oiga, ya que la tengo aquí. No tengo sal. ¿Me presta?

## CAPÍTULO 4



Le presté la sal. Entré en mi casa, cogí el salero entero de la encimera y se lo planté en la mano por encima del umbral, sin pasar de la línea que separa un rellano de un problema.

—Toda suya. No hace falta que me la devuelva.

—Qué generosa. —La sopesó con la reverencia de quien recibe un anillo—. ¿Cena conmigo? Hay pizza para dos y ahora tengo un salero para hacer otra cosa si nos quedamos con hambre.

—Ceno con cuarenta partes médicos. No me espere.

Cerré la puerta. Del otro lado me llegó su voz, alta y tranquila, dirigida a la madera.

—¡Buenas noches, vecina!

No contesté. Me apoyé en la puerta por dentro, con el pulso alterado por motivos que no pensaba examinar, y me dije que aquello tenía arreglo. Bastaba con no coincidir. Dos personas pueden vivir puerta con puerta sin verse jamás si una de ellas se lo propone en serio, y

yo llevaba casi dos años siendo experta mundial en no ver a la gente.

Duré hasta las siete y cuarto de la mañana siguiente.

La primera noche pared con pared fue una lección de acústica. Descubrí que mi dormitorio y su salón compartían un tabique del grosor de una hostia consagrada, y que Mateo Durán, hombre incapaz de estarse quieto de día, tampoco sabía estarlo de noche. A las doce, la tele. A la una, la tele más baja y él hablando por teléfono con alguien a quien llamaba «mamá» y a quien tranquilizaba sobre sus piernas con una ternura que no le pegaba al golfo del timbre. A las dos, unos golpes rítmicos contra el suelo que tardé en identificar como sus ejercicios, porque... ¿quién hace rehabilitación a las dos de la madrugada? Él, por lo visto.

Me quedé escuchando esos golpes tercos más rato del que pienso confesar, dándome cuenta de que la pared no me protegía de él.

La guerra de vecinos empezó con un pósito y degeneró deprisa. El primero apareció en mi puerta al tercer día. LAS BOTAS DEL PASILLO NO SON MÍAS. SON DE QUIQUE. ASÍ QUE NO ME RIÑA. Yo no había dicho nada de las botas. Pero, ya que él sacaba el tema, contesté. EL RELLANO ES ZONA COMÚN, NO EL VESTUARIO DEL PARQUE. RETIRE EL CALZADO, EL CASCO Y LA BICICLETA.

Al día siguiente el cactus del descansillo tenía un pósito nuevo. NO LO REGUÉIS MÁS, ES DE MI MADRE. UN POCO DE RESPETO.

Le puse un pósito de vuelta. SI NO QUIERES QUE LO RIEGUEN, MÉTELO EN TU CASA.

Encontré la respuesta clavada en mi felpudo con un tenedor. TIENE USTED UNA VENA CRUEL QUE ME PARECE PRECIOSA. ¿SIGUE SIN QUERER CENAR?

Le respondí con la verdad, que es lo más cruel que tengo. NO CENO CON PACIENTES. La nota volvió en diez minutos. YA NO SOY SU PACIENTE, ME DIO EL ALTA USTED MISMA. Y había grapado debajo, en efecto, su informe de alta, sellado por el servicio y firmado con mi rúbrica ilegible bajo un escueto DRA. BLASCO.

Lo de las siete y cuarto fue lo que me hundió del todo. Abrí mi puerta para irme a trabajar y me lo encontré sentado en el primer peldaño de bajada, con las dos muletas, la bota ortopédica por delante y una taza de café humeando al lado, contemplando el hueco de la escalera con la solemnidad de un alpinista ante el K2.

—Buenos días —dije, con las llaves en la mano y el firme propósito de pasar de largo.

—Buenos días, vecina. Estoy midiendo la ruta. Son sesenta y cuatro escalones hasta la calle. Pedí que me los contaran anoche.

—Sesenta y cuatro escalones, una pierna recién operada y la otra dentro de una bota. Eso no es una ruta, es una mala idea, se lo aseguro.

—Por eso la esperaba. Usted sabe de huesos.

—Yo solo sé de huesos rotos, no de milagros. Llame a un compañero.

—Están trabajando. Salvando gatos, apagando Madrid, lo de siempre. —Dio una palmadita al escalón contiguo, invitándome a sentarme en mi propia escalera—. Solo necesito un brazo y una mala cara para que me dé miedo caerme. Y las dos cosas las tiene usted de sobra.

No pensaba ayudarlo. Se lo dije mientras le quitaba una muleta, se la colocaba bajo el brazo y le hacía agarrarse al pasamanos con la otra mano.

Bajamos los sesenta y cuatro escalones de uno en uno. La izquierda, sin apoyar. La derecha, dentro de la bota, haciendo todo el trabajo permitido. Yo iba un peldaño por debajo, preparada para sujetarlo si perdía el equilibrio.

Parábamos en cada rellano para recuperar el aire y discutir sobre quién había tenido la brillante idea de vivir en un edificio diseñado para castigar articulaciones.

En el segundo rellano la contera de la muleta resbaló medio palmo. Le planté una mano en el pecho y la otra en la cintura antes de que

se venciera hacia delante, y durante un instante quedamos pegados contra la barandilla, con las narices a un palmo, mientras resoplábamos los dos.

—Si nos ve alguien —jadeó—, va a pensar mal.

—Si nos ve alguien, pensará que un inconsciente casi mata a su médica en unas escaleras.

—Yo lo contaría más romántico.

—Usted lo contaría desde una camilla. Agárrese al pasamanos, no a mí.

Se agarró al pasamanos. Respiré y seguimos bajando.

—Esto es un disparate, Durán. Se va a hacer una lesión mayor.

—Solo es temporal.

—Es temporal solo si no se mata en el intento. ¿Sabe la de fracturas de cadera que veo al año por caídas en escaleras?

—Cuéntemelas. Me encanta cuando me habla sucio.

Le solté un poco más de la cuenta en el penúltimo escalón, y llegó al portal entre risas y quejidos a partes iguales. Sudando los dos, apoyado en la pared para recomponerse, me miró con una gratitud que no supe dónde poner.

—Gracias —dijo, y por una vez lo dijo sin envoltorio—. En serio.

—De nada. No lo repita.

—¿El gracias?

—La escalera. La próxima vez baja usted rodando y le recojo los pedazos abajo, que es más rápido.

A partir de esa mañana me convertí, sin firmar nada, en su servicio de escaleras a domicilio. Bajaba con él a las siete y cuarto cuando entraba de día, y a esa hora había en el escalón dos cafés en vez de uno, el mío con la leche justa que yo nunca le había dicho que tomaba y que él había averiguado espiándome la taza en el hospital. No se lo agradecí ni una vez, pero me los bebí todos. Cuando volvía de noche, me lo encontraba «tomando el aire en el portal», que era

su manera de pedir que lo subiera. Aprendí a reconocer a sus compañeros por el ruido a través del tabique. Sabía cuándo venía Quique, que se ríe como suena una alarma de incendios. Sabía cuándo estaba solo, porque entonces la pared se quedaba en silencio y a mí me daba por preguntarme cosas que no me convenían.

Subirlo era peor que bajarlo, y una noche lo comprobé en directo. Volví de guardia a las tantas cuando me encontré media dotación en mi escalera intentando ahorrarle el esfuerzo a su capitán. Quique y otro lo llevaban prácticamente en volandas, uno por cada lado, mientras Mateo protestaba porque la pierna izquierda se le iba hacia delante y Nuria dirigía la maniobra a gritos como si estuviesen realizando un rescate en un pozo.

—¡A la de tres! ¡Una, dos...!

—Alto. —Me oyeron sin necesidad de levantar la voz—. Si lo levantáis así, la pierna operada va dando bandazos hasta arriba. Suelo, pasamanos, una muleta y el paso que marque él. Despacio. Subió a mi manera, despacio, con uno delante por si resbalaba y otro detrás sin tocarlo salvo que hiciera falta. Al llegar a su rellano Mateo se dejó caer contra su puerta, agotado, y me señaló con la barbilla ante todo el parque.

—¿Veis? Os dije que era la jefa.

—Yo no soy la jefa de nadie.

—En huesos, hacedle caso —confirmó Nuria—. Para todo lo demás ya discutís luego.

Una noche llegué reventada, de esas en que ni el ascensor que no tengo habría arreglado nada, y me encontré en el felpudo un plato tapado con papel de aluminio y un pósito que decía: PIZZA DE SOBRA PARA LA DOCTORA MÁS TRABAJADORA. NO ES CARIDAD, ES AGRADECIMIENTO. Debajo, más pequeño, otra línea. TENGO SAL SI LE HACE FALTA, ME LA PRESTÓ UNA VECINA MUY GUAPA.

Me la comí de pie en la cocina, aún con la bata puesta, y me reí sola dos veces, cosa que no me ocurría desde hacía tanto que casi me

asusté. Al día siguiente le devolví el plato limpio con mi propio pósito. GRACIAS, ESTABA MUY RICA.

En el hospital el secreto duró tres días. Al cuarto, Elvira entró en el control con una sonrisa que no auguraba nada bueno y una bandeja de la cafetería.

—Blasco, una duda. —Dejó la bandeja—. ¿Es verdad que el capitán de bomberos ha terminado viviendo en el piso de al lado?

—Sí, y tiene una pierna recién operada. Fin del informe.

—No era un informe, era curiosidad. —Me alargó un café—. Pero desde que vive ahí llegas con menos cara de querer denunciar a la humanidad.

—Elvira.

—Solo digo que te sienta bien tener algo en la cabeza que no sea esta planta. —Se encogió de hombros y volvió a los partes—. Ya está. No voy a hacerte una intervención.

No supe qué contestar a eso, así que le robé una rosquilla de la bandeja y me fui a pasar visita.

Al del primero me lo crucé una mañana, bajando con Mateo, plantado en su puerta con la misma camiseta que un día fue blanca y cara de haber llevado la cuenta de cada visita de la semana.

—Mucho jaleo arriba —dijo—. Entra y sale gente a todas horas, y se oyen golpes por la noche. Antes esto era un edificio tranquilo.

—Estoy con las piernas rotas, jefe —contestó Mateo, amable—. En cuanto ande le devuelvo la calma del edificio, se lo prometo.

El hombre no le siguió la broma. Miró la bota, las muletas y luego a mí. —Y procurad no dejar la puerta del portal abierta —dijo antes de meterse en su casa. Cuando salimos a la calle, Mateo tardó un poco más de lo normal en recuperar la sonrisa.

—No le gustan las visitas —dijo bajito—. Eso lo entiendo. Lo que me gusta menos es que parezca saber a qué hora entramos y salimos.

—No sabía que los bomberos también hacían de detectives.

—Hacemos de todo. Sobre todo mirar antes de entrar. Costumbre profesional.

La cena fue inevitable. Una tarde, al volver, encontré al cactus medio muerto mudado de sitio, plantado justo delante de mi puerta con un pósito clavado en una espina. CREO QUE HARÍAIS BUENAS MIGAS. LOS DOS PINCHÁIS. CENA A LAS NUEVE, TRAIGA HAMBRE Y BAJE LA GUARDIA.

Fui. Me dije que iba a devolver el cactus y a dejar clara una postura, y crucé el rellano.

Su piso era un caos de cajas a medio abrir con una mesa puesta con una pulcritud que no encajaba en el resto. Había dos velas y me quedé en la puerta mirándolas.

—Esas velas sobran.

—Es que se fue la luz —mintió, encantado, con la lámpara de Quique perfectamente encendida a su espalda—. Siéntese, doctora. Le juro que no muerdo. No llego, con estas piernas.

Cené. Pasta que le había hecho su madre y que él recalentó fingiendo que la había cocinado, vino de una botella que no era la mía pero podría haberlo sido, y una conversación que terminó, sin que yo lo autorizara, en cosas que no le cuento a nadie.

—¿Y usted? —contraataqué—. ¿Por qué se mete en sitios de los que la gente huye?

—Porque alguien tiene que ir a buscar a los que se quedan dentro.

—Se encogió de hombros con la naturalidad de quien recita una obviedad—. Y siempre hay alguien dentro. A veces por miedo. A veces porque cree que no merece que lo saquen.

Sentí que no estábamos hablando de incendios y me levanté antes de que la frase encontrara mi cara.

—Gracias por la cena de su madre.

—Vuelva cuando quiera, que ya sabe dónde vivo. Puerta con puerta, para su desgracia.

Volví a mi casa con el cactus que no había devuelto, cerré mi puerta y me apoyé en ella por dentro.

Golpeé la pared una vez, un golpe tonto que no decidí dar. Del otro lado, tras un segundo, respondieron dos. A la mañana siguiente dejé el cactus junto a su puerta con una nota que decía: TE LO DEVUELVO. YA TENGO BASTANTE COMO PARA AÑADIRLE MÁS RESPONSABILIDAD A MI VIDA.

## CAPÍTULO 5



Hay un momento en la vida de toda mujer sensata en que se pregunta cómo ha terminado doblando por la mitad a un bombero de ochenta kilos para meterlo en un coche de tres puertas. A mí me llegó un sábado por la mañana, en el aparcamiento, y no encontré ninguna respuesta que me dejara tranquila.

La culpa fue mía por abrir la puerta.

Había salido a hacer la compra de verdad, la primera en semanas, porque una no puede vivir eternamente de las sobras que un vecino le deja en el felpudo con notas cada vez más descaradas. Bajaba con mi lista mental cuando la puerta del tercero B se abrió con la puntería de un francotirador.

—Doctora. Qué casualidad. —Mateo apareció con las muletas—. ¿Va al súper?

—Voy a seguir con mi vida. Que resulta que tengo que ir a un súper, sí.

—Yo necesito cosas. Y no puedo cargar bolsas, ni conducir, ni bajar los escalones sin usted... ¿No le doy pena?

Pestañeó rápido, queriendo parecer encantador.

—Tengo cargos de conciencia más gordos que ese y duermo de maravilla.

—Pero ninguno tan guapo.

Volteé los ojos y supo que había ganado.

Mientras yo buscaba las llaves, Mateo escribió a Quique para pedirle ayuda con el coche. Tres minutos después apareció el pelirrojo, que se autoinvitó a la compra y empleó los cinco siguientes en explicarnos cómo meter a su capitán en el asiento, pese a que ninguno se lo había preguntado.

—Primero la pierna.

—Ya está dentro, Quique.

—Pues la otra.

—La otra es la que no dobla.

Quique se quedó pensando.

—Entonces esa primero.

Mateo cerró los ojos.

—Como sigas ayudando así, vuelvo andando...

Se dio con la rodilla en la guantera, soltó una blasfemia, se le cayó una muleta entre los dos asientos y, al intentar recuperarla, acabé medio tumbada sobre él, con la palanca de cambios clavándose donde no debía y su cara a un palmo de la mía.

Mateo miró mi boca un segundo antes de volver a mirarme a los ojos.

—Doctora...

—Ni se le ocurra, Mateo.

—Todavía no he dicho nada...

—Pero ya le conozco la cara.

Sonrió despacio.

—Solo iba a decir que, si quería tenerme así, podíamos habernos ahorrado lo de las muletas.

—Estoy rescatando una.

—Eso necesito creer yo también.

Encontré la muleta y me aparté tan deprisa que casi me golpeé con el volante.

—Póngase el cinturón.

—Ay... Qué manera tan fría de terminar un momento bonito.

Arranqué antes de darle tiempo a seguir, pero eso fue todavía peor. Conducía yo y opinaba él. Del tráfico, de mi manera de frenar y hasta de la emisora, que cambió sin permiso a una de esas que ponen boleros a las once de la mañana.

—Deje el dial donde estaba.

—Es que este le pega más.

—¿A mí?

—Mucho drama contenido. Apariencia de mujer seria y vida interior tormentosa.

—Le agradecería que no tocara mi radio...

Se rio y dejó la mano sobre el dial.

—¿Sonia?

Lo miré de reojo.

—¿De verdad va a empezar otra vez?

—Es que hoy tiene cara de Sonia.

—Pues va frío.

—Marta.

—Congelado.

—Isabel.

—Está empeorando...

Se acomodó como pudo en el asiento, satisfecho consigo mismo.

—Tiene nombre de reina destronada. Lo sé.

—No sabe absolutamente nada de mí.

—Sé que frena tarde, que amenaza mucho y que seguirá sin decirme cómo se llama, pero el día que lo adivine debe dejarme invitarla a cenar. A una cena de verdad. Sin bandejas de hospital ni Quique apareciendo a cada rato. Y no, no pienso mirarlo en el buzón ni preguntarlo en el hospital. Eso sería hacer trampa. Quiero que me lo diga usted.

No respondí y aparqué en un hueco que él dio por imposible desde que puse el intermitente.

—Ahí no cabe.

—Sí que cabe.

—Ni de broma.

Entré a la tercera. Recta. Centrada. Con espacio delante y detrás. Apagué el motor y lo miré con una sonrisa de campeona. Mateo observó por su ventanilla, luego por la mía y finalmente se volvió hacia mí.

—Ha sido suerte.

—Le está costando mucho decir «tenía usted razón».

—Prefiero romperme la otra pierna.

Miré sus dos piernas.

—Pues no le quedan muchas disponibles.

Se le escapó la risa. Y no sé por qué, de todas las cosas que habían pasado aquella mañana, fue esa risa la que me llevé conmigo al bajar del coche.

El supermercado fue su reino y mi penitencia. Lo senté en uno de esos carros motorizados que reservan para gente con problemas de movilidad y él, que solo tiene problemas de movilidad y ninguno de vergüenza, lo condujo por los pasillos con andares de desfile. Saludaba a las cajeras. Le daba consejos a un señor sobre qué

tomate llevarse. Frenaba en seco delante de las ofertas con un chirrido que giraba medio establecimiento.

—Durán, es un carro, no una moto de agua.

—Es lo más cerca de la libertad que voy a estar en un tiempo. Déjeme.

El desastre llegó en los congelados. Una señora mayor, al verlo maniobrar con la bota y las muletas y esa cara de mártir que sabe poner cuando le conviene, se acercó compadecida.

—Ay, hijo, ¿qué le ha pasado?

—Un incendio, señora. Salvé a una de su edad. —Bajó la voz, teatral—. Pero mi mujer, esa de ahí, me cuida muchísimo. No sé qué haría sin ella.

La señora me miró con los ojos húmedos. Abrí la boca para desmentirlo y descubrí que no me salía, porque desmentir a un hombre delante de una anciana emocionada es de mala persona, y no fui capaz.

—Es usted una santa —me dijo, cogiéndome la mano.

—No se imagina cuánto.

La noticia de mi santidad corrió por el súper más rápido que las ofertas. La señora se lo contó a otra señora, esa al carnicero, y para cuando llegamos a la pescadería ya éramos el matrimonio del incendio, y un chico de reposición le regaló a Mateo dos flanes a punto de caducar de pura admiración.

Entre las conservas alargamos la mano a la vez hacia la misma lata de tomate. Los dedos se nos encontraron sobre la etiqueta y ninguno la apartó tan rápido como debía.

Un pasillo más allá encontró a su siguiente víctima. Un chico joven con delantal, cara de llevar toda la mañana colocando yogures y ninguna prisa por volver a ellos.

—Tío, ¿y esas piernas?

—Me las rompí sacando a una anciana de un incendio. La versión corta es que soy bombero. Y ella es mi traumatóloga. —Se señaló la

pierna—. Todo el hierro que llevo ahí dentro es obra suya.

El chico se rio y nos acompañó hasta el final del pasillo recomendándonos yogures que nadie le había pedido.

En la caja intentó pagar mi compra con su tarjeta, un gesto que le salió tan natural que casi le dejo.

—Yo pago lo mío —dije al fin.

—Déjeme invitar a algo. No sé estar quieto sin hacer nada por nadie, es una enfermedad.

Le dejé cargar la bolsa del pan, la única que podía llevar sin poner en peligro su equilibrio ni el mío.

Sacarlo del coche al llegar a casa fue la misma película, pero marcha atrás. Nos llevó otros cinco minutos y una maniobra que, en cualquier otro contexto, habría exigido consentimiento informado.

Una vecina, de las que llevaban años viviendo en el edificio y conocían la vida de todos aunque nadie se la hubiera contado, apareció con su perro justo cuando yo tenía medio bombero colgado del cuello y el otro medio intentando encontrar el suelo con la bota.

Se detuvo y nos miró. Y después bajó la mirada a la mano de Mateo agarrada a mi cintura.

—Buenas —dije.

—Buenas —contestó ella, con una sonrisa que hablaba por sí sola, y siguió andando bastante más deprisa de lo necesario. Tanto que hasta el perro tuvo que trotar para seguirle el ritmo.

Mateo esperó a que doblara la esquina.

—Mañana somos novios.

—Pues ya verás qué decepción cuando descubra que solo soy la traumatóloga que tuvo que subir a un inválido a su casa.

—Eso tiene muchísimo menos interés para el edificio.

Conseguí ponerlo derecho sobre las muletas y me aparté. Repartí las bolsas en mis brazos y enfilamos el portal. Subir con la compra resultó peor que bajar con él. Yo llevaba cuatro, dos en cada mano,

y él insistía en cargar la del pan colgada de la muñeca, de modo que cada pocos peldaños se le escapaba y rodaba escaleras abajo, y cada pocos peldaños yo bajaba a buscarla mientras él se disculpaba desde arriba con una dignidad que no le correspondía a la situación.

A mitad de subida paró a recuperar el aire, apoyado en la pared, y por una vez no dijo nada gracioso.

—¿Está bien?

—Solo hartó. De estar así, sobre todo. —Se rio flojo—. Un día de estos lograré subir solo.

—Y cuando ese día llegue, seré yo quien le invite a algo.

Tres segundos después de decir la frase, me arrepentí.

—Apunte la fecha porque pienso cobrármelo.

Reanudamos la subida más despacio. No me había fijado hasta entonces en que contaba los escalones entre dientes para no pensar en el dolor. Al llegar al último tramo dejó de contar y soltó, sin venir a cuento.

—Gracias por esto, doctora. No solo por lo del súper.

—De nada, Durán.

—Sé que no le sobra el tiempo. Y aun así ha aceptado sacarme de casa.

No supe qué contestar, así que seguí subiendo delante de él, con las bolsas por escudo.

En su rellano, sudando otra vez los dos, se apoyó en su puerta y me miró de una manera peligrosa.

—Ha sido casi una cita.

—Ya empiezas... Ha sido solo una compra.

—Con una cita dentro. Yo lo he notado.

Metí la llave en mi cerradura, muy digna, y se me escapó la sonrisa justo al cerrar, del lado en que él no podía verla. La pared, que a estas alturas transmite hasta lo que una piensa, no guardó el secreto.

—La he oído sonreír, doctora —dijo, encantado, desde el otro lado.  
No le di el gusto de contestar. Pero sonreí otra vez, más ancha,  
ahora que ya daba igual.

## CAPÍTULO 6



Mateo decidió en algún momento y por sí solo que me debía una cena en condiciones y decidió también, sin consultarlo con nadie, que iba a cocinarla él. Me enteré por un pósito clavado en mi puerta. SÁBADO, NUEVE, TRAIGA APETITO Y NADA MÁS. EMPIEZO YO CON LAS INVITACIONES.

Llegué con las manos vacías, tal como me habían ordenado, y me encontré la cocina del tercero B convertida en zona catastrófica. Harina en la encimera, en el suelo y en una muleta apoyada contra la nevera. Él, de pie con el peso en la derecha y la izquierda descargada, removía algo en una sartén con la cara de quien libra una guerra que no domina.

—¿Qué es eso?

—Risotto. O lo será, si el arroz colabora.

—¿Y la harina?

—Bajas expectativas del postre. No pregunte más.

Se le cayó la cuchara de madera al suelo. Se agachó a recogerla apoyándose en la encimera con una lentitud calculada y desde ahí abajo me miró con la cara de quien acaba de descubrir un problema serio.

—No puedo agacharme y levantarme a la vez. Es una habilidad que di por hecha toda la vida y ya no la tengo.

Lo ayudé a subir. Terminamos el risotto entre los dos, yo removiendo mientras él daba órdenes desde la silla que había arrastrado hasta la cocina, y salió mucho mejor de lo que merecía el caos previo. Cenamos en la mesa de siempre y con las velas de la otra vez, ya sin excusa de apagón.

—A que no adivina de quién es la receta.

—De su madre.

—De mi madre. —Estaba orgullósísimo de su hazaña—. Me la ha dictado por teléfono esta tarde, paso a paso, tres veces, porque a la segunda ya se me había olvidado si eran dos tazas de caldo o tres.

—Está usted muy unido a ella.

—Es la única mujer que me ha aguantado más de un mes seguido.

—Lo dijo en broma, pero algo se le quedó detrás—. Se quedó sola muy pronto... Y cada vez que me toca apagar fuegos, ella se queda esperando a que suene el teléfono. No es fácil, su parte.

Como si nos estuviese escuchando, sonó su móvil y contestó con un «hola, mamá» que le cambió la voz entera. Habló de la pierna, mintió sobre el dolor, prometió cuidarse y colgó con una ternura que no encajaba con el hombre que conocí en urgencias.

—¿Todo bien?

—Todo bien. Se preocupa más de la cuenta. Como usted.

—Yo no me preocupo por usted.

—Ya. Por eso ha venido un sábado a cenar risotto quemado con un cojo.

No estaba quemado. Estaba casi bueno.

Mi teléfono sonó a los postres. Miré la pantalla y la sonrisa se me cayó sola, sin que yo la empujara. Era mi hermana. No contesté. Lo dejé sonar hasta que se cortó y guardé el móvil boca abajo sobre la mesa, con más cuidado del necesario.

—¿No contesta?

—No es buen momento.

—¿Nunca es buen momento con quien sea que llame, o solo hoy?

No le contesté a eso. Él tampoco insistió, cosa rara en un hombre que llevaba semanas intentando sacarme el nombre de pila a base de asedio, y aquella retirada me dolió más que si hubiera preguntado tres veces seguidas.

Cambió de tema, que para eso tiene oficio, y terminamos hablando de incendios, de los que se recuerdan bien y de los que uno prefiere olvidar, hasta que se me hizo tarde sin darme cuenta.

El postre, cuando por fin salió del horno, resultó ser la explicación de toda la harina. Un bizcocho hundido por el centro con una precisión casi geométrica, del que él estaba inexplicablemente orgulloso.

—Es un bizcocho de valle.

—Es más bien un bizcocho fallido. Apelmazado.

—Es un diseño. —Cortó dos porciones y me puso la peor, con una generosidad que agradecí—. Mi madre me avisó de que no abriera el horno antes de tiempo. Pero mi impaciencia me hizo abrirlo tres veces.

Estaba correcto por los bordes y crudo por dentro, y me lo comí entero, incluida la parte cruda, cosa que no pienso justificar ante nadie.

Nuria se presentó el domingo siguiente sin avisar, con una tarta comprada y ganas de fiscalizar la recuperación de su capitán. Me la encontré instalada en el sofá de Mateo cuando crucé el rellano para devolverle un plato, tan cómoda allí como en su propia casa.

—Doctora Blasco. Justo la mujer que quería ver. —Palmeó el sitio de al lado—. Siéntese. Este me está mintiendo con el dolor y usted es la

única que se lo va a sacar.

—No le miento —protestó Mateo desde la cocina.

—Miente siempre. Es capitán, es su trabajo hacer que todo parezca controlado. —Nuria bajó la voz sin perder la sonrisa.

Me quedé una hora larga, comiendo tarta y oyendo batallitas del parque que no me tocaba conocer, y en algún momento até cabos de que Nuria no había venido por la tarta, sino a ponerme a prueba en persona. Debí de aprobar el examen, porque al irse me abrazó sin avisar, un abrazo rápido y serio que me pilló desprevenida.

—Cuídelo —dijo desde la puerta—. Y cuídese usted también, que se le nota apagada.

No pregunté en qué lo notaba porque sospechaba que la respuesta no me iba a gustar.

Dos noches después bajé a la calle cargada con la basura de las dos casas, porque a él aún le costaba el trayecto hasta el contenedor, y me crucé con el del primero en el portal. Llevaba una bolsa él también, y se quedó mirando cómo forcejeaba yo con las dos.

—Mucho peso para una mujer sola.

—Me apaño.

—Ya veo que se apaña con todo. Con las bolsas, con el bombero... — Lo dijo sin sonreír, con una calma que no me gustó nada—. Algunos no tenemos a nadie que nos ayude a bajar la basura. Una lástima.

No supe diferenciar si aquello era una queja, una amenaza o la tristeza de un hombre solo hablando en voz alta. Aceleré hasta el contenedor y volví sin mirar atrás. Cuando se lo conté a Mateo, subiendo la compra dos días después, dejó de sonreír por completo.

—¿Le dijo eso? ¿Esas palabras?

—Más o menos.

—Vecina, en serio. A ese hombre no le hable sola nunca más. Si lo ve en el portal, espere, o suba primero y baje conmigo.

—No hace falta que se ponga en modo capitán conmigo.

—Se lo pido como vecino, entonces. No como capitán. —Me miró un segundo más de la cuenta, sin apartarse—. He visto esa calma otras veces y no me gusta nada. Me da muy mala espina. Es el típico tío al que ya no le importa nada, y esa gente es peligrosa.

No contesté. Pero esa noche bajé la basura acompañada, sin decírselo directamente, dejando simplemente que él insistiera en acompañarme con las muletas.

Dos días después, tras la revisión y unas radiografías de control, su nuevo traumatólogo le autorizó a empezar a apoyar la izquierda también fuera de las barras, dentro de casa, con cuidado y durante trayectos muy cortos. Marta empezó a trabajarlo con él esa misma tarde. Me llamó con una alegría que no le cabía en la voz.

—Doctora, adivine. Ya puedo cruzar el pasillo solo. Diez pasos. Los he contado.

—Eso es fenomenal, Durán.

—Venga a verlo. Se lo debo a usted, la primera.

Crucé el rellano sin quitarme siquiera la bata del hospital y lo encontré en mitad del salón, con una muleta en la mano derecha y la izquierda rozando el respaldo de una silla para mantener el equilibrio, dando aquellos pasos despacio, con la concentración de quien está reaprendiendo algo que antes hacía sin pensar. Al llegar hasta mí se paró, sin soltar la silla del todo, y me miró con toda la atención que le cabía en la cara.

—Lo he conseguido gracias a usted.

—Lo ha conseguido usted solo. Yo únicamente puse unos tornillos.

—Usted puso bastante más que tornillos, doctora.

No aparté la mirada tan rápido como debía. Él tampoco. Y durante un segundo entero, en mitad de aquel salón a medio amueblar, no hubo bromas ni pared de por medio. Solo los dos, muy quietos, dándonos cuenta a la vez de que aquello estaba cambiando.

—Debería irme —dije, sin moverme.

—Debería... —contestó él, sin soltar la silla ni acercarse tampoco.

Y me fui.

A las siete y cuarto le noté algo distinto en la cara, un cuidado nuevo en la manera de mirarme que no supe si venía del miedo a que yo fuera frágil o de algo bastante más simple. No dijo nada sobre lo del salón. Yo tampoco. Pero bajamos ese tramo de escalera mucho más despacio que de costumbre, buscando alguna excusa para que durara un poco más, y en todo el trayecto hasta la calle no hizo ni una sola broma.

# CAPÍTULO 7



Después de aquella noche en su salón hice lo que se me da mejor que nada. Esconderme detrás del trabajo.

Cambié turnos, cogí guardias que no me tocaban y salí de casa antes de las siete para no coincidir con él a las siete y cuarto. Funcionó dos días. Al tercero me lo encontré igualmente, sentado en el primer peldaño con dos tazas humeando, la izquierda estirada y la derecha recogida dentro de la bota, esperándome con la paciencia de quien ya sabe cómo termina esto.

—Ha estado huyendo de mí.

—He estado trabajando. No invente tonterías.

—Ha estado trabajando a las seis y media de la mañana, tres días seguidos, justo a la hora a la que suelo bajar yo. —Me tendió la taza —. No hace falta que finja. Yo también me asusté esa noche. Un poco.

—Yo no me asusté.

—Ya. Por eso lleva ojeras de no dormir.

Cogí la taza porque discutir con él en ayunas es una batalla perdida, y bajamos juntos, callados los dos, sin las bromas de siempre rellenando los huecos.

Elvira me paró en el control aquella misma mañana con una bandeja y las cejas ya levantadas antes de decir nada.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada.

—Blasco, te conozco muy bien. Y tu cara habla sola.

—No me ha pasado nada, Elvira.

—Vale. —Dejó la bandeja, se sirvió un café del termo y se sentó en mi silla sin que la invitara—. Entonces cuéntame lo de nada, que tengo diez minutos antes de que me llamen.

No le conté nada. Pero me quedé sentada esos diez minutos, cosa que tampoco hago nunca, y ella no insistió. Antes de irse me dejó una rosquilla sobre la mesa, y a su manera aquello ya fue una conversación entera.

Esa tarde me tocó una paciente nueva, una mujer de mi edad con una muñeca partida en dos sitios por una caída tonta en su propia cocina. Mientras le explicaba la operación, se quedó mirándose la alianza que todavía llevaba puesta y me contó, sin que se lo preguntara, que su marido había muerto hacía dos años y que no se la había quitado porque quitársela le parecía la traición definitiva.

—A veces uno se agarra a lo que puede —le dije, y me sorprendió lo mucho que aquello sonaba a algo que me estaba diciendo a mí misma.

—¿Usted entiende de esto, doctora?

—Entiendo de huesos. —Le tendí el consentimiento firmado—. El resto lo llevo regular, igual que todo el mundo.

Salí de la consulta con la sensación de haber operado dos veces esa tarde, una muñeca y algo bastante más difícil de nombrar, y me

pasé el resto de la ronda sin poder quitarme de la cabeza a aquella mujer aferrada a un anillo que ya no significaba lo mismo.

Mi hermana volvió a llamar por la noche. Esta vez descolgué, porque una puede huir de un vecino con muletas, pero no eternamente de su propia sangre.

—Por fin me coges el teléfono.

—Estoy de guardia.

—Siempre estás de guardia. —Se quedó callada el segundo que siempre precede a lo que de verdad quiere decir—. Es el aniversario el mes que viene. Mamá quiere que vayamos juntas. Y supongo que me vas a contestar lo mismo que el año pasado.

Apreté el teléfono antes de contestar.

—Ya veremos, Marina.

—Han pasado casi dos años.

—Ya sé cuántos meses han pasado. Los cuento yo también.

Colgamos peor de lo que habíamos empezado, y me quedé con el teléfono en la mano en un pasillo vacío, deseando no haber dicho nada de lo que dije y sabiendo que lo repetiría igual la próxima vez que llamara.

Aquella noche me acosté pronto, sin cenar, y por la mañana él no bajó a esperarme con el café. Fue peor que si lo hubiera hecho, porque una cosa es huir de alguien y otra descubrir que ese alguien, por una vez, también sabe cuándo apartarse.

Al segundo día sin cruzarnos coincidí con el del primero sacando la basura, algo que en él ya resultaba sospechoso de puro repetido. Se paró a mirarme con una calma que no era calma, sino otra cosa disfrazada.

—¿Ya no baja con el bombero?

—Eso no es asunto suyo.

—Todo lo que pasa en este edificio es asunto mío. —Sonrió sin que la sonrisa le llegara a los ojos—. Se agradece la tranquilidad. Cuando

cada uno está en su sitio y nadie hace ruido de más. Antes de que llegara ese bomberucho, este portal era otra cosa.

Subí sin contestarle, y con la piel de gallina por motivos que no tenían nada que ver con el frío.

Duré así tres días, hasta que el sábado encontré un pósito en el felpudo, doblado por la mitad. NO SÉ QUÉ LE PASA Y NO SE LO VOY A PREGUNTAR. PERO SI ALGÚN DÍA QUIERE HABLAR DE ELLO, TENGO TIEMPO Y UNA CAPACIDAD DE ESCUCHA QUE ME SORPRENDE HASTA A MÍ. SI NO QUIERE, TAMBIÉN TENGO PIZZA.

Lo leí tres veces de pie en el rellano. Al final crucé, con la nota todavía en la mano, y llamé a su puerta antes de que la cabeza me convenciera de lo contrario.

Abrió con el pelo revuelto y cara de no esperarme.

—Doctora.

—Tenía usted razón. Sí que me asusté.

Se apartó para dejarme pasar sin preguntar de qué, y me senté en su sofá con la nota apretada entre los dedos sin darme cuenta.

—No tiene que contarme nada —dijo, sentándose a mi lado con el cuidado de quien todavía mide cada movimiento de la pierna—. Solo quería que supiera que la pizza sigue en pie.

—Dentro de un mes hay un aniversario. Familiar. Mi hermana quiere que vayamos juntas y yo llevo casi dos años inventando turnos para no ir.

No me pregunté por qué se lo estaba contando a él antes que a nadie. No tenía ninguna respuesta que me gustara.

—¿Y usted qué quiere?

—No lo sé. Ese es el problema. Llevo casi dos años sin preguntármelo, así que tampoco sé qué responder cuando me lo pregunta otro.

Se quedó callado un rato, cosa que en él era casi un milagro.

—No tiene que decidirlo hoy —dijo al fin—. Pero si decide ir y quiere compañía hasta la puerta, aunque sea solo hasta la puerta, ese día lo tengo libre. Marta me da fiesta sin problema.

—¿Me está ofreciendo acompañarme a un cementerio?

—Le estoy ofreciendo lo que haga falta. —Sonrió, sin batería—. Soy flexible. Es lo único flexible que me queda con esta pierna.

Me reí, y fue un alivio tan grande que hasta me dolió un poco el pecho.

Nos quedamos allí el resto de la tarde sin hablar más del cementerio. Me contó por fin lo que había pasado en el tejado. El fuego había cortado la salida de una anciana en una galería del tercer piso. Cuando la estructura empezó a ceder, Mateo la empujó hacia la terraza del piso inferior y se lanzó detrás; en la caída consiguió girarse para que ella aterrizara sobre él y no contra las baldosas. Yo conocía una parte por Quique, pero no era lo mismo escuchárselo a él. Esta vez no hizo bromas ni intentó quitarle importancia.

Yo también acabé contándole cosas. Le hablé de mi hermana, de lo unidas que habíamos estado antes y de cómo, en algún momento, todo se había torcido entre nosotras. El cementerio tenía mucho que ver con eso, aunque no era ni de lejos todo el problema.

No entré en detalles y él tampoco preguntó. En algún momento dejamos las manos apoyadas muy cerca una de la otra sobre el sofá. Me di cuenta, claro. Supongo que él también, pero no hice nada por acercarme. Tampoco aparté la mano.

Cuando me marché, ya de noche, me paré en el rellano antes de cruzar a mi puerta.

—Gracias por la nota.

—A ti por venir.

## CAPÍTULO 8



La convocatoria amaneció pegada en el portal, escrita con el entusiasmo tipográfico de quien acaba de descubrir que su ordenador tiene muchas fuentes. JUNTA EXTRAORDINARIA DE VECINOS. ASUNTOS URGENTES. OBLIGATORIA LA ASISTENCIA.

—No es obligatoria —dije, leyéndola por encima de su hombro.

—Ya, pero fíjese en las mayúsculas. —Golpeó el cartel con la contera de la muleta—. Van muy en serio.

—Llevo cuatro años en este edificio y no he ido a ninguna.

—¿A ninguna? ¿En cuatro años?

—Tengo mucho trabajo. No me sobran las ganas de discutir sobre bajantes.

—Pues este año va a ir a una. —Se apoyó en las muletas para leer el resto—. Punto tres del orden del día. Ruidos y situaciones anómalas en el edificio. Apuesto a que sabe de quién van a hablar...

Lo sabía. Todo el edificio lo sabía. Y por eso, contra mi voluntad y contra todo mi historial, dos noches después bajé a la portería con una silla plegable y convencidísima de estar cometiendo un error.

El sótano de la portería apenas tenía luz. Éramos once, apretados entre bicicletas y un contador de agua que goteaba. La administradora, una mujer con una carpeta, presidía desde una mesa de camping.

Mateo entró el último, con las muletas, y provocó lo que solo puedo describir como una ovación muda. La señora del segundo le cedió su silla. El del ático se levantó a darle la mano. Una mujer que llevaba cuatro años sin dirigirme la palabra me miró con simpatía por el simple hecho de venir acompañada de él.

—Es usted un fenómeno social —le dije por lo bajo, buscándome un hueco entre dos bicicletas.

—Es que le sonrío a la gente, doctora. —Se acomodó en la silla que le acababan de ceder, con el aplomo de un rey en un trono—. Debería probarlo alguna vez. Le haría la vida más ligera.

El punto uno fue el ascensor. Llevaban veinte años debatiendo si ponerlo y aquella noche batieron su propio récord de no decidir nada. El del ático lo quería. La del principal, que vive pegada al hueco, se oponía por motivos que fue enumerando durante once minutos, entre ellos las vibraciones, el ruido y una prima suya que se quedó encerrada en uno en Alicante durante la Semana Santa del noventa y cuatro.

—Eso fue en Alicante —apuntó el del ático.

—Los ascensores son iguales en todas partes.

La administradora intentaba avanzar. Mateo levantó la mano en un momento dado, con una educación exquisita.

—Perdón. Solo por aportar. Soy el único de esta sala con una pierna operada, subo tres pisos a pie todos los días y estoy claramente a favor del ascensor. Pero entiendo que no es el momento.

—Es exactamente el momento —dijo el del ático.

—Es el punto uno de diecinueve —cortó la administradora.

—Diecinueve —repetí yo, y por debajo de la mesa Mateo me tocó la rodilla con un dedo, una sola vez, para que no me levantara y me fuera.

El punto tres llegó pasadas las nueve, cuando ya habíamos perdido a dos vecinos por deserción. La administradora carraspeó, cambió de hoja y bajó el tono.

—Situaciones anómalas en el edificio. Se han presentado varias quejas relativas al primero izquierda.

Se instaló en la sala una incomodidad espesa. La señora del segundo se puso a mirar su bolso, mientras el del ático se aclaró la garganta tres veces.

—Yo no he dicho nada —dijo alguien.

—Yo tampoco —dijo otro, que sí lo había dicho.

—El piso figura a nombre de doña Amparo Ruiz —continuó la administradora, leyendo—. Doña Amparo ingresó en una residencia hace dos años y falleció el pasado noviembre. Los herederos residen fuera. El edificio no tiene constancia de que nadie esté autorizado a ocupar la vivienda. Por lo tanto, podemos considerar que la vivienda está ocupada ilegalmente.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Yo miré a Mateo y Mateo miraba la puerta.

—Entonces el señor del primero...

—El señor del primero no consta en ningún documento de esta comunidad —zanjó la administradora—. Y lleva ocho meses viviendo ahí. De gratis. Ni siquiera paga el agua.

La puerta se abrió en ese preciso instante, y entró él, con la camiseta que un día fue blanca y las manos vacías, y se quedó de pie al fondo, sin sentarse, mirándonos a todos con una calma extraña.

—¿Están hablando de mí?

—Tomás, estamos tratando un punto del orden del día —dijo la administradora, muy profesional y bastante pálida.

—Ese piso era de Amparo. Yo la cuidé. —Lo dijo sin levantar la voz—. Le subía la compra, le bajaba la basura y le hacía compañía cuando ninguno de ustedes se acordaba de que existía. Nadie de aquí subió nunca a preguntarle nada. Ni una vez en doce años.

Nadie le contestó. Porque una parte de aquello, probablemente, era cierta.

—Y ahora que ella no está, todos tienen mucho interés en quién duerme en su cama. —Recorrió la sala despacio y se detuvo en mí un segundo más de la cuenta—. Sobre todo desde que llegó ese bomberito que no para de dar voces.

Mateo se movió a mi lado, con un ajuste mínimo de postura, lo justo para quedar medio cuerpo por delante del mío. No dijo nada.

—Si quiere, hablamos usted y yo otro día con calma —dijo la administradora—. Con los papeles delante.

—Los papeles. —El hombre sonrió sin ganas—. Ustedes siempre con los papeles.

Se fue como había venido, dejando la puerta abierta, y pasó un buen rato hasta que alguien fue capaz de volver a hablar de derramas.

La junta se disolvió media hora después, sin ningún acuerdo y con dos vecinos discutiendo todavía sobre el ascensor en la escalera. La señora del segundo se agarró del brazo de Mateo antes de que pudiéramos escapar.

—Hijo, usted que es bombero... ¿Ese hombre podría hacernos algo?

—No debería, señora.

—La del segundo contó que lo escucha hablar solo por las noches.

Mateo le cubrió las dos manos con las suyas, con una calma de manual.

—Váyase a dormir tranquila, seguramente le esté rezando a algún santo.

La señora se fue tranquilísima. Yo no.

—No te lo crees ni tú —le solté en cuanto nos quedamos solos, y me di cuenta de que lo había tuteado.

Él lo dejó pasar.

—Claro que no me lo creo. Pero tenía que calmarla.

Subimos juntos los escalones, más despacio que nunca, parando en cada rellano. En el segundo, Mateo se apoyó en la barandilla y se quedó mirando hacia abajo, hacia la puerta del primero.

—El tipo ese tenía razón en una cosa —dijo—. Que nadie visitara a esa mujer para saber si necesitaba algo... Es más común de lo que parece. Pasa en todos los edificios de este país.

—Eso no le da derecho a asustar a nadie.

—No. Pero ayuda a entender de dónde viene.

—Durán...

—Ya sé que soy pesado.

—No es eso, quería darle las gracias. Por lo de ponerse delante.

Se quedó callado un momento, sorprendido de verdad, cosa que no le pasa a menudo.

—Es un reflejo tonto. —Se encogió de hombros, incómodo con el elogio—. Después de tanto tiempo protegiendo a las personas, al final el cuerpo lo hace solo, aunque no sirva de nada. Ahora mismo, con estas piernas, soy el peor escudo humano de Madrid.

—Sí, definitivamente es usted un escudo espantoso. Pero se agradece la intención.

Reanudamos la subida, y en mi rellano, cuando ya tenía la llave en la cerradura, me di la vuelta.

—Voy a ir al cementerio con mi hermana. El día veintitrés.

Lo dije rápido, sin adorno, porque de otra manera no me habría salido. Él asintió sin celebrarlo ni preguntar nada más, que era justamente lo que yo necesitaba.

—¿Quiere compañía hasta la puerta?

—Sí, la verdad es que me vendría muy bien.

—Pues ahí estaré. —Se apoyó las dos muletas en el hombro para señalarse las piernas—. Iremos más despacio, con estos andares, pero llegaremos.

Esa noche, al apagar la luz, me quedé un rato con los ojos abiertos pensando en Amparo Ruiz, a la que nunca conocí, y en los doce años de los que Tomás había hablado. Sobre todo en los dos que coincidimos en el mismo edificio, cuando yo subí y bajé mil veces por delante de su puerta sin llamar ni una sola. Y pensando también, aunque me costara admitirlo, en que casi dos años atrás había hecho exactamente lo mismo con mi propia hermana. Cerrar una puerta no es un acto único. Se cierra un poco cada día, sin darse cuenta, hasta que un buen día ya no sabe una ni dónde dejó la llave.

## CAPÍTULO 9



Los días previos los pasé fingiendo que era una fecha cualquiera. Cambié sábanas que estaban limpias, ordené un armario que no lo necesitaba y firmé informes atrasados con una dedicación sospechosa. Elvira me observaba desde el control sin decir nada.

Mateo, en cambio, se preparó con la minuciosidad de un operativo. Habló con Marta para adelantar su sesión. La fractura de la derecha ya había consolidado lo suficiente para dejar la bota y, aunque seguía usando muletas por la izquierda, el traumatólogo le había dado permiso para conducir un automático. Consiguió que Quique le prestara el suyo, porque en mi coche apenas cabía y porque, según él, ya iba siendo hora de que condujera alguien sin tanto miedo. Y se puso un jersey azul en lugar de las camisetas de siempre, detalle que noté en cuanto abrió la puerta.

—Está usted muy elegante.

—Voy a acompañar a una mujer difícil a un sitio difícil. Hay que ponerse a la altura.

El trayecto duró cuarenta minutos y él tuvo el buen criterio de no llenarlos de conversaciones vacías. Puso la radio bajita y dejó que mirase tranquila por la ventanilla.

—Si en algún momento quieres dar la vuelta, damos la vuelta. —Lo dijo sin apartar la vista de la carretera, tuteándome sin darse cuenta—. Sin explicaciones y sin que nadie te lo eche en cara. Yo el primero.

—No voy a dar la vuelta.

—Ya lo sé. Pero conviene saber que se puede.

Marina esperaba en la entrada con mi madre del brazo y un ramo de flores demasiado grande. Nos vimos a treinta metros y las dos hicimos el mismo gesto de enderezar la espalda. Somos hermanas hasta en eso.

—Has venido.

—Sí, aquí estoy...

Mi madre me abrazó con una fuerza sorprendente. Luego miró por encima de mi hombro, hacia el hombre alto con muletas que se había quedado a una distancia prudente junto al coche.

—¿Y ese?

—Un vecino.

—¿Un vecino que ha venido contigo y se queda esperando en la puerta?

—Mamá.

—No digo nada. —Se colocó el bolso—. Digo solo que ese chico no me parece un simple vecino.

No tenía respuesta para eso, así que entramos las tres. Él se quedó fuera, apoyado en el capó.

La tumba de mi padre está en la parte vieja, bajo un ciprés que ya estaba allí cuando lo enterramos. Casi dos años después seguía sin saber qué se hace exactamente delante de una lápida. Marina limpió el mármol con una bayeta que traía preparada, mientras que mi

madre colocó las flores, y yo me quedé de pie, con las manos en los bolsillos, como si fuese una invitada en mi propio duelo.

Aguantamos así un rato razonable, hasta que mi madre dijo que iba a buscar agua para el jarrón y se marchó con una lentitud que ninguna de las dos nos creímos.

—Nos ha dejado solas a propósito —dije.

—Lleva casi dos años intentándolo. —Marina dobló la bayeta con demasiado cuidado—. Alguna vez tenía que salirle.

Y ahí, bajo el ciprés, tuvimos por fin la conversación que llevábamos casi dos años evitando por teléfono.

Mi padre estuvo tres semanas en una UCI a doscientos kilómetros de mi hospital. Al final de la segunda, los médicos nos dijeron lo que yo ya sabía leer en las gráficas mucho antes de que ellos abrieran la boca. Que no había nada más. Que lo que quedaba era decidir hasta dónde alargar algo que ya no iba a ninguna parte.

Y me miraron a mí. Todos. Mi madre, Marina, los médicos, hasta el celador. Porque yo era la que entendía los papeles.

Dije que no siguieran. Lo dije con la voz firme, con la misma voz con la que doy indicaciones en un quirófano. Firmé lo que había que firmar, y salí al pasillo, sin llorar, ni ese día ni ninguno de los siguientes.

Marina quería una semana más. Solo una semana, decía. Por si acaso.

—Todavía no he podido perdonarte que lo dijeras así —soltó, mirando la lápida y no a mí—. Con esa voz. Como si estuvieras dando un parte.

—Era la única voz que me quedaba, Marina.

—Ya. Pues yo necesitaba a mi hermana y me encontré a una doctora.

Se me clavó exactamente donde ella pretendía, porque nos conocemos desde siempre y sabemos dónde apuntar.

—Si hubiéramos esperado esa semana, habría muerto igual, con más tubos y más dolor.

—Ya lo sé. —Se le rompió un poco la voz—. Ya lo sé. Lo supe entonces y lo sé ahora. Pero necesitaba enfadarme con alguien y tú eras la única que no se defendía.

—No me defendí porque estaba de acuerdo contigo.

Se giró para mirarme por fin.

—¿Qué?

—Que llevo casi dos años pensando que a lo mejor lo decidí demasiado rápido. Que a lo mejor lo decidí desde la experiencia, y que a lo mejor una hija de verdad habría pedido esa semana.

Marina se quedó con la bayeta apretada en el puño, y luego hizo algo que no me esperaba. Se sentó en el bordillo de piedra, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar con el mismo desconsuelo de cuando éramos pequeñas. Me senté a su lado. La abracé. Y ahí, en el bordillo, con el mármol frío detrás y mi madre haciendo tiempo junto a una fuente a cincuenta metros, lloré yo también, que llevaba casi dos años sin conseguirlo desde que firmé aquel papel.

No lo arreglamos todo. No se arregla todo en veinte minutos. Pero nos dijimos cosas que hacían mucha falta y quedamos en comer juntas el mes siguiente, en un sitio normal, sin lápidas de por medio.

—¿Y el chico? —preguntó Marina cuando ya volvíamos, con los ojos hinchados y la voz recompuesta.

—Un vecino.

—...

—Un vecino al que operé, que se mudó al piso de al lado y que me trae la cena cuando salgo tarde.

—O sea, un novio.

—No es mi novio...

Dos horas después, Mateo seguía esperándome en el coche. En cuanto nos vio salir, abrió la puerta y se puso en pie, pero no

preguntó nada. Y se lo agradecí más de lo que habría sabido decirle. Mi madre le estrechó la mano y le dedicó un repaso completo. Marina le dio dos besos y le dijo, muy seria, que a ver si un día quedábamos para tomar algo, en plural, un plural que me hizo mirar al suelo.

En el coche, de vuelta, tampoco hablamos mucho. Yo tenía los ojos secos y la sensación rara de haber soltado un peso que llevaba tanto tiempo encima que ya lo confundía con mi propia estructura.

—Era mi padre —dije, a mitad de camino, sin que él preguntara—. Y fui yo quien pidió que lo desconectarán.

Mateo no apartó la vista de la carretera.

—Entonces fue usted quien lo acompañó hasta el final. Que es lo más difícil que hay.

—Fui yo quien lo decidió.

—Alguien tenía que hacerlo. Y le tocó a la única capaz de sostenerse de pie en ese momento. —Mantuvo una mano firme en el volante—. Eso no es frialdad, doctora. Es lo contrario. Es cargar tú con lo que los demás no pueden.

No contesté. No podía. Me quedé mirando la carretera con la garganta hecha un nudo, y él tuvo la elegancia de subir un poco la radio y no volver a hablar hasta que llegamos.

Subimos los sesenta y cuatro escalones despacio, cada uno con su lastre. En mi puerta, con la llave ya puesta, me di la vuelta.

—Durán.

—Doctora.

—Gracias por esperarme aun con la pierna así.

—Estaba muy entretenido. Había un señor podando setos con una precisión admirable.

Me reí, y la risa me salió temblona, y de pronto tenía los ojos llenos otra vez y ninguna intención de que él lo viera. Él se acercó un paso.

No más. Y esperó, dejándome a mí la decisión completa, igual que había hecho con esos dos centímetros en el sofá.

Di yo el paso que faltaba y lo abracé.

Fue un abrazo torpe, con muletas de por medio y un jersey azul que olía a coche prestado, y duró bastante más de lo que dura un abrazo entre vecinos. Él me sujetó con un brazo, el que tenía libre, y no dijo ni una broma, ni una frase ingeniosa, ni nada de lo que suele decir. Solo se quedó ahí, aguantando mi peso y el suyo sobre una pierna y media.

Cuando me solté, ninguno de los dos supo qué decir, así que dijimos buenas noches.

## CAPÍTULO 10



Los días siguientes al cementerio fueron territorio nuevo y ninguno de los dos traía mapa.

Yo había llorado delante de él. Eso, en mí, es un acontecimiento con categoría de catástrofe natural. Me pasé la semana esperando que lo mencionara, preparando respuestas cortantes para un ataque que nunca llegó, y descubriendo con cierta rabia que él no pensaba usarlo en mi contra. Los pósitos volvieron a su tono habitual.

Y a las tres y media de una madrugada cualquiera, alguien empezó a aporrear mi puerta.

—¡Doctora! ¡Doctora, abra!

Abrí con el corazón en la garganta, convencida de que se había caído por la escalera. Lo que me encontré fue a Mateo descalzo, en calzoncillos y camiseta, apoyado en una sola muleta, con el pelo revuelto y un charco creciéndole por detrás.

—Se ha roto algo en la cocina y sale agua a presión.

—¿Qué se ha roto?

—Eso es lo que necesito que me diga usted.

—¡Yo no soy fontanera, soy traumatóloga!

—Pues ahora mismo es lo más parecido a una autoridad que tengo enfrente. Y yo no puedo arrodillarme para buscar la avería.

Crucé el rellano descalza también, en pijama y con una linterna del móvil por todo equipamiento. Su cocina era un espectáculo. Debajo del fregadero, un tubo flexible había reventado por la mitad y escupía agua contra la pared con energía, y el agua ya había alcanzado el pasillo y avanzaba con paso firme hacia el salón.

—¿Dónde está la llave de paso?

—¡No tengo ni idea de dónde puede estar la llave de paso! ¡Por eso necesito su ayuda!

Me tiré al suelo, metí medio cuerpo debajo del fregadero y busqué a tientas entre botellas de lejía mientras me caía encima un chorro helado. La encontré al fondo, oxidada y dura, y la giré con las dos manos hasta que el ruido cesó de golpe.

Me quedé ahí abajo un momento, mojada, con el pelo pegado a la cara.

—Ya está cerrada.

—Es usted increíble.

—Solo soy una mujer empapada. Ayúdame a salir de aquí antes de que se me quede el cuello así.

Lo dije sin pensarlo. Ni me di cuenta hasta que noté el cambio en el aire, esa quietud repentina de quien acaba de ver pasar un cometa y no quiere señalarlo por miedo a que desaparezca.

Me tendió la mano. Salí de debajo del fregadero y nos quedamos los dos de pie en mitad de la inundación, mirándonos.

—Últimamente no paras de tutearme.

—No es verdad.

—Sí, esta vez he estado más atento y me has tuteado tú. Que llevo semanas sujetándome. —Se llevó una mano al pecho, herido de emoción—. Hay testigos.

—No hay testigos. Estamos solos.

—Yo soy el testigo. Y pienso declarar en tu contra.

—Ha sido una situación de emergencia. En las emergencias se pierden las formas. Y ahora has sido tú el que ha dicho «tú».

—Ah, o sea que en una emergencia me tutea. —Se apoyó en la encimera, encantadísimo, olvidando por completo que su casa era una piscina—. Pues voy a tener que provocar una emergencia cada noche.

—Durán...

—Una fuga hoy. Un cortocircuito pasado mañana.

—¡Durán!

—Si me caigo por la escalera, ¿me tuteas mientras me recoges?

—Como te caigas por la escalera te dejo ahí tirado y llamo a Quique.

—Se hizo la pausa más larga del mundo. Él levantó las cejas despacio, con toda la calma del planeta, y yo me di cuenta de que acababa de tutearlo otra vez—. Cállate —le advertí.

—No he dicho nada.

—Lo estás diciendo con la cara.

—La cara no la controlo. Va por libre.

Fregamos hasta las cinco de la mañana. Él sentado en una silla, escurriendo bayetas dentro de un cubo, porque agacharse seguía sin ser una de sus habilidades disponibles, y yo de rodillas arrastrando toallas por el suelo.

—Seis años de facultad... Cinco de residencia. Dos oposiciones.

—Y mírate ahora. Triunfando.

—Qué te calles.

—¿Ves? Suena mejor así. Sin formalismos.

—Empezaba a tenerte cariño y lo estás estropeando a una velocidad impresionante.

—Eso lo dices porque estás mojada. —Escribió una bayeta con parsimonia—. Mañana, seca y descansada, me tendrás muchísimo más cariño.

—Mañana voy a tener guardia y ganas de matarte.

—Compatible. He conocido matrimonios sobre esa base.

—Durán.

—Ahí está. En cuanto te pongo nerviosa vuelves al apellido. Es un sistema de alarma buenísimo, no lo pierdas.

Le tiré una toalla empapada. Le dio en el pecho y cayó al suelo con un ruido gordo, y él la recogió del respaldo con la dignidad de un hombre al que acaban de nombrar caballero.

—Agresión a un lesionado. Podría denunciarte.

—Adelante. Declararé que la lesión te la hiciste tú solo, lanzándote desde un tejado.

—Salvando a una señora.

—Saltando —insistí—. Consta en mi informe.

—Tu informe es una obra de ficción. —Volvió a meter la bayeta en el cubo—. Y aun así lo tengo enmarcado. Lo digo en serio. Está encima del microondas. Aunque no me sirve para hacer trampas: solo pone DRA. BLASCO y tiene una firma que parece un electrocardiograma.

Levanté la cabeza del charco. Estaba, en efecto, encima del microondas. Un informe de alta con mi firma al pie, dentro de un marco de los de cinco euros, presidiendo la cocina inundada.

—Eso es de psicópata.

—Eso es de hombre agradecido, que es un tipo de psicópata más agradable.

Se rio fuerte, con la carcajada que se le oye desde el rellano. Y ahí, de rodillas en el charco, con el pijama pegado a las piernas y las manos arrugadas del agua, me di cuenta de que llevaba dos horas

fregando la casa de otro a las tantas de la mañana y de que no cambiaría aquello por ocho horas de sueño.

Cuando terminamos, nos sentamos los dos en el suelo del pasillo, con la espalda contra la pared y las piernas estiradas por delante, sin fuerzas para llegar hasta el sofá.

—Voy a tener que llamar a un fontanero.

—Vas a tener que hacerlo, sí. No te queda más remedio.

—¿Ves? Otra vez.

—Es que a estas horas no me quedan formalidades.

—A mí tampoco. —Ladeó la cabeza contra la pared para mirarme—. Pero no te acostumbres a tutearme, doctora. Que si nos ponemos finos los dos, se acaba la gracia.

—Tranquilo. Volveré al usted en cuanto se seque el pasillo.

—Ay... ¿Lo ves? Ya me estás regañando.

Nos quedamos un rato así, con los hombros casi tocándose y el olor a fregona flotando en la casa. Debí de dormirme un instante, porque lo siguiente que recuerdo es su voz muy cerca diciéndome que me fuera a mi cama, que las traumatólogas también necesitan dormir, y a mí levantándome con un esfuerzo enorme y arrastrando los pies hasta mi puerta.

—Mateo.

Nunca lo había llamado por su nombre hasta entonces. Él lo notó, claro que lo notó, pero tuvo la decencia de no celebrarlo en voz alta.

—Dime.

—Que la próxima vez que se te rompa una tubería, espero que dentro de mucho y ya puedas agacharte, primero cierras la llave de paso y después vienes a buscarme. En ese orden.

—Es que no sé dónde está la llave de paso.

—Te la he enseñado hace dos horas.

—Ya, pero es que estaba distraído mirándote debajo del fregadero.

Le cerré la puerta en las narices. Del otro lado lo oí reírse un buen rato, y me acosté con el pelo mojado y una sonrisa idiota que no me molestó en quitarme.

La otra noticia llegó cuando ya habían pasado casi dos meses desde que Mateo se mudó al tercero B. Era una orden de desahucio, pegada en la puerta del primero, con el membrete de un juzgado y las esquinas ya levantadas por la humedad del portal. No la leí entera. Solo lo suficiente para entender que había un plazo, una fecha y poco más de un mes antes de que tuvieran que abandonar el piso.

Toda la comunidad pasó por delante de ese papel durante días, pero nadie lo comentó. El del ático dejó de saludar en el portal. La señora del segundo empezó a bajar la basura acompañada de su hija. Y él dejó de salir. Eso fue lo peor. Antes se le oía al menos moverse por la casa, arrastrar una silla, o discutir con la televisión. Ahora nada. La puerta siempre estaba cerrada y detrás una quietud que ponía los pelos de punta.

Se lo dije a Mateo mientras subíamos.

—Hace cuatro días que al del primero no se le oye.

—Ya lo sé. Bajo dos veces al día a comprobarlo.

—¿Qué?

—Doy una vuelta por el portal, miro si hay luz por debajo de la puerta y subo. —Se encogió de hombros, incómodo por haber sido pillado—. Es una tontería, pero más vale prevenir.

—Bajas y subes todos esos escalones dos veces al día con una pierna operada, ¿y me lo cuentas ahora?

—Me lo acabas de sacar.

Me paré en el rellano del segundo y me giré hacia él, un peldaño por encima, lo cual me daba por una vez la ventaja de la altura.

—Escúchame bien. No puedes hacer eso solo.

—Blasco...

—Ni se te ocurra. —Le apunté con el dedo—. Vamos juntos o no va ninguno. Y si pasa algo raro, llamamos a la policía, no bajas tú a hacerte el héroe con una tibia atornillada.

# CAPÍTULO 11



Él me miró desde el escalón de abajo, serio, sin rastro de la broma de siempre, y me quedé un peldaño por encima sin saber qué hacer con la ventaja.

—Vale —dijo.

—¿Vale? ¿Así, sin más? Llevas media escalera discutiéndome.

—Vale a lo de ir juntos. A lo de llamar a la policía, ya veremos. — Subió el peldaño que nos separaba, con esfuerzo, hasta quedar a mi altura—. No pongas esa cara. Lo he dicho en serio.

—Es que tú nunca dices nada en serio.

—Digo muchas cosas en serio. Las envuelvo para que no se note. — Se agarró a la barandilla—. Un mecanismo de defensa. Como el tuyo, pero con más gracia.

Subimos un par de peldaños sin hablar.

—Oye, en serio —dije—. Si ese hombre le hace algo a alguien, y resulta que tú has estado bajando solo a vigilarlo de madrugada, no

me lo perdono en la vida.

—No pensaba hacerme el héroe. Solo quería dormir tranquilo.

—Durmiendo tranquilo te vas a partir la otra pierna en esta escalera a oscuras.

—Y entonces tendrás que operarme la otra y estaremos empatados. Una placa tuya y una mía. Muy romántico.

—No tiene ninguna gracia.

—Tiene un poco. Admítelo.

Al llegar arriba nos paramos en el sitio de siempre, ese metro de baldosa entre su puerta y la mía donde llevábamos casi dos meses dándonos las buenas noches con una tontería para no darnoslas de verdad. Esta vez no me salió la tontería.

—Bueno —dije.

—Bueno...

Ninguno de los dos se movió hacia su puerta. Él se apoyaba en una muleta que ya no necesitaba para quedarse quieto, aunque todavía sí para caminar. Yo tenía las llaves en la mano y ninguna prisa por usarlas.

—¿Sabes lo que me pasa? —dijo, mirándose los pies—. Que llevo semanas buscando la manera perfecta de hacer algo... Algo que esté a tu altura y después se recuerde, pero no encuentro la forma.

—A lo mejor no hace falta buscar tanto.

—A lo mejor. Pero me fastidia. Con lo bien que se me dan otras cosas.

En ese momento se apagó la luz de la escalera, con el clac seco de siempre, y nos dejó a los dos a oscuras en el rellano. Ninguno fue a darle al interruptor.

—Qué oportuna —murmuró.

—Dale a la luz, Mateo.

—No llego. Y aunque llegara, la verdad es que no tengo intención de hacerlo.

Se rio flojo, y el metro de baldosa se hizo de pronto muy pequeño, porque lo cruzó casi entero y se le acabaron de golpe las ganas de hablar.

—¿Puedo? —preguntó.

Y que aquel hombre, que se había lanzado desde un tejado, me pidiera permiso a mí en un rellano a oscuras fue lo que acabó de tirar la última pared que me quedaba en pie.

—Puedes.

Me besó sin prisa. Con una mano en mi cara y la otra en la barandilla, porque hasta para eso necesitaba un punto de apoyo, y me pareció lo más tierno y lo más ridículo del mundo al mismo tiempo. Y yo, que ya había dado por hecho que esa parte se me había estropeado, descubrí en aquel rellano que solo estaba esperando a alguien lo bastante cabezota para volver a ponerla en marcha.

Cuando nos separamos, dejó la frente apoyada en la mía.

—Ha valido la pena esperar.

—No te vengas arriba. Solo ha sido un beso.

—¿Solo un beso? —Se apartó, ofendidísimo—. Al final sí que le voy a poner una reclamación, doctora.

—Rellene el impreso y páselo por ventanilla. Se lo sello por la mañana.

—¿Y si la reclamación es porque quiero otro?

—Entonces no es una reclamación. Es una solicitud. Otro impreso distinto.

—Madre mía. Le doy un beso de los buenos a una mujer y me contesta con papeleo.

Me metió en casa él mismo, de un empujón suave, diciéndome que me fuera a dormir antes de que me diera por analizar el momento hasta estropearlo, que me conocía. Cerré la puerta y me apoyé en ella por dentro con una sonrisa que agradecí que no viera nadie.

Golpeé la pared una vez. Me contestaron dos. Golpeé otra, sin motivo, solo por seguir. Y así estuvimos un rato, dos personas adultas dándose golpecitos en un tabique de madrugada, hasta que me venció el sueño vestida encima de la cama.

Me desperté a las pocas horas, con las llaves todavía clavadas en la palma. Me quedé mirando el techo, pensando en lo fácil que había sido al final. Casi dos años atrincherada mentalmente y había bastado un beso torpe para que se me cayera el andamiaje entero. Y eso me dio un poco de miedo. No el beso. Lo fácil.

Luego me acordé de él agarrado a la barandilla para poder besarme, y se me pasó el miedo. Más o menos.

A la mañana siguiente, al abrir la puerta para bajar a trabajar, había algo en el felpudo.

No era un pósit. No era un táper. No era ninguna de las cosas que Mateo me dejaba cuando salía de guardia.

Era una cerilla. Una sola, quemada, doblada por la mitad, colocada justo en el centro del felpudo, con la cabeza negra apuntando a mi puerta.

Me agaché a mirarla sin tocarla. La noche anterior no estaba. De eso me acordaba bien, porque la noche anterior en ese felpudo solo habíamos estado nosotros dos.

Miré hacia el hueco de la escalera. Hacia abajo. Hacia el primero. La mala espina que aquel hombre me daba desde el principio dejó de ser una sensación en el estómago y pasó a tener forma. La forma pequeña y negra de una cerilla usada.

Me la guardé en el bolsillo de la bata y bajé. Al pasar por el primero aflojé el paso sin querer. Detrás de la puerta se oía algo muy bajo, un murmullo continuo que no llegaba a ser palabra. Alguien hablando solo, o contando por lo bajo, y me quedé un segundo en el rellano, con la mano en la barandilla. El murmullo se cortó de golpe. Al otro lado también se había quedado alguien muy quieto, escuchándome a mí. Bajé el resto de los escalones de dos en dos.

En el hospital la saqué del bolsillo tres veces y la volví a guardar otras tres. Elvira me pilló en una de esas.

—Buenos días. —Me miró con los ojos entornados—. ¿Te pasa algo?

—Pues no lo sé, la verdad...

—Cuéntame.

Le enseñé la cerilla. Le conté lo del felpudo, lo de la puerta del primero, lo del papel del juzgado. Elvira, que en treinta años ha visto pasar de todo por esta planta, dejó de sonreír a la mitad.

—Uy, Blasco, eso a mí ya no me parece cosa de vecinos... Eso parece más un aviso.

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabes y sigues subiendo esa escalera sola de noche?

—Trabajo de noche, Elvira. No me voy a cambiar al turno de día porque un vecino me deje cerillas en la puerta.

—No te digo que te cambies. Te digo que no vayas de valiente. Llévate una alarma personal o algo que haga ruido. No me gusta nada lo que me cuentas. ¿Se lo has dicho al bombero?

—Todavía no.

—Díselo. Pero con cabeza. Que a ese, por lo que cuentas, le enseñas una cerilla y esa misma noche baja a plantarse en la puerta del hombre sin ninguna sensatez.

Tenía razón, y me fastidió que la tuviera, porque era justo lo que iba a pasar. Llevaba desde el amanecer intentando decidir cómo contárselo sin encender, y nunca mejor dicho, una mecha que luego no pudiera apagar.

A media mañana me escribió él. «Defunción oficial». Debajo, una foto del cactus muerto, con un lacito atado al tiesto. «Nuestro hijo, te manda recuerdos».

Me reí sola en mitad del control, con la cerilla en un bolsillo y el móvil en la otra mano, y me pareció muy injusto que las dos cosas cupieran en la misma mañana. Un hombre poniéndole un lazo a un

cactus muerto para hacerme reír a distancia, y una cerilla quemada apuntando a mi puerta.

Le contesté que me alegraba, y lo de la cerilla me lo guardé para la noche, cuando lo tuviera sentado, tranquilo y lejos de cualquier escalera.

## CAPÍTULO 12



Se lo conté esa noche, en su sofá, con una infusión de por medio, porque me negué a hacerlo con vino, no fuera a envalentonarse.

Le enseñé la cerilla del felpudo. La miró un rato largo, dándole vueltas entre los dedos, sin la broma que yo esperaba para rebajar el momento.

—¿Y no me llamaste esta mañana? —dijo al fin.

—No.

—Blasco.

—Ya sé lo que vas a decir.

—No lo sabes. Iba a decirte que menos mal que no me llamaste. —  
Dejó la cerilla en la mesa, con cuidado, no fuera a encenderse sola —. Porque si me llamas a las siete con esto en la mano, me planto en su puerta y monto un número que lo empeora todo. Has hecho bien. Me fastidia, pero has hecho bien.

—Vaya, no recuerdo que me hayas dado la razón en nada hasta hoy.

—Disfrútalo. No se va a repetir.

Nos quedamos mirando la cerilla en mitad de la mesa, quietos los dos.

—Tienes que enseñársela a la policía —dijo—. Y hasta que esto se resuelva, la escalera la bajas conmigo. Ni de subida ni de bajada vas tú sola. ¿Estamos?

—Estamos.

—Y no me mires así, que lo digo por precaución, no por vivir pegado a ti.

—Ya. Por precaución.

—Bueno. Un ochenta por ciento por precaución.

Crucé a mi casa a dormir, aunque él insistió tres veces en acompañarme hasta la puerta, que estaba a cuatro pasos. Y esa noche no pasó nada, ni la siguiente, y empecé a pensar que a lo mejor la cerilla había sido solo eso, un hombre asustado enseñando los dientes.

La primera faena llegó de madrugada, y no fue con fuego. Fue con agua.

Me despertó Mateo aporreándome el tabique, tres golpes fuertes que no eran los de buenas noches. Salí al rellano en pijama y me lo encontré ya fuera, descalzo, oliendo lo que yo tardé un segundo más en oler. Agua. Mucha agua, cayendo por algún sitio por el que no debía caer.

Bajamos. En el primero, por debajo de la puerta de Tomás, salía un río que había empezado a escurrirse escaleras abajo, escalón por escalón, camino del portal.

—Ha reventado algo —dije.

—No ha reventado nada. —Mateo se agachó, metió los dedos en el agua, la olió—. Esto es de la lavadora o del depósito. Alguien ha abierto todo lo que había que abrir y se ha ido a la cama. O no se ha ido.

Llamó a la puerta. Nada. Volvió a llamar, dijo su nombre, dijo que solo quería ayudar. Del otro lado, el murmullo de siempre, monótono, y el agua saliendo sin parar.

Para cuando encontramos la llave general del edificio, medio portal era una piscina y el vecino del bajo había subido en calzoncillos a preguntar a gritos qué pasaba. Detrás llegó el del ático con una linterna, luego la señora del segundo con la bata mal atada, y en un momento estábamos allí casi todos, en nuestra versión más despeinada y menos diplomática.

—¡Es el del primero! ¡Nos va a inundar a todos!

—¡Yo llamo a la policía!

—¡La policía no viene por un charco, mujer!

—¡Pues a los bomberos!

—Bombero soy yo —dijo Mateo desde el suelo, forcejeando con la llave general—. Y os digo que dejéis de dar voces delante de esa puerta, que es justo lo que él busca.

Se callaron todos a la vez, incómodos, y entre todos achicamos lo peor. Y cuando el agua bajó de nivel y dejó de salir por debajo de la puerta, quedó el estropicio, y quedó, sobre todo, la sensación fría de que aquello no había sido una avería. Lo había hecho a propósito, de madrugada, sabiendo que nos sacaría a todos de la cama, que nos pondría a gritar en el portal, y que él se quedaría dentro, escuchándonos, mientras el agua bajaba tranquila hacia la calle.

Lo peor vino al final. La puerta del primero se abrió un palmo, sin más, y por la rendija asomó Tomás, empapado hasta las rodillas.

—Cuánto ruido —dijo, con esa tranquilidad que ya me conocía—. Se pasan el día pidiendo que me vaya, y ahora todos aquí, delante de mi puerta. Qué compañía, de repente.

Y cerró otra vez, despacio, dejándonos a todos mudos con las fregonas en la mano.

Mientras los demás volvían a lo suyo, refunfuñando, Mateo se quedó mirando la puerta cerrada, muy serio.

—¿Qué piensas? —le pregunté por lo bajo.

—Que hasta que no solucionemos el problema con este tipo, me llamarás cada vez que subas o bajas del edificio. Prométemelo.

Se lo prometí. Y él, que de todo hacía un chiste, se quedó muy serio. Y eso me asustó de verdad, porque significaba que Mateo Durán, que le veía la gracia hasta a su caída del tejado, a esto no se la veía.

El grupo de la comunidad, que hasta entonces solo servía para avisar de la fumigación y felicitar las Navidades, se había convertido en un frente de guerra. Cuarenta mensajes antes del desayuno. Que si denuncia colectiva, que si contratar a un vigilante, que si turnarse para montar guardia en el portal... La administradora intentaba poner orden a base de mayúsculas.

Se lo enseñé a Mateo, en su cocina, con algo caliente entre las manos y los pies todavía fríos del agua.

—Esto es peor que el charco —dijo, leyendo—. Todos los vecinos asustados organizándose para acorrallar a un hombre que ya no tiene nada que perder. Como esto siga así, se va a liar gorda.

—¿Y nosotros qué hacemos?

—Aguantar sin echar más leña, y si es necesario contactaremos con quien haga falta. —Dejó el móvil boca abajo sobre la encimera y siguió vibrando cada pocos segundos, con una indignación nueva cada vez, mientras nosotros dos lo mirábamos sin tocarlo.

Subimos a secarnos y a no dormir. En el rellano, antes de meternos cada uno en su casa, me cogió de la mano.

—Oye. —Bajó la voz—. Sé que acabamos de empezar y que no es el mejor momento, con el portal hecho una piscina. Pero necesito decirte algo.

—Mateo, no me hagas esto a estas horas.

—Solo quiero que sepas que llevo semanas subiendo esta escalera por ti y pienso seguir subiéndola aunque me la pongan de fuego. Y que no he podido dejar de pensar en nuestro beso...

No supe qué contestar, así que hice lo que hago cuando algo me supera, que es besar al que lo ha dicho para que se calle. Funcionó regular. Siguió hablando contra mi boca, encantado consigo mismo, hasta que le pisé el pie bueno y ahí sí se calló.

Nos despedimos en nuestras puertas. Ya dentro de mi casa, golpeé la pared una vez. Esta vez tardaron en contestar. Pero contestaron. Dos golpes flojos al otro lado de un ladrillo, y me dormí con eso, mientras dos plantas más abajo un hombre roto fregaba a oscuras el charco que había montado para que no nos olvidáramos de él.

## CAPÍTULO 13



Hubo unos días de tregua. Tomás no volvió a inundar nada, no dejó más cerillas y ni siquiera se le oyó el murmullo. Todos aflojamos un poco los hombros.

Aprovechamos esa calma para hacer algo que no habíamos hecho todavía. Pasar una noche juntos sin que la excusa fuera un charco, una escalera o un susto de madrugada. Sin urgencias. Solo nosotros dos, mi turno terminado y la ciudad a lo suyo al otro lado de la ventana.

Él quería llevarme a cenar fuera. Se había empeñado. Había reservado en un sitio, se había puesto una camisa buena, y se había peinado con un esmero que no le conocía. Y a mitad de arreglarse se le hinchó la pierna izquierda de tanto rato de pie delante del espejo, y tuvo que sentarse en el borde de la cama con la camisa a medio abrochar y cara de derrota.

—No llego —dijo—. No llego ni al portal así. Menuda primera cita. Y yo que quería impresionarte.

—Llevas impresionándome desde el primer día, créeme...

—Eso no me ayuda.

Me senté a su lado, le aparté las manos y le fui abrochando yo la camisa, botón a botón, sin ninguna prisa. Él se quedó quieto, mirándome, con cara de no saber qué hacer.

—Podemos quedarnos —dije.

—Es que quería hacerlo bien. Por una vez.

—Lo estás haciendo bien.

Le desabroché la camisa que acababa de abrocharle, porque noté que le picaba y llevaba un rato rascándose el cuello con disimulo, y le pasé una camiseta vieja de bombero de las que tenía por todas partes. Se la puso agradecido, y con la camiseta puesta y la pierna en alto sobre un cojín volvió a ser el de siempre.

Cenamos lo que había, que no era gran cosa. Pan, queso, unas aceitunas y lo que quedaba de una tortilla que su madre le había mandado con una vecina. Sentados en el sofá, con los platos en las rodillas, hablando de tonterías, ya sin ninguna prisa.

Le hablé de mi padre sin que se me cerrara la garganta, lo cual era nuevo. Le hablé de las noches de guardia en las que llegaba a casa y me sentaba en el sofá a oscuras sin encender la tele, solo por no oír una voz, ni la de la tele siquiera. Le hablé de lo bien que se me daba estar sola, de lo mucho que había trabajado para que se me diera bien, y de lo raro que era descubrir, ahora, que a lo mejor no se me daba tan bien como creía. Que a lo mejor solo me había acostumbrado.

Él escuchaba de una manera que no era la de la gente que espera su turno para hablar. Escuchaba de verdad, con todo el cuerpo girado hacia mí, sin rellenar los huecos y sin arreglarme nada. Y en algún momento me di cuenta de que llevaba un rato hablando con la mano de él entre las mías, jugando con sus dedos, y de que no sabía cuándo la había cogido.

—Oye —dijo, cuando me quedé callada—. ¿Puedo decirte una cosa sin que te levantes a fregar los platos para no oírla?

—Depende de la cosa.

—Que me gustas. Mucho. Más de lo que podrías imaginar.

No me levanté a fregar los platos porque no me lo permitió. Se giró hacia mí en el sofá y me besó, despacio, y de repente no había nada en el mundo que me apeteciera más.

Nos besamos mucho rato, sin ninguna meta. Él tenía una mano en mi cara y la otra en mi cintura, y yo notaba el cuidado con el que se movía, siempre pendiente de la pierna, siempre calculando en algún rincón de la cabeza qué podía hacer y qué no. Me aparté un poco para mirarlo.

—¿Estás bien? —pregunté—. La pierna.

—La pierna está fatal. Pero me da igual ahora mismo. —Me acarició la mejilla con el pulgar—. Pero gracias por preguntar, doctora. Muy profesional.

Lo dijo en broma, pero le tembló un poco al final, y ahí lo vi. Vi que no era la pierna lo que le preocupaba. Era todo lo demás. Un hombre que se había pasado la vida siendo el fuerte, el que cargaba con los demás, reducido a moverse despacio, a pedir ayuda para todo, a que lo vieran débil.

—Eh —dije—. Mírame.

Me miró y le pasé la mano por la pierna, por encima de la cicatriz larga que le cruzaba la espinilla, esa que le había hecho yo, sin ningún morbo, con la ternura exacta de quien conoce un cuerpo por dentro y por fuera.

—No hay nada de ti que me vaya a echar para atrás. Nada. Lo que tienes lo conozco mejor que tú.

—Eso es un poco perturbador, dicho así.

—Cállate. Sabes lo que quiero decir.

—Lo sé. —Tragó, y esta vez no lo disimuló—. Es que hace mucho que nadie me ve roto, lento y con andamios en las piernas. Me da...

no sé. Vergüenza no es. Pero se le parece.

—A mí me gustas así. —Me acerqué hasta que no quedó sitio entre los dos y me besó otra vez, y ya no fue un beso como el de antes.

Nos levantamos del sofá con torpeza, riéndonos, porque él necesitó las dos manos y un empujón para ponerse de pie y fuimos hasta el dormitorio pegados, parándonos cada dos pasos a besarnos, con esa lentitud que en él era obligatoria y que aquella noche se volvió lo más bonito del mundo.

En el dormitorio lo ayudé a sentarse en el borde de la cama. Me quedé de pie entre sus rodillas y él alzó la vista hacia mí de una forma nueva, sin una pizca de guasa, como si todavía no terminara de creerse que yo estuviera allí.

Le quité la camiseta despacio y besé su clavícula, una cicatriz antigua que no era mía, que pertenecía a otra vida y a otro incendio. Él empezó a desabrocharme la blusa con los dedos temblorosos. No hice nada por ayudarlo. Me gustaba aquel temblor, porque significaba que aquello le importaba tanto como a mí.

Nos tumbamos con cuidado. Con muchísimo cuidado. Le acomodé la pierna y volvimos a reírnos cuando la almohada cayó al suelo y él soltó un quejido que no tenía nada de romántico.

—Ha sido la rodilla —me aseguró—. Tú no.

Tuve que colocarme encima porque no podía apoyarse en la pierna izquierda. Él dejó que yo marcara el ritmo, con las manos en mi cintura, permitiéndome cuidarlo, permitiéndome quererlo. Algo que, para un hombre como él, parecía casi más difícil que caerse de aquel tejado.

Y fue precioso.

Fue lento porque no podía ser de otra manera, pero aquella lentitud nos dio algo que la prisa nunca habría podido darnos. Tiempo para mirarnos. Para detenernos, reírnos y empezar de nuevo. Tiempo para que yo, que llevaba casi dos años sin dejar que nadie se acercara tanto, comprendiera que no tenía miedo.

Por una vez, no estaba buscando una salida ni pensando en lo que vendría después. Estaba allí. Entera. Con un hombre que me sostenía con las pocas fuerzas que le quedaban y que parecía dispuesto a gastarlas todas en hacerlo.

Intentaba averiguar mi nombre entre beso y beso. Con un murmullo contra mi piel.

—Ana.

—No.

—Lucía.

—No.

—Me da igual. —Me apartó el pelo de la cara y lo dijo en serio, todavía sin aliento—. Ya me lo contarás cuando quieras. No necesito saberlo para saber quién eres.

Quizá fue precisamente por eso, porque no lo necesitaba, por lo que estuve a punto de decírselo allí mismo, pero no lo hice. Me lo guardé, no porque quisiera seguir escondiéndome, sino porque quería entregárselo en un momento en el que él entendiera lo que significaba.

Pero estuve cerca.

Él lo notó, sonrió contra mi cuello y no volvió a preguntar.

Después nos quedamos quietos y enredados, con su brazo bajo mi cabeza y mi mano abierta sobre su pecho, sintiendo cómo su corazón iba recuperando poco a poco el ritmo. La habitación estaba a oscuras, salvo por la luz de la farola, que se colaba por la persiana mal bajada y le cruzaba la cara con franjas anaranjadas.

—Oye —dijo al cabo de un rato, con la voz ronca—. ¿Sabes lo que significa esto?

—Ni se te ocurra estropearlo con una broma.

—No es una broma. —Me apretó un poco más contra él—. Significa que ya no vas a poder echarme de tu vida. Que me tienes cariño de verdad. Que la doctora Blasco, la de las barreras, me ha dejado entrar.

—Cállate, anda. —Le di un manotazo flojo en el pecho y me reí contra su piel. Él se rio conmigo y nos quedamos así un rato, riéndonos de nada.

—Te has enamorado de un cojo —dijo cuando conseguimos parar.

—No. —Levanté la cabeza para mirarlo—. Me he enamorado del que me buscaba cada día aunque fuese a rastras. De ese me he enamorado.

Se quedó callado. Le brillaban los ojos bajo aquella luz naranja y, por una vez, el hombre que siempre tenía una broma preparada no encontró ninguna.

—Repíte eso —pidió muy bajo.

—Ya me has oído.

—Repítelo igual.

—Me he enamorado de ti, Mateo Durán. De tus dos piernas malas, de tu manía de encender velas y de esa costumbre tuya de dejarme el desayuno en el escalón. De todo. Ya está. No pienso repetirlo otra vez, así que memorízalo.

Me besó la frente, después los ojos y, por último, la boca. Despacio. No dijo nada más.

Me quedé a dormir. Claro que me quedé. Y en mitad de la noche me desperté desorientada. Tardé un segundo en recordar dónde estaba y por qué tenía un brazo pesado sobre la cintura y una respiración lenta contra la nuca.

Cuando lo entendí, no me aparté. No busqué una salida. No hice ninguna de las cosas que llevaba casi dos años haciendo. Me acomodé mejor contra él, puse la mano sobre la suya y volví a dormirme en la cama de un bombero que todavía no sabía mi nombre de pila y que, sin embargo, me conocía mejor que nadie.

## CAPÍTULO 14



Me desperté antes que él, con la luz gris del amanecer colándose por la persiana mal bajada y su cuerpo enredado en el mío.

Me quedé así un rato, sin moverme, mirándolo dormir. De día, con la cara relajada, parecía más joven. También más vulnerable. Seguí con la vista la cicatriz de su hombro, la que no tenía nada que ver conmigo, y bajé hasta sus piernas. Hasta la otra cicatriz. La larga. La que yo había cosido con mis propias manos sin saber que aquel hombre terminaría durmiendo abrazado a mí.

Era extraño conocer a alguien por dentro antes de conocerlo de verdad. Yo había visto sus radiografías y había sujetado sus huesos entre las manos antes de saber qué escondía detrás de aquella sonrisa. Y allí estábamos.

Se despertó despacio y me buscó con el brazo antes incluso de abrir los ojos.

—Sigues aquí —murmuró, con la voz pastosa.

—Sigo aquí.

—Creía que ibas a hacer lo de las películas. Levantarte a las seis, vestirme a oscuras y dejarme una nota diciendo: «Esto ha sido un error».

—Lo he pensado, pero me daba pereza buscar la ropa.

—Qué romántica.

Intentó incorporarse y soltó un gruñido interminable. La pierna izquierda se le había quedado rígida después de pasar toda la noche en la misma postura, y estuvo un buen rato estirándola con las dos manos mientras maldecía entre dientes. Yo lo observé desde la almohada, sin hacer el menor intento por ayudarlo y disfrutando bastante del espectáculo.

—¿Vas a seguir riéndote o piensas echarme una mano, doctora?

—Voy a seguir riéndome. La mano te la echo luego, que ahora estoy muy cómoda.

—Menuda novia me he buscado. Me has roto el corazón.

—Lo mío son los huesos. Para eso vas a tener que buscarte a otra especialista.

Le preparé el desayuno yo, por una vez, aunque en su cocina no encontraba absolutamente nada y tuve que preguntarle desde los fogones dónde guardaba cada cosa. Él me respondía desde la cama con una felicidad tonta en la voz. La felicidad de un hombre al que alguien le estaba preparando el desayuno en su propia casa después de demasiado tiempo haciéndoselo solo.

Desayunamos en la cama, llenándolo todo de migas, y en algún momento me di cuenta de que ya no había una pared entre nosotros. Solo estaba él, a mi lado, de carne y hueso, robándome la mitad de la tostada con toda la confianza del mundo.

Le sonó el móvil en la mesilla. Lo miró, resopló y me lo enseñó. Era el grupo del parque. Quique había escrito a las ocho de la mañana. «Capitán, ¿cómo va la cosa con la doctora?». Debajo, tres bomberos más opinando.

—¿Les cuento la verdad o los hago sufrir? —preguntó, encantado.

—Como pongas una sola palabra en ese grupo, recojo mi ropa y no me vuelves a ver el pelo.

—Callado, entonces. Aunque me cuesta. Es la mejor noticia que le puedo dar a ese grupo desde que me caí del tejado.

Dejó el móvil boca abajo, sonriendo para dentro, y yo fingí que me molestaba mientras me guardaba, sin que lo viera, las mismas ganas de sonreír.

Podríamos habernos quedado así toda la mañana. Pero yo tenía turno, así que a regañadientes me vestí, le robé una sudadera para no bajar con la ropa de la noche anterior y le prometí subir en cuanto saliera del hospital.

—Baja con cuidado —dijo, ya serio—. Y si ves algo raro en el portal, subes y me llamas. No te hagas la valiente.

—El valiente te lo quieres hacer tú, que quieres bajar a plantarte en su puerta. Yo solo voy a mi coche.

—Aun así.

—Aun así. Te lo prometo.

Bajé los escalones canturreando, cosa que no hacía desde tiempos inmemoriales, con la sudadera de él puesta y oliendo a él, y ni siquiera me puso nerviosa pasar por delante de la puerta del primero, que esa mañana estaba en silencio. Salí a la calle. Hacía sol. Todo iba bien.

Todo iba bien hasta que llegué al coche.

Las cuatro ruedas estaban rajadas. No pinchadas. Rajadas, con un corte limpio y profundo en cada una, con el coche hundido sobre las llantas, plantado en su sitio como un animal al que le hubieran cortado las patas. Y en el parabrisas, sujeta bajo el limpiaparabrisas, una cerilla. Quemada. Doblada por la mitad. Igual que la del felpudo.

Me quedé parada en la acera con las llaves en la mano y el canturreo cortado de golpe. Miré alrededor. No había nadie. Miré

hacia arriba, hacia el edificio, hacia la ventana del primero, y me pareció, aunque no puedo jurarlo, que la cortina se movía.

Saqué el móvil para llamar a Mateo y cuando ya tenía su número localizado, oí la puerta del portal a mi espalda.

—Se le han estropeado las ruedas.

Era él. Tomás. De pie en el umbral del portal, con las manos en los bolsillos, mirándome a mí y mirando el coche con una cara de pena fingida que daba miedo.

—Qué mala suerte —dijo—. Con lo cara que está la goma.

—¿Ha sido usted? —Me salió la voz más firme de lo que me sentía. Costumbre del hospital, supongo. Sonar entera aunque por dentro no lo estés.

—¿Yo? Yo no hago esas cosas. —Dio un paso hacia la acera, y yo di uno hacia atrás sin querer—. Es curioso. Antes aquí no pasaban estas cosas. Vivíamos todos tranquilos. Y de pronto llega ese bombero amigo suyo y empiezan los problemas. El agua, las ruedas. Da que pensar.

—El agua la abrió usted.

—Eso dicen. —Sonrió sin ganas—. La gente dice muchas cosas. Yo solo digo que este era un edificio tranquilo. Y que, a veces, a quienes vienen a alborotarlo... o a quienes se ponen de su parte, se les estropean cosas. Las ruedas del coche, por ejemplo. O cualquier otra cosa. —Me recorrió de arriba abajo con la mirada, muy despacio—. Cuídese, doctora. La ciudad está cada día más peligrosa.

Y se metió otra vez en el portal, sin prisa, dejándome sola en la acera con cuatro ruedas rajadas, una cerilla en la mano y el corazón en la garganta.

No subí. No me atreví a entrar en ese portal detrás de él. Me quedé en la calle, marqué el número de Mateo con los dedos temblando y, cuando descolgó con un «dime, guapa» que traía toda la alegría de la mañana todavía puesta, me salió una voz que no reconocí como mía.

—Mateo. Baja, pero no te acerques a la puerta del primero. Ha sido él. Me lo acaba de decir a la cara.

Al otro lado del teléfono hubo un segundo en blanco, y luego el ruido de un hombre con una pierna operada levantándose de la cama demasiado deprisa.

—No te muevas de la calle —dijo—. A la vista de la gente. No entres. Voy.

Tardó una eternidad en bajar. Lo oí antes de verlo, la cojera desigual golpeando los escalones más rápido de lo que su pierna aguantaba, y cuando salió por el portal tenía la cara blanca y ni rastro de la sonrisa con la que le dejé antes de bajar. Me miró de arriba abajo, comprobando que estaba entera, y solo cuando se aseguró de que no me había tocado un pelo, miró el coche.

Se quedó mucho rato mirando las ruedas. Luego la cerilla. Y cuando habló, lo hizo con una voz que no le había oído hasta ahora.

—Esto se acabó. Hoy vamos a la policía, tú y yo, con la cerilla, con las ruedas, con todo.

—Mateo...

—Ha ido a por ti. —Se giró hacia mí, y le brillaban los ojos de una manera que no tenía nada que ver con las ganas de llorar—. A por ti, Blasco. Y a ti no te va a tocar ni el aire mientras yo respire. Aunque tenga que aprender a correr otra vez esta misma tarde.

Y yo, que me había pasado la vida entera apañándomelas sola, que había hecho del apañármelas sola una religión, me dejé abrazar en mitad de la acera por un hombre que apenas se tenía en pie, y descubrí que dejarse proteger, cuando de verdad hace falta, no tiene nada que ver con ser débil.

Nos quedamos así, en la calle, delante de un coche sin ruedas, mientras arriba, detrás de una cortina, un hombre roto nos miraba planear cómo defendernos de él.

## CAPÍTULO 15



Fuimos a la policía esa misma mañana, con la cerilla en una bolsita de plástico y las fotos de las cuatro ruedas en el móvil. Nos atendió una agente joven, amable, que apuntó todo, nos dio un número de denuncia y nos explicó, sin que se lo preguntáramos, todo lo que no podían hacer.

—La denuncia por daños y amenazas queda registrada —explicó la agente, cerrando la carpeta—. El problema es atribuírselo a él: no hay cámaras, testigos ni una amenaza escrita que permita identificar al autor sin dudas. Nos constan intervenciones previas y un expediente abierto en servicios sociales, pero eso no prueba estos hechos ni nos autoriza a detenerlo. Pediremos que aumenten las rondas y trasladaremos la información al juzgado.

—¿Pasar a vigilar? —Mateo se inclinó sobre la mesa—. Le ha rajado las ruedas del coche a mi pareja. La ha amenazado a la cara. ¿Y me dice que van a pasar de vez en cuando por la calle?

—Le digo que, hasta que podamos acreditar quién ha cometido los daños o exista un riesgo inmediato, es lo que podemos hacer. Lo siento. No es lo que quieren oír, ya lo sé.

Salimos de allí con más rabia que cuando entramos. Mateo iba callado, apretando la mandíbula, y yo le conocía ya lo suficiente para saber que ese callar no era rendición, sino un hombre acostumbrado a resolver los problemas metiéndose dentro, dándole vueltas a cómo meterse dentro de este.

—Ni se te ocurra —dije, en la calle.

—No he dicho nada.

—No hace falta que digas nada. Te estás montando una película en la que bajas tú solo a hablar con él de hombre a hombre, y esa película acaba fatal, contigo en mi quirófano otra vez. Y esta vez no te coso.

—No pensaba bajar solo. —Me miró—. Pero tampoco pienso quedarme de brazos cruzados esperando a que la policía pase de vez en cuando por la calle.

—Eso me gusta todavía menos...

La verdad es que no había mucho más que hacer de inmediato. Tomás no tenía a nadie. Ni familia que preguntara por él, ni amigos, ni nadie de fuera ocupándose de su caso. Solo un papel del juzgado con una fecha, un edificio que lo quería lejos y una investigación que no conseguía vincularlo a los daños. Y esa era justo la cuenta atrás que me quitaba el sueño. Porque un hombre solo, acorralado y sin nada que perder podía acabar haciendo algo mucho peor.

No hicieron falta dos semanas. Hicieron falta tres días.

Fue de madrugada, otra vez. A Tomás le gustaba hacer cosas de madrugada, cuando el edificio dormía y él llevaba horas despierto dándole vueltas a su cabeza. Esta vez no me despertó el agua. Me despertó el olor.

Humo.

Me incorporé de golpe en la cama, con el corazón disparado, y tardé un segundo eterno en situarme. Olía a quemado. Poco, lejano, pero inconfundible. Salté de la cama, salí al rellano en camiseta y allí estaba Mateo, ya fuera de su puerta, apoyado en una muleta y olfateando el aire con una concentración digna de su oficio.

—¿Lo hueles? —dije.

—Lo huelo. —Estaba muy quieto, girando la cabeza despacio para localizar el origen—. Viene de abajo. Es poco, algo pequeño que arde despacio. —Me agarró del brazo—. Tú llama al 112 y despierta a los vecinos. Yo cojo el extintor. No bajas detrás de mí hasta que te diga que es seguro.

Bajamos hasta el tramo del primero. El olor crecía a cada peldaño, y en el portal ya había una humareda gris, no espesa, pero suficiente para picar en los ojos y en la garganta. Venía del cuarto de las basuras, el cuchitril de debajo de la escalera donde el edificio guardaba los contenedores. La puerta estaba entornada y por la rendija salía un resplandor naranja, bajo, latiendo.

Mateo cambió delante de mis ojos. No dejó de cojear, pero ignoró el dolor, empujado por la adrenalina. Dejó de ser el hombre que subía la escalera despacio y se convirtió en otro, en el capitán, en el que sabía exactamente qué hacer con un fuego delante.

—El extintor está junto a los buzones. Tráemelo y quédate en la puerta de la calle mientras hablas con el 112. Diles que hay un fuego pequeño en un cuarto de basuras, planta baja, edificio de viviendas. Y avisa a los vecinos.

Corrí. Descolgué el extintor y marqué el 112 mientras se lo llevaba. Mateo no abrió más la puerta: se agachó lo justo para mirar por la rendija, sin meter el cuerpo en el cuarto. Era pequeño. Un montón de cartones y bolsas ardía en un rincón, cerca de la salida, con un olor acre que no correspondía solo al plástico quemado.

—Atrás —me ordenó, sin volverse—. Quédate junto a la puerta de la calle. Si esto crece, sales tú la primera y no vuelves a por mí. ¿Me oyes? La primera.

—No pienso salir sin ti.

—Blasco. Por una vez. Hazme caso por una vez.

No le hice caso del todo. Me quedé en el arco del portal, con el móvil en la mano y el corazón en la boca, viéndolo mantener el cuerpo fuera del cuarto, apuntar la boquilla a la base de las llamas y descargar el extintor desde el umbral.

Lo apagó en menos de un minuto, sin entrar en el cuarto, con una técnica seca y precisa que me dejó parada en mitad del portal viéndolo trabajar. Cuando terminó, quedó el espacio lleno de polvo blanco, el suelo cubierto de residuos y un silencio raro, roto solo por su respiración agitada y por las sirenas que ya se oían acercar a lo lejos.

Se apoyó en la pared, tosiendo, y con la pierna pasándole factura por haberse movido más de la cuenta.

—¿Estás bien? —Me acerqué y le pasé el brazo por la cintura para sujetarlo.

—Estoy bien. —Tosió y se pasó el dorso de la mano por la boca—. El fuego está apagado. Era pequeño. Muy pequeño. —Alzó la vista hacia mí. No había alivio en su cara, sino miedo—. Y eso es lo que me asusta, Blasco. Estaba colocado cerca de la puerta, con poco combustible, como si quien lo encendió quisiera que lo viéramos y pudiéramos apagarlo. Es lo mismo que el agua, pero un paso más. Primero una fuga. Ahora un incendio controlable. —La voz se le quebró apenas—. La próxima vez puede provocar uno que no podamos apagar.

Las sirenas llegaron hasta el portal. Los vecinos comenzaron a bajar en oleadas, en pijama, gritando y preguntando qué ocurría. Entre las luces azules que barrían la entrada y los bomberos tomando el relevo, yo solo podía mirar una cosa.

La puerta del primero estaba entreabierta. Tomás permanecía detrás, inmóvil, contemplando el incendio que acababa de apagar. No parecía enfadado. Tampoco satisfecho. Solo esperaba.

Uno de los bomberos que entraron era Bernal, del parque de Mateo. Se quedó clavado al encontrarse a su capitán descalzo, sin camiseta y cubierto de polvo de extintor en el portal de su propia casa.

—Capitán, ¿usted no estaba de baja? —Bernal intentó bromear.

—Eso creía yo también.

—Ya... —Miró alrededor, comprendió al menos una parte de lo que estaba ocurriendo y se puso serio—. ¿Esto es lo del vecino que nos contaste?

—Eso mismo. Apunta en el parte cómo estaba colocado, el olor a combustible y que la puerta estaba entornada. Parece provocado.

Bernal asintió y sacó la libreta.

Mientras los demás revisaban el cuarto y ventilaban el portal, llevé a Mateo hasta un rincón, le eché por encima una manta que había bajado uno de los vecinos y le sujeté la cara con ambas manos para obligarlo a mirarme. Le temblaban las piernas, y no solo la izquierda.

—Se acabó lo de jugar a los héroes según estás —le dije—. Hoy ha salido bien. La próxima vez puede que no.

—Si no bajo, ese fuego se extiende. Lo sabes.

—Lo sé, pero la próxima vez que ocurra algo parecido, hacemos lo que haría cualquier persona. Llamamos y esperamos a tus compañeros. Prométemelo.

No lo hizo. Se quedó callado, que era la forma más sincera de admitir que no podía prometer una cosa así. Volví la mirada hacia la puerta del primero. Tomás seguía allí, medio oculto tras ella, observando cómo terminaban de sofocar lo que él había empezado. Y ahora sí supe reconocer lo que había en su cara.

Decepción.

La expresión de un niño al que le habían estropeado algo antes de que pudiera terminarlo. Y fue aquella cara, más que el fuego, la que me quitó el sueño durante el resto de la noche.

## CAPÍTULO 16



La policía cumplió lo que había prometido, que era poca cosa. Un coche patrulla empezó a pasar por la calle un par de veces al día, despacio, y una agente nos tomó declaración completa después del fuego del cuarto de basuras. El informe de los bomberos confirmó que el incendio había sido intencionado, pero no quién lo había prendido. Sin cámaras, huellas útiles ni nadie que hubiera visto a Tomás bajar, no podían atribuírselo. Nos pidieron prudencia y repitieron que vigilarían.

Vigilar. Esa palabra empezaba a darme urticaria.

Y mientras tanto, Tomás seguía en el primero, cada día más solo. Porque me di cuenta, en esos días, de que aquel hombre no tenía absolutamente a nadie. Ni una visita. Ni una llamada. Ni un familiar que apareciera a echarle una mano con el desahucio o a llevárselo a otra parte. Solo él, un papel del juzgado con una fecha cada vez más cerca, y un edificio entero deseando verlo fuera. Daba miedo. Y,

aunque me costara admitirlo con las ruedas del coche todavía en la memoria, también daba pena.

Una tarde lo vi por la mirilla. Bajaba la basura él solo, a una hora en la que sabía que no habría nadie en la escalera para cruzárselo. Se movía despacio, encorvado, mirando al suelo, con un abrigo grueso pese al calor que hacía, el abrigo de un hombre que ya no distingue bien el frío de fuera del de dentro. Estuve a punto de abrir la puerta y decirle algo. No sé qué. Algo. No lo hice. Me quedé con el ojo pegado a la mirilla viéndolo bajar, y me acordé, sin querer, de todas las veces que yo también había sacado la basura a horas raras para no cruzarme con nadie.

Mateo lo resumió una noche mejor que yo.

—Lo peor que le puede pasar a una persona no es que la echen de casa —dijo—. Es que la echen y no le importe a nadie. Ese hombre lleva meses gritando de la única manera que sabe, y el único que le contesta soy yo, para apagarle los fuegos.

—No es asunto tuyo salvarlo.

—Ya lo sé. Pero alguien tendría que haberlo hecho antes. Por eso hemos llegado hasta aquí.

No le contesté. Porque tenía razón, y porque yo sabía algo de eso, de cerrar puertas y dejar a la gente sola al otro lado.

Aquella conversación me dejó tocada, así que hice lo que últimamente hacía cuando algo me superaba. Llamé a mi hermana.

Habíamos empezado a hablar más, Marina y yo, desde el cementerio. Poco a poco, con el cuidado de pisar un suelo que se hundió una vez. Y esta vez, cuando me preguntó qué tal, en lugar de contestarle «bien» y colgar, le conté la verdad. Le hablé de Mateo. Del vecino de al lado al que había operado y que se había mudado a dos pasos de mi puerta y que, contra todo pronóstico y contra toda mi resistencia, se había colado en mi vida entera.

Marina se quedó tan callada al otro lado que pensé que se había cortado.

—¿Sigues ahí?

—Sigo. —Le temblaba un poco la voz—. Es que hacía casi dos años que no te oía hablar así de nada. Ni de nadie. Creía que no ibas a volver a hacerlo.

—Yo también lo creía.

—Tengo que conocerlo de verdad.

—Marina, no.

—Tengo que conocerlo como Dios manda. Y mamá quiere volver a verlo. No acepto un no. Os venís a comer a casa este fin de semana y punto.

Intenté escaquearme durante toda la semana. Puse turnos de excusa, puse la pierna de Mateo de excusa, puse hasta a Tomás de excusa. No me sirvió de nada. Marina tiene la misma cabezonería que yo, solo que la usa para acercarse a la gente en lugar de para alejarla, y contra eso no tengo defensa.

Así que allí nos plantamos, Mateo y yo, en el portal de la casa de mi madre, él con una camisa buena y una caja de pasteles bajo el brazo y una cara de pánico que no le había visto ni delante del fuego.

—Puedo con todo —dijo delante de la puerta—. Pero tu madre me da un miedo espantoso y apenas he cruzado dos frases con ella.

—Bienvenido al club. A mí me lleva dando miedo toda la vida.

—Muy tranquilizador, gracias.

Abrió mi madre. Ya lo había examinado de arriba abajo en el cementerio, pero esta vez se detuvo con más calma en la muleta, en la camisa y en los pasteles y, sin decir todavía ni hola, sentenció.

—Así que este es el bombero que le ha devuelto la sonrisa a mi hija.

—Mamá.

—Yo no he hecho gran cosa, señora —dijo Mateo—. La sonrisa ya la tenía ella. Yo solo me puse muy pesado hasta que la sacó.

Y ahí, con esa respuesta, se ganó a mi madre para el resto de su vida.

Le quitó la muleta de la mano, la apoyó en el paragüero con una delicadeza que a mí no me dedica desde que cumplí doce años, y lo llevó del brazo hasta la mejor silla de la casa, hablándole ya de sus rodillas, las de ella, que también le dan guerra, por si el bombero de paso sabía algo. Mateo, que de rodillas no sabe nada pero de quedar bien lo sabe todo, la escuchó con atención de médico de cabecera y le recomendó nadar. Mi madre salió de la comida convencida de apuntarse a la piscina municipal a los setenta y tres años. Ese es el efecto Mateo. Se lo he visto hacer con media planta del hospital.

La comida fue un desastre maravilloso. Mateo encandiló a todo el mundo, contó la historia del tejado quitándose importancia, dejó que mi madre le sirviera el triple de comida que a nadie y le preguntara por sus intenciones con una falta de disimulo espectacular.

A mitad de comida, mi madre estuvo a punto de estropear el mejor chiste de los últimos meses.

—Oye, y tú a mi hija, ¿cómo la llamas? Porque nosotros la llamamos...

—¡Mamá! —la corté antes de que pudiera seguir y, con el vaso a medio camino de la boca, le hice un gesto urgente para que se callara.

Mateo se irguió en la silla. Llevaba más de dos meses esperando que yo le entregara mi nombre de pila sin hacer trampas, y de pronto lo tenía a un descuido de distancia, sentado a la mesa de tres mujeres que podían decírselo.

—No, no, siga, señora —dijo, con una dulzura falsísima—. Estaba usted diciendo que la llaman...

—La llamamos «la niña» —intervino Marina, que captó la situación al vuelo—. Somos muy poco originales en esta familia.

—Muy poco originales —confirmó mi madre, un segundo tarde pero a tiempo.

Mateo nos miró a las tres, una por una, y entendió que se había topado con un frente común.

—Increíble. Toda la familia protegiendo el secreto de Estado. —Se echó atrás en la silla, fingiéndose vencido—. Está bien. Pero algún día lo sabré. Y ese día lo pienso decir tantas veces que os vais a hartar.

—Ese día te lo habrás ganado —dije.

—¿Y cómo me lo gano?

—No lo sé. Pero lo sabrás cuando llegue.

Marina lo observó el resto de la comida con ojo clínico, y a los postres, cuando Mateo se levantó a ayudar a recoger a pesar de la pierna, se inclinó hacia mí y me susurró al oído.

—Aprobado. Con matrícula. No lo dejes escapar, que estos no salen dos veces.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes de verdad? —Me miró seria—. Porque te conozco, querida. Sé cómo eres cuando algo te importa demasiado. Te entra el miedo y sales corriendo. No hagas eso con este. Este merece la pena.

No salí corriendo. Por una vez, me quedé.

Volvimos a casa al atardecer, cansados y llenos y con un táper de comida para una semana que mi madre nos había metido a la fuerza. Mateo iba callado en el coche, con una sonrisa tonta puesta, y en un semáforo me cogió la mano por encima de la palanca de cambios.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por dejarme entrar. Sé lo que te cuesta. Sé que tu familia es terreno sagrado y que no dejas pasar a cualquiera. —Me apretó la mano—. Y me has dejado pasar a mí.

No supe qué contestar, así que hice lo de siempre, apreté yo también y miré para otro lado para que no me viera la cara.

Subimos las escaleras despacio, riéndonos de lo llenos que estábamos, felices con esa felicidad tonta y sencilla de un día que había salido bien. Y por un rato se me olvidó que dos plantas más abajo había un hombre solo contando los días que le quedaban en su casa.

Se me olvidó hasta que llegamos a nuestro rellano y lo vi. Un sobre. Pegado con celo a mi puerta, a la altura de los ojos. Sin remite. En el anverso solo ponía PARA LA DOCTORA BLASCO. Lo despegué, lo abrí de cara a mí y encontré dentro una tira estrecha de papel con una sola palabra escrita: mi nombre de pila, el que Mateo llevaba más de dos meses esperando que yo le dijera.

El que Tomás, por lo visto, sí sabía.

## CAPÍTULO 17



La tira no decía nada más. Eso fue lo peor. Mi nombre de pila, escrito con una letra temblorosa y apretada, la letra de alguien que había trazado cada letra despacio para que yo supiera que lo sabía. Doblé el papel en cuanto lo reconocí, antes de que Mateo pudiera leerlo.

—¿Qué pone? —preguntó Mateo, muy bajo, mirando el papel doblado entre mis dedos.

—Mi nombre. El de pila. Nos ha escuchado hablar. Sabe que esta es nuestra broma...

—Joder. Lo ha pegado en tu puerta para que sepamos que sabe todo de nosotros. Que nos observa.

No me pidió que le enseñara el papel ni intentó mirar por encima de mis dedos. Llevaba dos meses negándose a averiguarlo a mis espaldas y ni siquiera aquello consiguió que hiciera trampas.

No dormí bien esa noche. Ni la siguiente. Empecé a notar cosas que antes no notaba. La sensación de unos ojos en la nuca al cruzar el portal. La puerta del primero, que se cerraba justo un segundo después de que yo pasara, con alguien detrás que llevaba rato en la mirilla esperándome. Pequeñas cosas que por separado no eran nada y que juntas me tenían durmiendo con la luz del pasillo encendida.

Mateo se instaló prácticamente en mi casa. No lo hablamos, pasó sin más. Aparecía con su cepillo de dientes, con una bolsa, con la excusa que fuera, y se quedaba. Y yo, que llevaba años defendiendo mi soledad con uñas y dientes, descubrí que dormía mejor con él roncando a mi lado que sola con la luz encendida.

Una noche me desperté y él no estaba en la cama. Lo encontré en el salón, a oscuras, sentado en una silla que había arrastrado hasta la puerta, con los ojos clavados en la mirilla. Vigilando. Llevaba así no supe cuánto rato.

—Vuelve a la cama —le dije.

—Enseguida.

—Mateo. No puedes vigilar una puerta toda la noche todos los días. Te vas a agotar.

—Puedo intentarlo. —No apartó la vista de la mirilla—. Es lo único que sé hacer, Blasco. Ponerme entre la gente y lo que le quiere hacer daño. Lo he hecho toda la vida. No sé estar de otra manera.

Me senté en el suelo, a su lado, y vigilamos la puerta juntos hasta que se nos cerraron los ojos a los dos. No fue la noche más romántica que hemos pasado. Fue de las que no se olvidan.

El peligro de verdad llegó una tarde en que yo no estaba.

Me lo contó Mateo después, con la voz todavía descompuesta. Estaba en mi casa, donde se había quedado esperándome, cuando oyó el jaleo en la escalera. Gritos. La voz de la señora del segundo, la que últimamente bajaba la basura acompañada, chillando de una manera que no era de discusión de vecinos. Era de pánico.

Salió como pudo. Desde el tercero vio, dos plantas más abajo, a la señora del segundo aporreando la puerta del primero, histérica, gritando el nombre de su nieto. Un crío de cuatro años. La abuela había bajado con él a tirar la basura y, mientras abría el cuarto de los contenedores, el niño se le había soltado de la mano y había subido el primer tramo. Vio la puerta de Tomás entornada, se acercó a curiosear y Tomás lo hizo entrar. Después cerró.

No le hizo daño al niño. Eso hay que decirlo, porque es importante y porque fue lo único que evitó que aquello acabara mucho peor. Mateo me lo contó luego, con la voz todavía descompuesta, y yo se lo fui sacando a trozos, porque no le salía de corrido. Por lo que él pudo entender, y por lo poco que el crío dijo después, Tomás lo había sentado en el sofá, le había dado una galleta y se había quedado mirándolo, tranquilo, mientras al otro lado de la puerta la abuela se desgañitaba.

Mateo bajó las escaleras más deprisa de lo que su pierna le permitía. He oído esa parte tantas veces —contada por él, por los vecinos y por la propia abuela— que la tengo grabada como si hubiera estado allí abajo con ellos.

Llamó a la puerta. No a golpes. Con calma. Con esa calma que usaba cuando por dentro estaba temblando.

—Tomás. Soy yo. Mateo. Abre.

—Está aquí conmigo. El niño está bien.

—Ya sé que está bien. Sé que no le vas a hacer nada. —Mateo apoyó la frente contra la puerta—. Pero su abuela está muy asustada y el niño también va a asustarse si esto sigue así. Tú no quieres eso. Tú no eres eso, Tomás. Abre, dámelo y se acaba. No pasa nada.

Al otro lado no se oyó nada durante unos segundos. Luego habló Tomás, y su voz ya no sonaba tranquila. Sonaba quebrada.

—Nadie me escucha. Llevo meses hablando y nadie me escucha. Solo cuando cojo algo vuestro. El agua, el coche, el crío. Solo

entonces bajáis todos corriendo. —Hizo una pausa—. ¿Por qué solo entonces?

—Yo te escucho. Ahora mismo te estoy escuchando. —Mateo hablaba despacio, mientras el edificio entero contenía la respiración a su espalda—. Abre y hablamos. Tú y yo. Todo el tiempo que necesites. Pero el niño no es tuyo, Tomás. Tiene una abuela ahí fuera que lo quiere igual que Amparo te quería a ti.

—Nadie vino cuando Amparo se puso mala —contestó él, cada vez más descompuesto—. Nadie subió a preguntar. Yo la cuidé aquí. Y cuando se la llevaron a la residencia, fui el único que siguió yendo a verla. Estuve con ella cuando murió. Pero en cuanto murió, a todos les entró mucha prisa por saber quién se quedaba el piso.

—Lo sé. Fue injusto. Fue una vergüenza. Pero no vas a arreglarlo asustando a un niño de cuatro años. Eso no te devuelve a Amparo. Solo conseguirá que te odien un poco más, y ya tienes bastante con eso. Abre. Dámelo. Y te prometo que mañana subo, me siento contigo y me cuentas lo de Amparo desde el principio. Esta vez alguien va a escucharte. Tienes mi palabra, y sabes que yo cumplo. Se oyó el pestillo.

La puerta se abrió y Tomás apareció con el niño en brazos. El pequeño seguía mordisqueando su galleta, ajeno a casi todo. Tomás se lo entregó a su abuela sin decir una palabra. Ella lo apretó contra el pecho y se lo llevó escaleras arriba entre sollozos, con tanta fuerza que el niño terminó protestando.

Tomás se quedó en el umbral, mirando a Mateo. Cuando él me lo contó después, tardó varios segundos en encontrar la palabra adecuada para describir aquella cara.

Al final la encontró.

—Alivio —me dijo—. Tenía cara de alivio. La de alguien que llevaba meses queriendo que alguien lo escuchara y por fin lo hicieron.

Cuando llegué a casa, me encontré la calle llena de coches patrulla con las luces girando y un corro de vecinos en la acera. Se me paró el corazón antes de saber nada, porque lo primero que piensa una

cuando trabaja en un hospital y ve luces azules en su propia puerta es lo peor. Aparqué de cualquier manera, dejé el coche en doble fila y subí los escalones del portal de dos en dos buscando a Mateo entre la gente.

Lo encontré apoyado en la pared del portal, y solo cuando lo vi de pie y sin sangre pude volver a respirar. Me abrazó fuerte, sin decir nada, y por encima de su hombro vi lo demás. A la señora del segundo sentada en un escalón con el niño en el regazo, meciéndolo, aunque el crío ya jugaba tan tranquilo con la galleta. A los vecinos hablando todos a la vez con los agentes. Y a Tomás, esposado, saliendo del portal entre dos policías.

Pasó a mi lado. Y me miró. No con rabia, no con amenaza. Me miró un segundo largo, directo a los ojos, y dijo muy bajo: «Sé cómo se llama». Luego se dejó meter en el coche patrulla sin oponer resistencia. Mateo oyó la frase y me miró, pero no preguntó. El nombre siguió doblado en mi bolsillo, intacto entre nosotros.

Se lo llevaron detenido esa misma tarde. Meter a un menor en una casa era otra cosa, aunque no le hubiera puesto un dedo encima. Y mientras el coche se alejaba, yo esperaba sentir alivio. Que se acababa. Que se lo llevaban y por fin íbamos a dormir tranquilos.

No sentí alivio. Sentí un miedo frío, porque encontré a Mateo pálido, descompuesto, mirando el coche patrulla alejarse, y cuando le pregunté qué pasaba, me dijo lo que yo todavía no había entendido.

—Puede que lo suelten pronto, Blasco. No ha hecho daño al niño y lo ha entregado por voluntad propia. El juez puede imponerle medidas, pero también puede dejarlo volver mientras se investiga. Y regresará a un edificio que lo ha denunciado, que lo quiere fuera, con el desahucio encima y ya sin nada que perder. —Me cogió de los brazos—. Hoy ha retenido a un niño para obligarnos a escucharlo. ¿Qué crees que hará cuando vuelva y sienta que ni así lo hemos hecho?

No contesté. No hacía falta.

La respuesta ya la teníamos.

Esa noche Mateo no vigiló la puerta. Se metió en la cama conmigo, me abrazó por la espalda y no dijo ni una broma, ni una sola, en toda la noche. Y a mí, que llevaba meses acostumbrándome a que aquel hombre le pusiera humor a todo, esa noche sin bromas me dejó claro lo asustado que estaba.

## CAPÍTULO 18



El juez dejó a Tomás en libertad provisional cuatro días después, con la obligación de comparecer cuando lo llamaran y la prohibición de acercarse al niño y a su abuela. Ellos se habían trasladado temporalmente a casa de la hija y habían comunicado esa dirección al juzgado, de modo que la medida no le impedía regresar al primero. Un coche lo trajo hasta el portal. Lo vimos bajar por la ventana, entrar en el piso y cerrar la puerta. Y el edificio entero volvió a contener la respiración.

Esa misma noche empezó nuestra primera pelea de verdad, en su piso, mientras recogíamos ropa limpia y alguna cosa más que le hacía falta para volver al mío.

No fue por una tontería. Ojalá hubiera sido por una tontería, de esas que se arreglan con una disculpa y una cena. Fue por lo único por lo que valía la pena pelearse, que era por cómo íbamos a salir de aquello.

Empezó con Mateo hablando por teléfono en la cocina, bajito, creyéndose que yo no lo oía. Llevábamos toda la tarde raros. Él, tenso, mirando el reloj, asomándose a la mirilla cada media hora. Yo, callada, con un nudo en el estómago que no se me iba desde que había visto a Tomás bajar de aquel coche. Se veía venir que la cosa iba a estallar por algún lado. Solo que yo creía que iba a estallar abajo, con Tomás, y estalló arriba, entre nosotros.

Cuando colgó, me planté en la puerta de la cocina.

—¿Con quién hablabas?

—Con Bernal.

—¿De qué?

Dudó. Y esa duda me lo dijo todo antes de que abriera la boca.

—Estoy organizando turnos. Con la gente del parque. Para vigilar el portal por las noches. Yo, Bernal, Quique, un par más. Nos vamos turnando y así siempre hay alguien abajo por si...

—Por si Tomás intenta algo. Y tú el primero de la lista, claro.

—Es mi edificio, Blasco. Es mi...

—Estás convaleciente. —Me temblaba la voz y no conseguí que dejara de temblarme—. Eso es lo que es, y tú quieres pasarte las noches vigilando la puerta de un hombre que ya ha provocado un incendio por si se le ocurre hacer otra cosa peor.

—Alguien tiene que hacerlo.

—¡Los bomberos! ¡La policía! ¡Cualquiera menos tú, que no puedes correr!

—¡Yo soy bombero!

—¡Tú estás de baja! —Me salió el grito antes de poder frenarlo, y el eco se quedó rebotando en la cocina—. Estás de baja, Mateo. Con una pierna todavía sin recuperar y la otra recién consolidada. Y te comportas igual que antes, como si pudieras entrar en cualquier sitio y salir andando por tu propio pie. Y no puedes. Todavía no. Te caíste de un tejado haciendo exactamente esto, creyéndote que llegabas, y por poco no lo cuentas.

—Y salvé a esa señora.

—¡Y casi te matas! —Ahí se me rompió algo, y salió todo, todo lo que llevaba semanas tragándome—. ¿Y si la próxima vez no hay suerte? ¿Y si la próxima vez el que entra en el fuego eres tú y el que no sale eres tú? ¿Has pensado en eso? ¿Has pensado en mí, por un segundo, en la que se queda? Porque yo sí. Yo llevo casi dos años sabiendo lo que es que se te muera delante alguien a quien quieres y no poder hacer nada. Y no pienso volver a pasar por eso. No por un hombre que se empeña en jugar al héroe con las piernas todavía a medio recuperar.

Se quedó el aire cortado entre los dos. Mateo me miraba, y para una vez no tenía una respuesta rápida en la boca.

—Así que se trata de eso —dijo despacio—. De tu padre.

—No metas a mi padre.

—Lo has metido tú. —Se acercó un paso, con la cojera, y bajó la voz—. Y lo entiendo, Blasco. Entiendo que tengas miedo. Pero no puedes pedirme que deje de ser quien soy para que tú duermas tranquila. Yo no sé quedarme fuera cuando alguien corre peligro. No lo sé hacer. Es lo que soy desde los nueve años, desde que mi padre bajó a un incendio y no volvió. Eso es lo que llevo dentro. Esto también soy yo.

—Pues a lo mejor no puedo con esto.

Lo dije para hacerle daño. Y funcionó. Lo vi en su cara, el golpe, y me odié al instante, pero ya estaba dicho, y las cosas dichas no se recogen del suelo.

—A lo mejor no —dijo él, muy quieto—. A lo mejor tú tampoco sabes quedarte cuando la cosa se pone fea. A lo mejor esto es lo que haces, Blasco. Dejar entrar a alguien y, en cuanto te da miedo de verdad, buscar la puerta.

—No te atrevas a psicoanalizarme.

—No te psicoanalizo. Te repito lo que me acabas de decir tú. Que a lo mejor no puedes con esto. Con esto que soy. —Se le quebró la

voz un momento y la recompuso a la fuerza—. ¿Sabes lo que es oír eso? Me dices que a lo mejor no puedes, porque te da miedo que me pase algo. ¿Y a mí? ¿A mí no me da miedo perderte? Me da pánico, Blasco. Pero no por eso te pido que dejes de ser médica, que dejes de meterte en quirófanos donde a lo mejor te contagias de algo o te denuncia un familiar o te hundes con un paciente que se te muere en la mesa. No te pido que dejes de ser tú. Solo te pido que me dejes ser yo.

—Lo tuyo es diferente.

—No lo es. Es lo que hago yo, con otra bata puesta. Y lo sabes.

Y tenía razón. Otra vez. Ese era el problema con Mateo, que debajo de todas las bromas había un hombre que veía las cosas con una claridad que a mí me daba rabia.

Nos quedamos los dos ahí, en la cocina, a un metro de distancia y más lejos que nunca, diciéndonos con la mirada las cosas horribles y verdaderas que acabábamos de decirnos en voz alta.

—Me voy a mi casa —dije.

Y me fui. Crucé el rellano, entré en mi piso, cerré la puerta, y después de semanas dormí sola, sin él roncando al lado, sin su brazo, con la luz del pasillo encendida y la sensación horrible de haberla fastidiado de una manera que a lo mejor no tenía arreglo.

Fue la noche más larga desde la muerte de mi padre. Me la pasé dándole vueltas a lo que había dicho, a lo que había dicho él, a cuánto de verdad había en cada cosa. Porque lo peor de las peleas de verdad no es lo que se grita. Es que casi siempre se grita algo cierto.

Él tenía razón. Yo salía corriendo. Llevaba haciéndolo casi dos años, desde que firmé aquel papel en la UCI y decidí que era más fácil no querer a nadie que arriesgarse a verlo morir. Y él, con las piernas todavía a medio recuperar y esa manía de correr hacia el fuego, también tenía razón en que no podía dejar de ser lo que era, ni siquiera por mí.

El problema es que los dos teníamos razón. Y cuando en una pelea los dos tienen razón, no hay quien la gane.

Hacia las cuatro de la mañana oí un golpe en la pared. Uno solo. Flojo.

Me quedé quieta, mirando el techo, con el corazón en la garganta. No contesté. Pasó un minuto. Dos. Y entonces, muy flojo, llegó otro golpe. Y otro. Un ritmo torpe, insistente, que tardé en reconocer y que, cuando lo reconocí, me rompió por dentro.

Estaba imitando el repiqueteo que usaba para llamar a mi puerta desde su lado de la pared. Como si me estuviese pidiendo que no me fuera de la única manera que le quedaba.

Puse la mano abierta sobre la pared, sobre el sitio de donde venían los golpes, y me quedé así mucho rato. No golpeé de vuelta, pero tampoco aparté la mano. Y esa noche, con la palma pegada al ladrillo, entendí, que quedarse también se puede hacer con miedo. Que no hace falta que se te quite el miedo para no salir corriendo.

Mañana hablaríamos. Mañana lo arreglaríamos, o al menos lo intentaríamos.

## CAPÍTULO 19



Abrí mi puerta y él estaba sentado en el escalón de siempre, con dos tazas de café, sin haber dormido, con la cara arrugada de un hombre que se ha pasado la noche entera al otro lado de una pared echando de menos a alguien que tenía a un metro.

—No he traído nada gracioso para empezar a hablar —dijo—. Vengo sin munición. Solo con las tazas.

Me senté a su lado en el escalón. Cogí la taza que tenía más cerca y estaba tibia, lo cual quería decir que llevaba ahí sentado un buen rato, esperándome, sin atreverse a llamar.

—¿Cuánto llevas aquí fuera?

—No sé. Un rato. —Se encogió de hombros—. No quería llamar y despertarte. Y tampoco quería que salieras a trabajar y no me encontraras. Así que me he quedado en medio.

—Lo siento. Lo de «a lo mejor no puedo con esto». Eso no era verdad. Eso lo dije para hacerte daño.

—Lo sé. Y funcionó, por si te interesa el dato.

—No me interesa. Me da pena.

Nos quedamos un rato bebiendo, hombro con hombro, en ese escalón que había visto empezar todo lo nuestro.

—No voy a dejar de ser bombero —dijo al fin, en voz baja—. Ni cuando me cure. No sé hacer otra cosa, y aunque supiera, no querría. Es lo que soy.

—Ya lo sé.

—Pero puedo prometerte una cosa. Que no voy a hacer el tonto. Que no voy a bajar solo a plantarme delante de su puerta a hacerme el valiente. Que si pasa algo, llamo a los míos, a los que sí pueden correr, y me quedo contigo. Puedo prometerte eso. No dejar de ser yo. Solo no ser idiota.

—Con eso me vale. —Le apoyé la cabeza en el hombro—. No te pido que dejes de ser tú. Solo te pido que no te mueras. Es una petición razonable para una novia.

—Lo es. —Me pasó el brazo por encima—. Trato hecho.

—Y firmado. Que a ti hay que hacértelo firmar todo, que si no haces lo que te dé la gana.

—Eso es verdad. —Me dio un beso en el pelo—. Por cierto, ¿esto significa que sigo teniendo novia? Porque anoche no me quedó del todo claro y he pasado unas horas horribles.

—Sigues teniendo novia. Cascarrabias, con miedo a todo y con una tendencia preocupante a los hombres que se tiran de los tejados. Pero novia.

—Es todo lo que siempre soñé.

Y así, en un escalón, hicimos las paces. Resultó que hacer las paces era más fácil de lo que llevaba casi dos años temiendo. Solo había que querer quedarse más de lo que daba miedo hacerlo.

\*\*\*

A partir de aquella mañana, Tomás dejó de hacer cosas. Se encerró en el primero y desapareció del mundo, y el edificio entero, en lugar de tranquilizarse, se puso todavía más nervioso.

Cada vecino gestionó el miedo a su manera. El del ático se compró un extintor y lo colgó en su rellano, con una flecha señalándolo, por si acaso. La señora del segundo decidió llevarse definitivamente a su nieto a casa de su hija. Y algunos se proclamaron jefes de seguridad de la finca, plantándose cada noche en el portal con una linterna de minero y un termo.

La fecha del desahucio caía en cuatro días. Lo sabíamos porque lo había puesto la administradora en el grupo, con la fecha exacta y una prudencia impropia de ella, sin mayúsculas por una vez. El juzgado había fijado el lanzamiento. Vendría una comitiva, un cerrajero, la policía, y sacarían a Tomás de la casa de Amparo con lo puesto y le cambiarían la cerradura, y aquel hombre, que no tenía adónde ir ni a nadie que lo esperara, se quedaría en la calle con una bolsa.

Cuatro días.

Mateo no durmió bien las noches siguientes. Yo tampoco. Nos acostábamos abrazados, en mi cama o en la suya, y nos quedábamos los dos con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando. Esperando un ruido que no llegaba. Y esa espera, ese no pasar nada, era peor que cualquier cosa que pudiera pasar.

Intenté algo, esos días. Una tontería, seguramente. Pero no podía quedarme sin hacer nada esperando el desastre, así que una tarde, con Mateo delante por si acaso, bajé y llamé a la puerta de Tomás.

No abrió. No contestó. Pero yo sabía que estaba ahí, escuchando, al otro lado, así que hablé de todos modos, con la boca cerca de la madera y la voz más suave que pude.

—Tomás. Soy Blasco. La del tercero. —Esperé—. No vengo a pedirle que se vaya. No vengo a echarle nada en cara. Solo quería decirle que lo que le hicieron con Amparo no estuvo bien. Que se merecía

que alguien lo ayudara y no lo ayudó nadie. Y que lo siento. Lo siento de verdad, aunque yo no tuviera nada que ver.

No contestó durante unos segundos. Y entonces, muy bajito, tan bajo que no sé si lo imaginé, oí una voz rota que decía una sola palabra.

—Tarde.

Nada más. Tarde. Y luego, otra vez, nada.

Subí los escalones despacio, con Mateo esperándome en el rellano, y cuando llegué a su altura no hizo falta que le contara nada. Me lo vio en la cara.

—¿Ha contestado?

—Una palabra. «Tarde».

Esa palabra se me quedó dentro el resto del día. Porque era la palabra más triste del mundo, y porque yo la conocía bien. Yo también había llegado tarde a un montón de sitios importantes. Tarde a hacer las paces con mi hermana antes del entierro. Tarde a decirle a mi padre las cosas que no le dije. La vida, a veces, es un montón de gente llegando tarde a lo que importa, y luego pasándose años cargando con ello.

Mateo cerró los ojos un momento. Y cuando los abrió, tenía la cara del capitán, la de las urgencias, la de quien ya ha visto cómo acaba esto otras veces y no consigue evitarlo.

—Prepara una bolsa —dijo—. Con lo importante. Papeles, medicinas, lo que no puedas reponer. Y déjala junto a la puerta.

—Mateo, no exageres.

—No exagero. —Me cogió la cara con las dos manos—. Quiero equivocarme, Blasco. Ojalá me equivoque y ese hombre se vaya el día del desahucio sin más, llorando, y yo quede de exagerado y tú te rías de mí el resto de nuestra vida. Ojalá. Pero prepara la bolsa. Por si acaso.

Preparé la bolsa. Y esa noche dormimos con ella junto a la puerta, los dos abrazados, con el oído puesto en el primero, que seguía

mudo, esperando un algo que veíamos venir sin saber cuándo.  
Llegó dos noches antes del desahucio.

## CAPÍTULO 20



Me despertó el olor. El mismo olor de la noche del cuarto de basuras, pero esta vez no era poco ni lejano. Esta vez llenaba la habitación entera.

Abrí los ojos en la oscuridad y durante un segundo no entendí nada. Luego lo entendí todo a la vez. El humo. El calor raro en el aire, un calor que no era de verano. Y un reflejo naranja que subía desde el hueco de la escalera y se deshacía bajo la puerta.

Y algo más, por debajo de todo. Un ruido. Un rumor sordo, hambriento, que yo no había oído nunca pero que reconocí en el cuerpo antes que en la cabeza. El ruido de un edificio empezando a arder.

—Mateo. —Le sacudí—. Mateo, despierta. Está ardiendo.

Se despertó de golpe, con quince años de oficio metidos en el cuerpo. Se puso en pie con una mueca y la cojera, tan evidente el resto del día, casi desapareció bajo la urgencia. Mientras llamaba al 112 con el altavoz puesto, olfateó el aire, recogió la bolsa que

habíamos dejado preparada y tocó la puerta con el dorso de la mano. El hombre que todavía medía los escalones para no castigar la pierna desapareció, y en su lugar quedó el capitán: sereno, rápido, atento a todo. En una emergencia, Mateo Durán no dejaba de estar lesionado; sencillamente dejaba de acordarse de ello.

—La puerta está templada, no quema. El fuego está abajo y el humo ya ha entrado en la escalera. —Su voz había cambiado. Era la del capitán, seca, sin una gota de miedo por fuera—. Ya vienen. Vístete. Zapatos, no vayas descalza. Coge la bolsa. Rápido, pero sin correr.

Hice lo que me dijo. Las manos me temblaban con los cordones y él, apoyado en el borde de la cama para no cargar de más la izquierda, se agachó y terminó de atármelos con dedos rápidos. En mitad de aquello, con el humo filtrándose ya por debajo de la puerta, me dio un beso breve en la frente.

—Vamos a salir de esta. Los dos. ¿Me oyes? Mírame. Los dos.

—Los dos —repetí, porque necesitaba oírmelo decir.

Entornó la puerta apenas unos centímetros. Una capa de humo gris ocupaba la parte alta del rellano, pero abajo todavía se veía. La cerró, cogió aire y volvió a abrirla lo justo para que saliéramos. Por el hueco de la escalera subían el resplandor y un rumor sordo. Mateo me agarró de la muñeca.

—Agachada. La cabeza por debajo del humo. Pegada a mí y a la pared. Bajamos sin separarnos. Si te digo que pares, paras.

Empezamos a bajar. El humo se espesaba a cada tramo y el calor aumentaba al acercarnos al primero. En el rellano del segundo, la pintura de la barandilla estaba tibia y por debajo llegaba un resplandor intermitente. El fuego seguía dentro del piso de Tomás, pero el humo escapaba alrededor de la puerta y empezaba a invadir la escalera. La salida aún estaba abierta. No lo estaría mucho tiempo.

—Más rápido —dijo Mateo, sin soltarme—. Sin correr. Si te caes aquí perdemos los dos.

Y en el rellano del segundo, entre el humo, oímos los gritos.

Venían de arriba. La señora del segundo no podía ser; se había ido a casa de su hija. Eran los del ático, una pareja mayor con problemas para andar, atrapados dos plantas por encima de nosotros. Golpeaban la puerta, gritaban y tosían.

Mateo se paró. Y yo supe, antes de que dijera nada, lo que iba a pasar. Lo vi en su cara, en cómo giró el cuerpo hacia arriba, hacia los gritos, en contra de todo el instinto de bajar hacia el aire y la calle.

—Blasco, escúchame muy bien. —Me cogió por los hombros—. Sales tú. Ahora. Bajas pegada a la pared hasta la calle y no vuelves a entrar. Yo subo, los llevo a una ventana y cierro la puerta para frenar el humo hasta que llegue la escala.

—No. No, Mateo, tu pierna, no puedes...

—Puedo llegar hasta ellos. Tengo que hacerlo. Son dos personas que no pueden bajar solas. —Me metió la bolsa en las manos—. El 112 ya tiene la dirección y los camiones vienen de camino, pero no sabemos cuánto aguanta esa puerta. Tú sal. Por favor. No me hagas elegir entre subir y estar pensando si sigues aquí dentro. No puedo con las dos cosas.

Lo miré. Y en ese segundo entendí que amarlo era exactamente esto. Que no podía pedirle que no subiera, igual que él no podía pedirme a mí que no operara. Que el hombre del que me había enamorado era el que subía hacia los gritos, no el que bajaba hacia la calle. Y que si le quitaba eso, me quedaba con otro que no era él.

Casi dos años atrás yo había tomado una decisión en un pasillo de hospital porque era la única decisión posible, aunque me destrozara. Desde entonces había confundido querer con retener, como si pudiera mantener a salvo a la gente cerrando todas las puertas. Allí entendí que no podía convertir a Mateo en otro hombre para calmar mi miedo. Podía odiar que subiera. Podía tener terror. Pero no podía pedirle que dejara de ser quien era justo cuando dos personas lo necesitaban.

—Sube —dije, con la voz rota—. Encuéntralos, llévalos a una ventana y espera a los tuyos. Y luego bajas. Los tres. No dos. Los tres. Y tú.

—Y yo. Te lo prometo.

—No me hagas viuda antes de casarme, Mateo Durán. Ni se te ocurra. Te he puesto una placa en esa pierna y la quiero de vuelta.

—La tendrás. —Me dio un beso, uno de verdad, corto y feroz—. Te lo prometo.

Se giró y empezó a subir agachado, apoyándose en la barandilla para descargar la pierna, hacia las voces del ático.

Bajé. Cada escalón me pesaba una tonelada y todo el cuerpo me gritaba que volviera, pero bajé porque se lo había prometido y porque, si me quedaba, solo conseguiría obligarlo a rescatarme también. Al llegar al primero, la puerta de Tomás expulsaba humo por el marco, aunque las llamas seguían dentro. Pasé encogida, con una manga tapándome la boca, y alcancé el portal justo cuando un cristal reventó a mi espalda.

Fuera ya se agrupaban los vecinos en pijama, algunos descalzos, todos tosiendo y llamándose unos a otros. Las sirenas doblaron la esquina casi enseguida. Del primer camión saltó Quique con el casco en la mano; al reconocer el edificio y verme salir sola, se le borró la cara.

Con el pecho ardiéndome de humo y miedo, conté yo también. Estaban casi todos. Faltaban los del ático, arriba con Mateo. Y faltaba alguien más.

Faltaba Tomás.

Nadie había visto salir a Tomás.

Me giré hacia el edificio. Las llamas empezaban a asomar por una ventana del primero, el piso de Amparo. Todo apuntaba a que el fuego había empezado allí. De Tomás no había rastro: nadie lo había visto bajar ni pedir ayuda. Comprendí, con un escalofrío que no tenía nada que ver con la noche, que quizá no pretendía huir. Quizá había

encendido aquello para quedarse dentro con la única casa que no había querido soltar.

Corrí hacia Quique y el mando que acababa de bajar del segundo vehículo.

—¡Hay dos personas mayores en el ático y Mateo ha subido a por ellas! Y en el primero hay un hombre dentro. Se llama Tomás. Nadie lo ha visto salir.

Me escucharon apenas unos segundos. Después todo se puso en marcha a la vez: equipos de respiración, mangueras entrando por el portal, una escala desplegándose hacia las ventanas del ático. Alguien me llevó detrás de la línea de seguridad y me echó una manta sobre los hombros. Hasta entonces no había notado que temblaba.

Y allí me quedé, en una acera, con la bolsa de emergencia apretada contra el pecho, viendo el edificio arder.

No pude hacer nada. Yo, que me había pasado la vida arreglando lo que se rompía, me quedé fuera sin poder arreglar absolutamente nada, viendo el fuego y rezando —cosa que no hacía desde la muerte de mi padre— a un dios en el que ya no sabía si creía para que me devolviera al hombre que había subido.

Pasó un minuto. Dos. Tres. Cada uno más largo que el anterior. Las mangueras empezaron a contener el fuego de la escalera y la fachada escupía humo negro. Arriba, en algún punto de aquel edificio, había un hombre con una pierna todavía a medio recuperar buscando a dos ancianos. En el primero, otro hombre roto quizá esperaba que nadie fuera a buscarlo.

Y yo, abajo, sin poder hacer otra cosa que mirar hacia arriba y no apartar los ojos.

## CAPÍTULO 21



Los minutos más largos de mi vida los pasé en aquella acera, mirando una fachada que escupía humo negro y no me devolvía a nadie.

Los primeros en aparecer fueron los del ático. Dos bomberos los sacaron por la ventana y los bajaron, uno detrás de otro, por la escala exterior. Llegaron tosiendo, tiznados y vivos. La mujer, en cuanto pisó la acera, buscó entre el gentío y preguntó por el chico que había subido antes que los equipos, el que los había encontrado a oscuras, les había mojado unas toallas y se había quedado con ellos junto a la ventana, hablándoles, hasta que llegaron los bomberos equipados.

—No nos ha dejado solos ni un segundo —me dijo, agarrándome del brazo sin saber quién era yo—. Cuando han llegado sus compañeros, les ha dicho que podía quedar un hombre en el primero. Y se ha vuelto a meter en la escalera para bajar a buscarlo.

Se me paró el corazón.

Porque el primero era donde había empezado todo. El origen del fuego, el rellano que los equipos intentaban alcanzar desde abajo. Y Mateo había bajado hacia allí con la pierna operada y sin protección, a buscar al hombre que había encendido la primera cerilla.

A buscar a Tomás.

Grité su nombre hacia la fachada, aunque no pudiera oírme. Un bombero me sujetó mientras Quique avisaba al mando de que tenían a un compañero fuera de servicio dentro del edificio, en la primera planta, buscando a un varón. Todo se aceleró y, al mismo tiempo, se volvió insoportablemente lento.

La puerta del portal terminó devolviendo una fila de cuerpos.

Primero aparecieron dos bomberos retrocediendo, con Tomás suspendido entre ambos. Detrás salió Mateo, tosiendo hasta tener arcadas, con una mano aún cerrada sobre el pantalón de Tomás como si no se fiara de que fueran a dejarlo atrás.

Más tarde supe que lo había encontrado a pocos metros de la puerta, desplomado en el pasillo de su casa. Había seguido el sonido de la tos, había entrado arrastrándose lo justo para alcanzarlo y lo había sacado hasta el rellano. Allí se cruzó con el equipo que subía y entre todos completaron la evacuación. No había atravesado solo un piso en llamas; aun así, había respirado demasiado humo y se había quemado el antebrazo al rozar una puerta recalentada.

Los sanitarios se les echaron encima. A Tomás lo subieron a una camilla, le colocaron oxígeno y se lo llevaron hacia una ambulancia. A Mateo lo sentaron en el bordillo con otra máscara. Yo esperé a que un sanitario me dejara acercarme, me arrodillé delante de él y le sujeté la cara con las dos manos.

Estaba negro de humo. Tenía las cejas chamuscadas, una quemadura fea en el antebrazo, los ojos rojos y llorosos, y tosía de una manera que a mí, que soy médica, me asustó mucho. Pero estaba vivo y me miraba.

—Te dije que bajaba —consiguió decir, entre la máscara y la tos, con una sonrisa espantosa en aquella cara negra—. Soy un hombre de

palabra.

—Eres el hombre más inconsciente que he conocido en mi vida. —  
No sé en qué momento había empezado a llorar—. Has bajado al  
primero. Por él. Después de todo lo que nos ha hecho.

—Lo sé. Espera a que se me cure la voz y ya me riñes con calma,  
que ahora mismo no puedo ni defenderme. —Tosió, y me apretó la  
muñeca con la mano tiznada—. ¿Estás bien tú? ¿Has salido bien?  
¿No te ha pasado nada en la escalera?

—¿Me estás preguntando a mí si estoy bien? ¿Tú? ¿Sin cejas y con  
el brazo quemado?

—Es lo único que me importa.

Y allí, arrodillada delante de un hombre chamuscado que acababa de  
salir del fuego y todavía quería saber si yo estaba bien, terminé de  
entender con quién me había enredado. Con uno de esos que se  
olvidan de sí mismos. De los que no salen dos veces, como decía  
Marina.

—No podía dejarlo dentro, Blasco. —La máscara le ahogaba la voz—.  
Un bombero no elige a quién saca.

Lo abracé con cuidado de las quemaduras y él me devolvió el abrazo  
con el brazo bueno. Nos quedamos así unos segundos, entre luces  
azules, mangueras y humo, dos personas que unos meses antes no  
se conocían y que ahora no concebían el mundo sin la otra.

—Has estado a punto de no cumplir tu promesa —le dije al oído.

—La he cumplido. He bajado. Con dos ancianos y un pirómano de  
propina. Eso es sobrecumplir. Merece un aumento.

—Estás de baja. No cobras.

Me reí y lloré a la vez, que resulta que se puede. Antes de que  
cerraran la ambulancia de Tomás, lo vi consciente bajo la máscara  
de oxígeno. Miraba hacia el bordillo donde estaba Mateo.

Levantó apenas una mano. No supe si era un agradecimiento, una  
despedida o un reflejo. Cerraron las puertas y la ambulancia se

marchó llevándose a un hombre que había hecho un daño enorme y que, aun así, seguía necesitando que alguien lo mantuviera vivo.

Mateo lo siguió con la mirada hasta que la ambulancia dobló la esquina.

—Responderá por lo del niño, por el incendio y por todo lo demás — dije—. No sé qué decidirá un juez.

—Ya. —Mateo tosió—. Pero estará vivo para responder.

El incendio destruyó el primero y la escalera y dañó buena parte del segundo. Nuestros pisos quedaron en pie, pero anegados por el agua y ennegrecidos por el humo, inhabitables durante meses. No murió nadie. En un edificio viejo, con una única escalera y el fuego bloqueando la salida, aquello fue, según los propios bomberos, un pequeño milagro.

Un milagro con una pierna operada y muy mala cabeza.

Nos llevaron al hospital en ambulancias distintas: a él por la inhalación de humo y las quemaduras; a mí para descartar una intoxicación. Antes de que cerraran sus puertas, me dejó apretarle la mano.

## CAPÍTULO 22



Primero me dejaron en observación. Había respirado humo, pero las pruebas salieron bien y, después de un par de horas, me dieron el alta. Pasé el resto de la noche en el hospital, esta vez del otro lado: el de la sala de espera, con un vaso de plástico de la máquina y el reloj que una mira cada tres minutos aunque sepa que no va a avanzar más deprisa.

Mateo tenía quemaduras de segundo grado en el antebrazo, una intoxicación por humo que lo mantuvo con oxígeno hasta el amanecer y una tos que iba a acompañarlo durante semanas. Las radiografías confirmaron que la placa seguía en su sitio y que ninguna de las fracturas se había desplazado; había castigado la pierna, pero no había deshecho meses de recuperación. Nada que no se curara. Aun así, tardaron cuatro horas en decírmelo con esas palabras, y en ese tiempo entendí por dentro lo poco que consuela la amabilidad profesional cuando una está sentada esperando noticias de alguien a quien quiere.

A las tantas de la madrugada apareció Elvira. No estaba de turno. Se había enterado, se había vestido y había venido, y se sentó a mi lado en aquella sala sin decir nada, me puso algo caliente en la mano y me dejó apoyar la cabeza en su hombro.

—Llevo muchos años viendo a familias en estas sillas —dijo, al rato—. Y todavía no me acostumbro a ver a los míos sentados en ella. Duele más desde este lado, ¿a que sí?

—Muchísimo más.

Se quedó conmigo hasta que me dejaron pasar. Estaba en una cama, con una vía, el brazo vendado, la cara limpia ya del humo, pero con las cejas todavía chamuscadas, que le daban un aire permanente de sorpresa que no pienso dejar de recordarle mientras viva. Abrió los ojos cuando me oyó entrar.

—Anda. Si es mi traumatóloga favorita. —La voz le salió ronca, rota por el humo—. ¿Vienes a cobrarme la consulta?

—Vengo a comprobar que sigues respirando, que es más de lo que mereces.

—Qué bien me tratas. Con lo guapo que estoy sin cejas.

—Estás horrible. Pareces permanentemente sorprendido.

—Es el look de un hombre que acaba de descubrir que su novia lo quiere. Sorpresa perpetua.

Me senté en el borde de la cama. Le cogí la mano del brazo sano y me quedé un rato mirándolo, asimilando que estaba vivo, que había entrado en un incendio con las piernas como las tenía y que el mundo no me lo había quitado.

—No vuelvas a hacer algo así —dije al fin, con la voz completamente rota—. No vuelvas a meterte en un sitio del que quizá no salgas. No me obligues otra vez a esperar en una sala sin saber si vas a volver. No puedo soportarlo, Mateo. No puedo.

—Blasco...

—Te quiero. —Las palabras salieron solas, entre lágrimas, sin elegancia y sin darme tiempo a arrepentirme—. Eso es lo que pasa.

Te quiero. Llevaba casi dos años convencida de que ya no sabía hacer esto, y resulta que sí sabía. Solo que todavía no había aparecido nadie por quien mereciera la pena arriesgarme otra vez. Y entonces llegaste tú, con tus muletas, tu cactus muerto y esa manía tuya de subir escaleras cuando no debes, y me lo pusiste imposible. Respiré, aunque apenas me entró aire.

—Te quiero. Y me da un miedo horrible decirlo, porque la gente a la que quiero acaba muriéndose o marchándose. Pero te lo digo de todas formas, porque lo necesito.

Mateo me miró un rato largo, con esas cejas quemadas y los ojos brillantes.

—No sabes el tiempo que llevo esperando oírte decir eso —dijo, muy bajo—. Y ha valido la pena cada minuto. Yo también te quiero. Muchísimo. Desde mucho antes de lo que es sensato reconocer. Desde que me contestaste el primer pòsit, creo. Desde que descubrí que la doctora seria del hospital se reía sola con mis notas y luego fingía que le molestaban. Ahí ya me tenías loco perdido, aunque tú no lo supieras.

Me incliné y lo besé, con cuidado por el brazo, por la vía, por todo, un beso salado de lágrimas y con sabor a hospital, el beso menos romántico y más importante de mi vida.

Cuando me aparté, él me sujetó la cara con la mano buena y me miró con una seriedad nueva.

—Ahora dime una cosa. Y no es broma, aunque lo parezca. —Tragó con esfuerzo—. Esta noche he estado más cerca de no salir de lo que pienso reconocer delante de nadie. Y, ahí dentro, me ha dado una rabia horrible pensar que podía morirme sin saber tu nombre. El de verdad. Así que te lo pido en serio, sin juego. ¿Cómo te llamas?

Y ahí estaba. El momento que llevaba meses esquivando, el chiste que se había convertido en lo único mío que todavía no le había dado. Miré a aquel hombre que había entrado a salvar incluso a quien lo odiaba, que me había esperado dos horas a la puerta de un cementerio y que había aprendido a quererme entera sin saber

siquiera cómo me llamaba. Ya no quedaba ninguna puerta que tuviera sentido mantener cerrada.

—Elena —dije—. Me llamo Elena.

Se quedó callado, saboreándolo, moviendo los labios sin sonido, probándolo.

—Elena. —Lo dijo despacio, entero, con un cuidado que no le había puesto a ninguno de los nombres que había ido inventando—. Elena.

—Y luego, con una sonrisa que le arrugó toda la cara chamuscada—. Es que es perfecto. Con lo que me ha costado. Elena.

—No lo gastes todo de golpe.

—Pienso decirlo cada día del resto de mi vida. Aviso. Te vas a hartar.

—Ya me estoy hartando.

—Elena. —Lo repitió solo por fastidiar, encantado—. Elena, Elena, Elena. —Se puso serio de golpe, con una alarma fingida—. Espera. Tengo que escribirle a Quique.

—No te atrevas.

—Es que hay una porra abierta desde hace semanas sobre si conseguiría tu nombre antes de fin de año. Aposté que sí. Voy a cobrar por partida doble. Me llevo tu nombre y el dinero.

—Eres lo menos romántico que he conocido en mi vida...

Le quité el móvil de la mano antes de que escribiera a nadie y él me dejó, riéndose flojo, con esa risa rota por el humo que iba a acompañarlo unas semanas y que, contra todo pronóstico, me pareció el sonido más bonito del mundo porque significaba que seguía conmigo.

Me reí con la cara empapada y apoyé la frente en la suya, con cuidado de las cejas. Y nos quedamos así, en una cama de hospital de madrugada, un bombero chamuscado y una traumatóloga hecha un desastre.

Cuando salí de su habitación, ya con mi propia alta en el bolsillo, pasé por delante de otra puerta custodiada por un policía. Dentro estaba Tomás, dormido, vendado y conectado a un monitor que le

contaba las respiraciones. Solo otra vez, pero vivo. No entré. No tenía nada que decirle y él no habría querido oírlo. Aun así, me alegré, en un rincón raro y complicado del pecho, de que Mateo hubiera bajado a buscarlo.

## CAPÍTULO 23



Reconstruir un edificio no fue tan rápido ni tan limpio, pero empezó antes de lo que yo habría apostado.

Nos realojaron a todos. El seguro, la comunidad y los servicios municipales fueron distribuyéndonos en viviendas temporales mientras avanzaban las obras. Por un capricho de la burocracia o de la suerte, a Mateo y a mí nos asignaron dos apartamentos en el mismo rellano de un bloque nuevo, con ascensor y todo. A él le pareció el colmo de la ironía.

—Ahora que ya casi ando, me ponen ascensor —protestaba—. Antes, cuando lo necesitaba, nada, y ahora tengo un botón. El universo tiene un sentido del humor pésimo.

—A mí me lo vas a contar.

—¿Te has dado cuenta de que si este ascensor hubiera estado en el otro edificio, tú y yo no nos habríamos conocido? Yo habría subido en ascensor, tú no me habrías bajado nunca ninguna escalera, y ahora mismo seríamos dos desconocidos que coinciden en el rellano.

—Me señaló con el dedo, muy serio—. Ese ascensor nos habría arruinado la vida.

—Estás loco.

—Estoy enamorado, que a veces se parece.

Duramos en pisos separados exactamente una semana. Al octavo día aparecí con una bolsa en su puerta y le solté que era absurdo mantener dos casas, dos neveras y dos juegos de llaves para dormir siempre en la misma cama. Pura lógica doméstica. Que no le diera más vueltas.

—O sea, que te vienes a vivir conmigo —dijo, con una sonrisa que le ocupó la cara entera, ya con las cejas medio crecidas.

—Me vengo solo para compartir nevera.

—Claro. Para compartir nevera... ¿Con besos incluidos?

—Los besos los facturo aparte.

Y así, sin una petición formal, sin anillos ni discursos, empezamos a vivir juntos.

Del incendio salieron algunas cosas buenas, aunque cueste escribirlo. El edificio, que antes era un conjunto de desconocidos capaces de discutir veinte años por un ascensor, se convirtió en otra cosa. La señora del segundo me llamaba para consultarme sus rodillas. Algunos nos habían invitado a sus nuevas casas para tomar café, y el hombre del ático, el que había colgado un extintor con una flecha y se había pasado meses protestando por todo, apareció un día con una botella de vino y una disculpa. Mateo la aceptó sin hacerle pagar más de la cuenta, porque es incapaz de guardar rencor a quien se acerca con la mano tendida.

La cuadrilla del parque tampoco tardó en aparecer. Vinieron todos a la vez el primer fin de semana, con la excusa de ayudarnos con las cajas y la intención evidente de fisgar cómo vivía su capitán con la doctora imposible. Bernal trajo comida para un regimiento. Nuria inspeccionó la casa con ojo de sargento y dio su aprobación con un gesto de cabeza. Y Quique, cómo no, se plantó en mitad del salón,

sacó del bolsillo un fajo de billetes arrugados y me lo tendió con lágrimas en los ojos.

—Es tuyo —dijo, muy solemne—. La porra del nombre. Aposté que el capitán lo averiguaría, y ganó, así que técnicamente el bote es suyo, pero él dice que te lo dé a ti, que eres la damnificada.

—No pienso cobrar por que la gente apueste con mi nombre.

—Son ochenta y nueve euros, Elena.

—Trae para acá.

Se lo cogí, y todos aplaudieron, y Mateo me miró desde el otro lado del salón con una cara de estar viviendo exactamente la vida que quería vivir, rodeado de su gente ruidosa y de la mujer a la que había perseguido escalera arriba durante dos meses.

La segunda cosa buena fue Marina.

Marina apareció en el hospital la mañana después del incendio, en cuanto la llamé, con una bolsa para mí y otra para Mateo, a quien apenas había tratado y al que ya consideraba de la familia.

Tomás no volvió al edificio. El informe pericial situó el origen del incendio en su vivienda y confirmó que había sido provocado. Después del hospital quedó bajo custodia judicial y fue sometido a una valoración forense. Por el procedimiento supimos que, mientras la causa seguía adelante, había ingresado en una unidad de salud mental supervisada. No sabía si aquello era justicia, tratamiento o una mezcla incómoda de ambas cosas. Había retenido a un niño, provocado un incendio y puesto en peligro a mucha gente. Tenía que responder por ello. También había cuidado a Amparo durante años y se había quebrado en soledad mientras todos mirábamos hacia otro lado. Las dos cosas podían ser verdad a la vez. La vida casi nunca tiene la cortesía de darte un malo sencillo.

Mateo le escribió una carta. No me dijo qué ponía y yo no se lo pregunté. Se la entregó al abogado para que la hiciera llegar a la unidad y volvió más ligero, como si hubiera soltado un peso que llevaba cargando sin darse cuenta.

—¿Crees que la leerá? —le pregunté.

—No lo sé. A lo mejor no. —Se encogió de hombros—. Pero yo la he escrito. Lo demás ya no es cosa mía. Uno hace su parte y suelta. Si no, te vuelves loco en este oficio.

La pierna, mientras tanto, siguió su curso. Las revisiones se fueron espaciando, las muletas dieron paso a un bastón que solo usaba en distancias largas y la cojera se hizo cada vez menos visible. Marta estaba encantada con él, lo cual, tratándose de Marta, significaba que le gruñía un poco menos que a los demás.

—Va a quedar bien —me dijo después de una sesión—. No perfecto. Le molestará con algunos cambios de tiempo, cojeará cuando esté cansado y tendrá que hacer ejercicios siempre si no quiere perder movilidad. Pero andará. Con tiempo, incluso correrá.

—¿Podrá volver al parque?

Marta me miró, y por una vez dejó la sequedad a un lado.

—La pierna no se lo va a impedir. Después tendrá que pasar la valoración del servicio médico y decidir si quiere volver.

## CAPÍTULO 24



La frase de Marta se me quedó clavada durante semanas. Mateo no necesitaba mi permiso para volver al parque y yo no quería convertirme en la persona que se lo concedía o se lo negaba. Pero sí necesitábamos hablar de lo que su regreso iba a hacer con los dos. La pierna había mejorado gracias a meses de ejercicios y una cabezonería casi ofensiva. Ya caminaba sin bastón la mayor parte del día. El obstáculo no era su cuerpo. Era el miedo que se nos metía en la cama cada vez que sonaba una sirena.

Yo quería decirle que no volviera. Que aceptara un puesto de formación, un despacho o cualquier trabajo donde el techo no pudiera caerle encima. Quería atarlo a la seguridad con las dos manos. Llevaba casi dos años intentando aprender a no perder a nadie y, justo cuando por fin tenía a alguien a quien no quería perder, el muy tozudo insistía en dedicarse al oficio más incompatible posible con mi tranquilidad.

El día en que por fin le dieron el alta definitiva, lo enmarcó junto al primer informe. Todavía le quedaban las pruebas funcionales y la valoración del servicio médico antes de reincorporarse, pero aquel papel convertía la vuelta en una posibilidad real.

Estuve un día entero callada. Él no me presionó. Se dedicó a sus cosas, cocinó, me dejó pensar, y cada vez que pasaba por mi lado me daba un beso en la cabeza y seguía, sin preguntar, dándome el tiempo que necesitaba. Esa es otra de las cosas que aprendí a quererle. Que sabía esperar sin agobiar, que entendía que hay decisiones que no se pueden apurar. Y por la noche, cuando nos metimos en la cama, fui yo la que habló, mirando al techo.

—Quiero pedirte que no vuelvas —dije—. Quiero que rompas ese informe y busques un trabajo aburrido donde no te pase nunca nada.

—Lo sé.

—Déjame terminar, que me cuesta. —Cogí aire—. Quiero pedírtelo, pero no voy a hacerlo. Porque no me corresponde decidir quién eres. Y porque, si renuncias por mí, dentro de un año o de diez mirarás por la ventana cada vez que pase un camión con la sirena puesta y una parte de ti echará de menos la vida que dejaste. No quiero quedarme con tu seguridad y perderte a ti por el camino.

Se giró hacia mí en la oscuridad.

—¿Estás segura de que puedes vivir con eso?

—No. Voy a pasarlo fatal cada guardia. Estaré pendiente del móvil y odiaré tu trabajo con toda mi alma. —Le busqué la mano—. Pero prefiero aprender a vivir con el miedo a pedirte que vivas a medias. Vuelve cuando te digan que puedes. Haz lo que sabes hacer. Y prométeme lo único que sí puedo pedirte: que no vas a confundir valor con imprudencia y que harás todo lo posible por regresar.

—Eso sí puedo prometerlo. —Me besó la mano—. Y voy a pedir entrar en formación de rescate en altura. Quiero enseñar a los nuevos a no confiarse en un tejado, que de eso sé bastante. Seré el

pesado que revisa el arnés dos veces y repite «asegúralo» hasta que me odien.

—Ese me gusta.

—Lo sé. Por eso lo voy a ser.

Volvió al parque dos meses después, cuando terminó las pruebas y lo declararon apto. Lo acompañé hasta la puerta y me quedé mirando cómo entraba con el uniforme otra vez puesto, andando casi sin cojera. Los suyos salieron a recibirlo con un escándalo de aplausos y abrazos que se oyó desde la calle. Bernal, Nuria, Quique, todos. El capitán había vuelto.

Quique salió el último, secándose los ojos con la manga, y me dio un abrazo de oso que casi me levanta del suelo.

—Gracias por ayudarlo a volver, doctora.

—Se lo ha currado él. Yo solo he procurado no estorbar demasiado.

—Ya, pero usted se ha quedado mientras lo hacía. —sonrió—. Oiga una cosa. ¿Hay porra de boda? Porque, si la hay, apuesto a menos de un año. Y esta vez quiero ser padrino, no tesorero.

—No hay porra de boda, Quique.

—La habrá. Siempre la hay.

Y se metió dentro, dejándome en la acera con la palabra «boda» dándome vueltas en la cabeza, plantada allí por un pelirrojo que no tiene ningún tacto y acierta siempre.

Me di cuenta allí, en la acera, de que Mateo tenía razón en algo que me había dicho durante nuestra primera pelea. Él no me pedía que dejara de operar y yo no debía pedirle que dejara de hacer su trabajo. Querer a alguien no consiste en recortarlo hasta que quepa dentro de tus miedos. Consiste en aprender dónde terminan sus decisiones y empiezan las tuyas, y en quedarse a negociar el espacio que queda entre ambas.

Esperé despierta aquella primera guardia, claro, con el móvil en la mesilla y el estómago encogido. Cuando entró a la mañana siguiente, cansado, oliendo a humo y contento, y dijo «ya estoy en

casa» antes de quitarse las botas, entendí que esperar formaría parte de nuestra vida. No todas las noches serían así de largas. Y él no siempre llegaría oliendo a incendio. Pero cada regreso tendría ese mismo peso.

# EPÍLOGO



Nos casamos un año y medio después del incendio, en el patio del edificio reconstruido. Para entonces ya no era un esqueleto ennegrecido, sino nuestra casa otra vez, con una escalera nueva, ascensor por fin y el portal pintado.

Quique ganó la porra de la boda. La había abierto él mismo, así que había cierta trampa, pero nadie se lo discutió. Fue padrino, lloró más que nadie y dio un discurso que empezó contando cómo su capitán se había mudado al piso de al lado de la mujer que lo había operado y terminó abrazado a Bernal y ya no se le entendía nada.

Me casé de blanco roto y con un ramo que no tiré, porque me lo quedé. Mi madre lloró desde la primera nota de la música y no paró hasta el postre. Marina fue mi testigo. Nos cogimos de la mano en el altar improvisado igual que nos las habíamos cogido siempre, y cuando el oficiante dijo mi nombre en voz alta —Elena—, Mateo se giró hacia los invitados con una cara de triunfo absoluto que decía «¿lo veis?, al final lo conseguí». Todo el parque de bomberos,

sentado en bloque en las tres primeras filas, estalló en aplausos por un motivo que solo nosotros entendíamos del todo.

El cactus presidió la mesa principal. Tan muerto como siempre.

Elvira vino, cómo no, y en algún momento del banquete, con una copa de más y treinta años de oficio a la espalda, me pilló a solas.

—Bueno. La doctora Blasco se casa. —Me miró con los ojos brillantes—. La misma que hace tiempo me decía que estaba mejor sola, que no necesitaba a nadie, que el amor era una pérdida de tiempo para gente con poco trabajo. ¿Me equivoco?

—Palabra por palabra.

—Pues mira. —Levantó la copa—. Me alegro un montón de que estuvieras equivocada. Es lo mejor que te ha pasado, equivocarte tanto.

Brindé con ella. Tenía razón. Como casi siempre.

Mi madre, entre plato y plato, le contó a todo el que quiso escucharla que ella lo había visto venir desde el primer día, lo cual es rotundamente falso, pero nadie se lo discutió, porque era su día casi tanto como el mío. Y Marta, la fisio, apareció al final, se tomó una copa rápida, miró a Mateo bailar sin bastón en mitad de la pista y soltó, con la sequedad que a estas alturas ya me caía bien, que menudo trabajo le había costado esa pierna y que más le valía a él no volver a rompérsela porque no pensaba empezar de cero. Fue lo más cariñoso que le he oído decir nunca.

Vivimos desde entonces en el tercero del edificio de siempre.

Volvimos en cuanto terminaron las obras. Podríamos habernos quedado en el bloque nuevo, pero ninguno quiso. En el primero, donde vivieron Amparo y Tomás, hay una pareja joven con un bebé que llora algunas noches. Antes el ruido me sacaba de quicio. Ahora ese llanto me parece el sonido de una casa viva, de una familia que sigue adelante.

Mateo continúa haciendo guardias y yo todavía duermo peor cuando le toca noche, pero es lo que hay.

La vida siguió, con la maravillosa normalidad de las cosas cuando por fin salen bien. Yo sigo en el hospital, operando a todo el que se rompe, aunque ahora salgo de las guardias con ganas de llegar a casa en lugar de con miedo a la casa vacía. Mateo volvió al parque y cumplió su palabra. Es el pesado de la seguridad, el que revisa los arneses dos veces, el que da la brasa a los novatos con lo de no confiarse en las alturas, y por lo que me cuenta Bernal, el mejor capitán que ha tenido ese parque en años. Los pósits no se acabaron con el incendio. Nos seguimos dejando notas por la casa, en la nevera, en el espejo, dentro de la fiambarrera que le preparo para las guardias. La letra de él sigue siendo horrible, pero es nuestro idioma. No hemos encontrado otro mejor.

Sé que su trabajo no permite promesas absolutas. alguna noche tardará demasiado en responder y yo imaginaré lo peor. Ese es el trato que acepté al querer a un hombre que corre hacia el fuego. Aun así, prefiero convivir con ese miedo a no haber tenido ninguno de los días que vinieron después de aquel primer pósit; a haberme quedado sola a mi lado del tabique, a salvo y medio muerta.

De Tomás supimos por cartas. Mateo le escribió todos los meses, con la autorización correspondiente, aunque durante casi un año no recibió respuesta. Decía que no escribía para que Tomás contestara, sino para que supiera que alguien fuera no se había olvidado de él. Un día llegó una carta corta, con la misma letra temblorosa de la tira de papel. Después llegaron algunas más. Nunca escribió la palabra perdón, pero contaba cosas: que estaba en un lugar tranquilo, que la medicación le ordenaba un poco el ruido de la cabeza y que había una terapeuta que lo escuchaba sin que tuviera que prender fuego a nada para conseguirlo. En la última decía que le habían dejado cuidar el huerto de la unidad y que estaba sacando adelante una tomatera.

No sé si eso es un final feliz para Tomás. Seguramente no. Hay heridas que no cierran del todo y vidas que empiezan a arreglarse demasiado tarde para ser lo que podrían haber sido. Pero un hombre que había prendido fuego a un edificio para no quedarse solo estaba ahora cuidando una tomatera en un huerto, con gente alrededor. Y

eso, viniendo de donde veníamos, a mí me pareció más que suficiente.

A veces, cuando Mateo está de guardia y la casa se queda en calma, me siento en el escalón de nuestro rellano, que ahora es de mármol nuevo, pero ocupa el mismo sitio, y me acuerdo de todo. De un bombero cabezota con las dos piernas rotas que se mudó al piso de al lado. De los pósts. De los golpes en la pared. Del beso a oscuras. Del incendio. De su cara negra de humo preguntándome a mí si estaba bien. De todo lo que tuvo que arder para que yo aprendiera a no salir corriendo.

Me acuerdo también de mi padre, sin que me duela ya como antes. Creo que le habría caído bien Mateo. Creo que le habría gustado saber que su hija, la que se quedó tan seria y tan sola después de todo aquello, encontró al final a alguien que le hacía reír a las tantas de la mañana. Se lo cuento a veces, cuando voy al cementerio, que ahora ya no voy sola.

Y pienso que hay amores que son un incendio, de golpe, que arrasan todo lo que tocan. Y otros que van a fuego lento, sin que te des cuenta, calentándote despacio hasta que un día levantas la vista y descubres que llevas meses ardiendo y que no quieres apagarte. Y el nuestro fue de los segundos.

---